



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Tesis para optar al Título de Magister en Psicología Clínica

**LAS ACTUACIONES EN LA TRANSFERENCIA PSICOANALÍTICA EN DOS
SERVICIOS DE ATENCIÓN PSICOLÓGICA DE LA UDELAR**

AUTOR: MARCELO NOVAS

DIRECTORA DE TESIS: MAGISTER ANA MARÍA FERNÁNDEZ

DIRECTORA ACADÉMICA: DOCTORA ANDREA BIELLI

Montevideo, Uruguay

2015

RESUMEN

La presente tesis buscará describir, analizar y comprender cómo ocurren y operan las actuaciones, tanto los *acting outs* como los pasajes al acto, en la transferencia durante los tratamientos terapéuticos. En el trabajo clínico dichas actuaciones aparecen como un obstáculo que compromete la continuidad de los tratamientos, así como los resultados que se buscan obtener en ellos. Esta dificultad está planteada desde los orígenes históricos del psicoanálisis y es cierto que en la actualidad las presentaciones clínicas que apelan a este tipo de conducta han tomado una visibilidad que antes no tenían, lo que quizá responda a los cambios que la sociedad viene experimentando, y que dentro del campo psicoanalítico algunos quieren explicar por el desfallecimiento de la función paterna, supuesto con el que se debatirá en el presente estudio.

La metodología utilizada será cualitativa, utilizando para ello la técnica de entrevista semiestructurada con un conjunto de psicoterapeutas del Servicio de Atención Psicológica Preventivo Asistencial (SAPPA, de aquí en más) y de la Clínica Psicoanalítica de la Unión, pertenecientes a la Facultad de Psicología, Universidad de la República (UdelaR).

El tipo de análisis elegido para desarrollar la investigación será el análisis del discurso, a partir de la propuesta del método psicoanalítico. El objetivo es aportar producción teórica para el abordaje de este tipo de problemática clínica, así como generar insumos que permitan mejorar la atención de los usuarios de los servicios de salud.

ABSTRACT

This thesis will seek to describe, analyze and understand how acting out and the passage to the act (*passage à l'acte*, Lacan) occur and operate in the transference during therapeutic treatment. In clinical work such actions appear as an obstacle that compromises both the continuity of therapy and the results it seeks to obtain. This difficulty has been raised from the very origin of psychoanalysis, and the truth is that the current clinical types that resort to this sort of behavior have become much more apparent than before. This is perhaps due to changes experienced by society and to the explanations provided by some professionals in the psychoanalytic field who have chosen to relate it to the waning paternal function an assumption that will be further elaborated in the present study.

The methodology shall be qualitative: a group of psychotherapists from the Preventive Psychological Care Service (SAPPA according to the Spanish acronym) and the Psychoanalytic Clinic of the UdelaR School of Psychology Union will apply a semi-structured interview technique.

This investigation shall be based on discourse analysis as proposed by the psychoanalytic method. The aim is to provide a theoretical basis to address this type of clinical problems and generate input to improve health-care for these users of health-care services.

ÍNDICE

RESUMEN.....	3
ABSTRACT	4
ÍNDICE.....	5
AGRADECIMIENTOS	7
1. INTRODUCCIÓN.....	9
Como objetivo general buscamos:.....	12
Como objetivos específicos proponemos:	12
2. FUNDAMENTACIÓN Y ANTECEDENTES	14
3. PRECISIONES EPISTEMOLÓGICAS	18
3.1. Epistemología y método psicoanalítico	18
3.2. Construcción e interpretación	19
3.3. Deducción, inducción, abducción.	21
3.4. El paradigma indiciario.....	24
3.5. La construcción en la clínica psicoanalítica	26
3.6. Insumos para la clínica psicoanalítica	29
3.7. De la clínica freudiana	32
3.8. Para una lógica de las intervenciones clínicas en psicoanálisis	35
4. MARCO TEÓRICO	37
4.1. Para abordar la declinación de lo paterno en psicoanálisis	37
4.2. Lugar de la rememoración y el olvido en psicoanálisis	43
4.3. Nietzsche y el olvido	44
4.4. Matices del olvido en psicoanálisis	55
4.5. Sobre la transferencia	56
4.6. De la angustia	59
4.6.1 Primera teoría sobre la angustia	59
4.6.2 Segunda teoría sobre la angustia	66

4.6.3	Propuestas de Lacan sobre la angustia	68
4.7.	Para conceptualizar el goce	69
4.8.	<i>Acting-out</i> , pasaje al acto, <i>enactment</i>	74
4.8.1	Sobre el <i>acting-out</i>	75
4.8.2	Sobre el pasaje al acto	78
4.8.3	Sobre el <i>enactment</i>	81
5.	ANÁLISIS	84
5.1.	De la metodología	84
5.2.	Análisis de las entrevistas	85
5.2.1	Del aumento de las actuaciones en las consultas de los usuarios	85
5.2.2	De los ámbitos de atención psicológica abordados	86
5.2.3	De las hipótesis utilizadas por los analistas	88
5.2.4	Goce, dolor, escena.....	91
5.2.5	Las actuaciones en el encuentro clínico	97
5.2.6	De la posición del analista	101
6.	REFLEXIONES FINALES.....	112
7.	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	118

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar agradezco a la Facultad de Psicología de la Universidad de República la posibilidad de realizar estos estudios de posgrado. Dicha tarea no hubiese sido posible sin el trabajo constante y dedicado de la Mag. Ana María Fernández Caraballo, quien tuvo la enorme deferencia de aceptar ser mi directora de tesis, por lo que siempre le estaré agradecido.

Dentro de nuestra casa de estudios, a su vez, quiero expresar mi agradecimiento y reconocimiento a las dos directoras del programa en el cual trabajo: la Dra. Ana Hounie y la Dra. Andrea Bielli. Ana Hounie me alentó desde el principio a realizar mis estudios de posgrado, poniéndose ella a disposición para lo que precisase en relación a dicha tarea. Andrea Bielli tuvo igual disposición, pero con el aditamento de aceptar ser la directora académica de mi proyecto, razón por la cual siempre le estaré agradecido, además de inspirarme para la elección de mi tema cuando presentó su tesis de doctorado, en la Facultad de Psicología, que devino en libro *La introducción de los antidepresivos en el Uruguay (1950-2000) transformaciones de los saberes psicológicos*.

También quiero agradecer a mis compañeros de equipo de trabajo en el programa Clínica Psicoanalítica y Fronteras Disciplinarias: Mag. Gabriela Bruno, Mag. Alba Fernández, Mag. Verónica Pérez, Lic. Bruno Cancio y particularmente al Mag. Gonzalo Corbo y la Mag. Pilar Bacci, puesto que ellos dos me facilitaron todo el equipamiento tecnológico que me permitió realizar las entrevistas de mi trabajo de campo. Todos ellos fueron soporte y contención, sobrellevando más tarea sobre sus espaldas cuando hube de ausentarme por dos meses para la revisión final de mi tesis de maestría.

Dentro de Facultad de Psicología tuve otros apoyos. Expreso mi reconocimiento y agradecimiento a la directora del SAPP, Prof.^a Rosa Zytner, y a la directora de la Clínica Psicoanalítica de la Unión, Dra. Flora Singer, ambas me permitieron trabajar en sus servicios para poder realizar mi trabajo de campo.

Vaya mi agradecimiento al Lic. Octavio Carrasco, la Mag. Irene Barros, la Lic. Mariana Zapata y la Lic. Rossana Colman del programa Psicoanálisis en la Universidad. También a la Lic. Nelly Rodríguez, a la Lic. Adriana Tortorella y al Mag. Lisandro Vales. Con todos ellos pude departir e intercambiar valiosos aportes y comentarios que resultaron en valiosos insumos para la realización de mi trabajo.

Aquí quiero a su vez manifestar mi reconocimiento al Dr. Guillermo Milán, quien fue un apoyo fundamental a la hora de revisar mis traducciones de textos en portugués. También expreso mi agradecimiento a los terapeutas entrevistados de los servicios aludidos, a los

cuales si bien no puedo nombrar por obvias razones, sí quiero reconocerles que la posibilidad material de esta investigación es resultado del tiempo que amablemente me otorgaron.

Los agradecimientos van más allá de la Facultad de Psicología de la UdelaR. Deseo aquí agradecer a la Mag. Marilen Bettini, excompañera docente, la que desde su experiencia como maestranda de una cohorte anterior supo apoyarme en mi tarea. Similar situación ocurre con el Mag. Sebastián Lema, el Mag. Marcelo Real, el Mag. Pablo Fidacaro y la Lic. Ana Fleitas, los cuales fueron un apoyo sustancial y fundamental a la hora de la presentación de mi proyecto de tesis.

Por último, pero no menos importante, quiero agradecerles a Felipe y a Rafael, quienes me permitieron utilizar ingentes cantidades de tiempo familiar y de esparcimiento para utilizarlo en la realización de esta investigación y en la escritura de esta tesis, además del hecho de ser quienes más me han enseñado, y me enseñan, no académicamente, sobre el ejercicio de la parentalidad y la paternidad.

1. INTRODUCCIÓN

Al enfrentarme con la necesidad de definir un tema de investigación para realizar mis estudios de maestría me encontré preguntándome sobre la forma en que muchos tratamientos, efectuados en los diferentes servicios de atención psicológica en los que he trabajado en la Facultad de Psicología, se veían interrumpidos y algunos de forma bastante intempestiva. A su vez, a través de la prensa veníamos siendo advertidos de algunas modalidades de violencia que parecían tener una impronta novedosa o por lo menos desconocida hasta ahora, es decir, al hecho informado en diversos medios sobre disputas en centros escolares, pero no altercados entre niños, sino entre madres y maestras, o madres y directoras, incluso entre madres de alumnos que concurrían a ese establecimiento.

Quienes vivan en Uruguay, y me animaría a decir que es un fenómeno que comparten ambas orillas del Río de la Plata, sabrán que los medios, o por lo menos una amplia porción de ellos, día a día nos proveen de una serie de titulares e informaciones sobre lo que parece ser un aumento de la violencia desmedido o desconocido hasta esta época.

Mi contacto con algunos profesionales de otras disciplinas, sociología y antropología específicamente, me permitió matizar estas impresiones. De hecho, varios de ellos planteaban que el recorrido por la crónica roja de los diarios de principios del siglo XX, e incluso avanzado el mismo, mostraban que nuestra sociedad ya conocía ejemplos de violencia y agresividad en niveles iguales e incluso más altos, sobre todo si realizáramos una comparación porcentual.

Ahora bien, esta investigación no tendrá una impronta sociológica o antropológica, sino que será un estudio de psicología clínica. Pero también es cierto que lo que ocurre en el ámbito clínico está atravesado y permeado por lo que sucede en el colectivo en el que se despliega. Por esa razón fue que me interesó pensar *el lugar de las actuaciones en la transferencia psicoanalítica*: si en un primer momento entendí que podría existir una correlación entre esas manifestaciones violentas a nivel social y lo que ocurría en los tratamientos, rápidamente mi interés se centró en investigar esas actuaciones en los tratamientos, en relación a la angustia en juego, y qué podría ser lo que motivase dicho estilo transferencial.

De esta manera, el problema que se busca investigar es: ¿cuál es el lugar de las actuaciones dentro de los tratamientos psicoanalíticos? y ¿de qué manera abordarlos?; en el entendido de que estas actuaciones que se dan dentro de la transferencia analítica muchas veces son la causa del abandono de los procesos analíticos. Estos abandonos, en general, mantienen la permanencia y persistencia de las dificultades que llevaron a la consulta a los

sujetos, además de generar un mal uso o un aprovechamiento escaso de las posibilidades que los servicios de salud brindan a sus usuarios.

Entonces, la pregunta central de esta investigación se dirigirá a poder comprender esas actuaciones, en el entendido de que suponer su desaparición sería utópico, pero no debería ser utópico poder resituar el trabajo transferencial una vez que estas ocurran, de forma tal de poder hacer retornar a la transferencia analítica a los sujetos que salieron de ella por un *acting out* o un pasaje al acto.

También se intentará responder a la pregunta sobre el lugar del analista en la producción de los *actings outs* y de los pasajes al acto, sobre todo si tenemos presente la propuesta de Silvia Amigo (1999, p. 47) de considerar a estas actuaciones como respuestas a lo invasivo que puede provenir desde el lugar del otro, el analista en este caso. Esto último si bien puede llevarse al extremo de considerar todo lo que ocurre en la relación transferencial como producto de la posición del analista, posición que no compartimos por lo totalizadora de la misma, debería también permitirnos interrogar si determinados índices en la transferencia nos permitirían inferir un posible *acting out* o pasaje al acto y actuar de forma tal de poder mantener el tratamiento psicoanalítico.

Por último, en la medida que concebimos al trabajo clínico inmerso en la realidad social en que se produce, la interrogación sobre las condiciones del trabajo clínico nos llevará a revisar lo que Markos Zafiropoulos (2006, p. 7) llama «el axioma que hoy domina una gran parte del campo psicoanalítico» y que plantea

[...] nuestras sociedades occidentales se caracterizan por una violencia social cuya potencia es históricamente inédita y que se explica por el desmoronamiento de lo simbólico en cuya primera fila hay que situar al nombre del padre, naturalmente rico en armonía y en paz (Zafiropoulos, 2006, p. 8).

De esta manera se buscará discutir y comprender las consecuencias de un trabajo clínico basado en el anterior supuesto, además de debatir con dicha conceptualización.

La metodología escogida para llevar adelante la investigación sobre la relación existente entre la transferencia analítica y las actuaciones será de tipo cualitativo (Ritchie, 2003; Rodríguez y Valdeoriola, 2009; Ruiz Olabuénaga, 2012). El método a utilizar será el análisis del discurso, dado que entendemos el discurso como el conjunto de enunciados para los que se pueden definir sus condiciones de producción (Foucault, 2010, p.14). Este análisis del discurso será realizado con el método psicoanalítico. La muestra con la que se trabajó remite a una serie de entrevistas obtenidas con analistas del SAPPa y de la Clínica Psicoanalítica de la Unión, los dos servicios universitarios anteriormente aludidos.

Las entrevistas realizadas a dichos profesionales y las narraciones que se despliegan en ellas son las que deberán permitirnos comprender la teoría que sustenta su práctica,

asimismo como las herramientas clínicas utilizadas en el trabajo.

Estas categorías de análisis, a saber, la narrativa desplegada, la teoría de base y las herramientas clínicas serán abordadas a partir de las inferencias que permitan la utilización del paradigma indiciario (Ginzburg, 1980), además de aquellas que permiten comprender los diferentes actos que ocurren durante el tratamiento psicoterapéutico psicoanalítico, es decir: actos fallidos, olvidos, acciones sintomáticas, así como *acting outs*, pasajes al acto y actos logrados.

Estas dimensiones de análisis, si bien están planteadas desde la inmersión inicial al problema de investigación, se fueron modificando y ampliando en el proceso, como lo explica la teoría fundamentada en datos (Glaser y Strauss, 1967), razón por la cual el diseño se ajustó de acuerdo a los tiempos y hallazgos del trabajo. Este proceso continuó hasta que se logró la saturación teórica con las entrevistas efectuadas.

La técnica utilizada para la obtención de los datos fue la entrevista semiestructurada, la cual fue registrada por medio de notas y grabaciones, para así obtener una materialidad veraz y objetivable. La muestra, desde donde se obtuvo dicha materialidad, fue una *muestra de expertos* (Hernández, Fernández, Batista, 2010, p. 397) y estuvo compuesta por diez participantes. Se trató de una muestra no probabilística o dirigida dada la naturaleza del fenómeno a investigar. Se buscó partir de un número de casos que habilitara responder a las preguntas de investigación (en tanto se logró una saturación teórica o de categorías), pero que se encontrara, a su vez, dentro de la capacidad operativa de recolección y análisis, es decir, la cantidad de datos que podíamos manejar de manera realista en función de nuestros recursos (Hernández, Fernández, Batista, 2010, p. 394).

El tamaño de la muestra seleccionado respondió a la cantidad de docentes y terapeutas externos de los servicios mencionados que cumplen con los requisitos (el número total no alcanza a las 40 personas), así como a la posibilidad material, en tiempo y recursos, de poder procesar y analizar el material.

Los lugares donde se llevó a cabo esta investigación fueron el SAPPA y la Clínica Psicoanalítica de la Unión. Como criterio de inclusión se estableció la pertenencia al plantel docente o de terapeutas externos de estos servicios y haber conducido tratamientos psicoterapéuticos en los últimos cinco años, siendo el criterio de exclusión la no utilización del método psicoanalítico como método de trabajo en dichos servicios. La utilización de este método es condición necesaria para la conceptualización y abordaje de los actos durante el tratamiento psicoanalítico.

Asimismo la decisión de trabajar con los terapeutas se fundamenta en que los mismos son participantes del fenómeno a abordar y como tales disponen de información fundamental sobre lo que ocurre en los tratamientos psicoterapéuticos psicoanalíticos en ambos servicios. La decisión de recurrir a los terapeutas como informantes calificados reside

en el hecho de no interferir en los tratamientos llevados a cabo en el servicio, donde la introducción de la variable del deseo del investigador podría generar efectos no deseados.

Como objetivo general buscamos:

- Investigar qué relación existe entre las actuaciones que ocurren en el transcurso de los tratamientos psicoanalíticos y la transferencia entre analista y analizante.

Como objetivos específicos proponemos:

- Describir y analizar las actuaciones de los analizantes en los tratamientos.
- Describir y analizar las actuaciones de los analistas en dichos tratamientos.
- Comprender y conceptualizar las herramientas de intervención clínica que se despliegan en los tratamientos donde las actuaciones operan.
- Comprender y conceptualizar los referentes epistémicos sociológicos y psicoanalíticos sobre los que se basa el abordaje de estos tratamientos.

Luego de la fundamentación y los antecedentes referidos al tema de investigación realizaremos un recorrido teórico a través de diferentes conceptos que refieren a la manera de pensar y trabajar esta problemática clínica.

En primer lugar transitaremos una serie de consideraciones sobre la epistemología que sustenta el trabajo psicoanalítico, en el entendido de que conciliar la tarea de investigación con la de analista tiene particulares dificultades en el campo del psicoanálisis. Si bien es cierto que toda investigación con seres humanos está sujeta a los cuidados éticos que son condición imprescindible e ineludible, en psicoanálisis esa característica está añadida al lugar del investigador en psicoanálisis. Es esta la razón por la cual en «Precisiones epistemológicas» nos detendremos en la explicación de los fundamentos epistemológicos del trabajo psicoanalítico, ello permitirá exponer las razones por las cuales en esta investigación las entrevistas se realizaron a informantes calificados y no a los usuarios.

En un tratamiento psicoanalítico la emergencia de la angustia es un fenómeno inevitable, a punto tal que aún no se conoce algún tratamiento de este tipo donde la angustia no haga aparición. Esta angustia es la expresión de la compulsión a la repetición, lo que ya nos enseña que la moción pulsional está insistiendo en su búsqueda, por lo que el deseo y los goces en juego serán elementos a no descuidar en la tarea analítica. Precisamente atendiendo a lo que los goces señalan es que se optó por no trabajar con usuarios de los servicios de atención psicológica mencionados, de forma de no incidir en los tratamientos con una nueva variable, en este caso el deseo del investigador y los goces implícitos en ello.

Luego de estas puntualizaciones pasaremos al marco teórico y allí comenzaremos por

postular los supuestos sociológicos que están en la base de este trabajo y en relación a la transferencia y a las actuaciones en un psicoanálisis, discutiendo algunas hipótesis que merecen ser atendidas con respecto al lugar de la simbolización, más específicamente en torno a la función paterna.

Será luego el momento de mostrar de qué forma concibe el psicoanálisis la oposición entre rememoración y olvido, deteniéndonos en la forma de trabajar con el olvido y cómo es posible otorgarle un lugar creador.

Seguidamente abordaremos lo que entendemos por transferencia, angustia y goce. Para ello haremos un recorrido conceptual que explique cómo estos tres conceptos están profundamente enlazados en un tratamiento psicoanalítico, razón por la cual la forma en que se los conceptualiza y utiliza en un psicoanálisis estará directamente relacionada con los efectos que en este se produzcan.

Finalizando el marco teórico nos ocuparemos del *acting out*, del pasaje al acto y del *enactment* como nociones tributarias del *agieren* freudiano.

Por último, aportaremos el análisis de las entrevistas realizadas a partir de los ejes conversacionales planteados, para finalizar con las conclusiones que dicho análisis nos permitió realizar.

2. FUNDAMENTACIÓN Y ANTECEDENTES

El tema del presente trabajo son los *actos* durante el tratamiento psicoterapéutico psicoanalítico, dado que desde los primeros momentos históricos de la cura analítica se estableció una oposición entre recuerdo y acto. Evidentemente, ello implica una determinada concepción de la memoria y de lo que se actúa en el análisis, razón por la cual se entiende que será fundamental conocer qué es lo que impide el recuerdo y lleva a actuar a quien está padeciendo, a la vez que será fundamental reflexionar sobre los actos del analista como parte del proceso transferencial, en la medida que su posición permitirá reenlazar o poner a producir eso que parece quedar por fuera de la palabra del analizante.

Entendemos que la importancia de la elección de este tema radica en la posibilidad de investigar cuáles son las dificultades que producen que cierto grupo de consultantes, en general, comiencen tratamientos terapéuticos pero los interrumpan y abandonen, puesto que las interrupciones muchas veces pueden ser producto tanto de *acting outs* como de pasajes al acto. No queremos caer en la generalización de plantear que todas las interrupciones del vínculo analítico se explican por estas dos posibilidades, pero sí será tarea de esta investigación detenerse en comprender estas circunstancias para poder operar en ellas.

En la actualidad percibimos un cambio en las presentaciones de los consultantes. Lamentablemente no existen estudios de carácter cuantitativo o incluso epidemiológicos que puedan apoyar esta afirmación, pero lo que sí se constata es un aumento en el número de publicaciones sobre los sujetos llamados *borderline*, o sujetos en los bordes, los cuales se caracterizan por presentar este tipo de conductas (Kohut, 1971; Kernberg, 1979; Green, 1990; Rassial, 2001; Singer, 2005; Figueiredo, 2003). Esto puede oficiar como un indicador o índice, apelando al paradigma indiciario (Ginzburg, 1980, p. 113), de lo que buscamos investigar. Estas presentaciones habitualmente pueden describirse con una fuerte impronta de lo impulsivo, puesto que la distancia que media entre el acto y su representación prácticamente desaparece, tanto en lo que respecta a su elaboración previa como lo que refiere a una reflexión posterior, la cual parece estar elidida en una especie de imposibilidad de rememoración de su cómo y su porqué.

Serán estas conductas impulsivas las que se abordarán en la presente investigación, evitando confundir una impulsión con un acto, en tanto que la posición del sujeto responsable será absolutamente diversa en un caso y en otro (Muñoz, 2009, p. 106).

Asimismo, sería excesivo plantear que todos los actos de un sujeto puedan ubicarse dentro de las categorías de *acting out* o pasaje al acto, existen actos que modifican la posición subjetiva del actor como una forma de situarse de otra manera, incluso más

saludable. Pero volviendo al tema de la presente investigación, muchas conductas presentan una impronta de peligrosidad para aquellos que las realizan, volviendo una y otra vez a ubicarse en esa posición de riesgo.

Una investigación sobre los actos en la transferencia psicoanalítica permitirá reconocer los obstáculos y proponer una serie de opciones de conceptualización y tratamiento para este colectivo.

La relevancia de un estudio de estas características estriba en que aportaría una serie de insumos que permitirán entender las formas y circunstancias que llevan a este tipo de acciones por parte de estos sujetos. A la vez que dotará a los profesionales, encargados de la cura, de elementos como para poder desde su posición dirigir estos tratamientos.

Pensamos que de esta forma muchos recursos podrán ser mejor aprovechados, en tanto que estos pacientes puedan finalizar sus tratamientos, obteniendo los resultados esperados y no malgastando tiempo y recursos en abordajes truncos.

A favor de esta investigación está el hecho de producir conocimiento novedoso en torno a una dificultad actual de las consultas y de esa manera trabajar con una población que en general comienza un proceso y luego lo interrumpe, lo que permitiría replantear la forma en que los recursos se utilizan para el tratamiento de estos sujetos. Debemos lamentar la limitación de los datos existentes sobre la cantidad de consultantes que comienzan un tratamiento y luego lo interrumpen, dado que no hay datos nacionales o regionales como se ve en Reder y Tyson (1980); Fernández, Larre y Rodríguez (1996) y Jo y Almao (2006). No obviamos todos los matices que dichas interrupciones poseen, dado que no podemos presuponer que todos aquellos que dejan su tratamiento mantienen o retornan a la posición subjetiva que los llevó a consultar, pero sí reconocemos en ese tipo de conducta una dificultad de nuestra tarea.

Entendemos que dicho conocimiento puede ser extrapolado a diversas áreas de trabajo, como ser dificultades en las aulas, conductas adictivas, desórdenes compulsivos de todo tipo, entre otros, dado que muchos problemas de conducta en los diferentes niveles de escolarización, como el uso indebido de drogas o incluso comportamientos psicopáticos pueden abordarse desde las conceptualizaciones que el *acting out* y el pasaje al acto proponen (Lacan, 2006; Muñoz, 2009; Zafiropoulos 2006).

El objetivo de la presente investigación será profundizar en la conceptualización de la relación entre la transferencia y las actuaciones durante el tratamiento psicoterapéutico psicoanalítico. Para ello a partir de la narrativa obtenida en las entrevistas con los psicoterapeutas del SAPP y de la Clínica Psicoanalítica de la Unión trataremos de profundizar en la teoría que sustenta su práctica y en las herramientas clínicas utilizadas en los tratamientos. Debemos reconocer en este punto nuestra deuda con el trabajo de Pablo D. Muñoz, *La invención lacaniana del pasaje al acto* (2009).

Ya en «Más allá del principio de placer» (Freud, 1920g, p. 1), en la tercera parte de ese texto, poniendo a punto lo que por ese entonces eran veinticinco años de trabajo intenso, nos narra los tres períodos por los que esta disciplina había transitado como abordaje terapéutico. A saber, el psicoanálisis como una forma de interpretación (eminentemente *llenar* las lagunas del recuerdo), el encuentro con el amor de transferencia como una forma de resistencia o cierre del Inconsciente y, por último, la compulsión a la repetición como la pregunta en relación con esas experiencias ubicadas más allá del principio del placer.

Precisamente ese tercer momento, que hace su aparición en el texto «Recordar, repetir y reelaborar» (Freud, 1914g, p. 145), es el que comenzó a interrogarnos en relación con las actuaciones dentro de la transferencia analítica. En ese trabajo de Sigmund Freud es que hace su aparición el término alemán *agieren* (aunque ya lo había utilizado en el epílogo del caso Dora) (Freud, 1905e: 98), término que James Strachey, traductor de Freud al inglés verterá como *acting out*. Y es en ese punto donde nuestra deuda con el brillante trabajo de Pablo Muñoz (2009) se hace más patente, en su escrito, Muñoz nos dice que el pasaje al acto y el *acting out* poseen una comunidad de estructura que los vincula, pero también es parte de nuestra tarea poder distinguirlos. Pero nos dice más, dice que el *agieren* concebido por Freud recubre la oposición pasaje al acto-*acting out*.

Aquí se debe fundamentar la idea de trabajar el *acting out* y el pasaje al acto en la clínica analítica. En un trabajo publicado en 1987 diversos psicoanalistas de nuestro medio intentan proponer una discusión en torno a la clínica con sujetos que apelaban a las actuaciones como modalidad transferencial. Allí, reconocen antecedentes en trabajos de Marcelo Viñar en 1970, de Eliseo González Regadas en 1979 y de 1974 de Sergio Aldaya y otros, y al caracterizar a estos sujetos nos proponen:

Su presentación clínica es muy peculiar. En la situación de consulta tiende a no respetar el encuadre, se le hace difícil aceptar los límites. Parecen no darse cuenta de su incursión por el camino de la transgresión de las normas socialmente aceptadas, lo que nos produce un sentimiento de desconcierto. Presentan severas dificultades para poder prever las consecuencias de sus actos, trastornos de la memoria y de la observación y dificultad para acceder a síntesis lógicas. El contenido de su discurso nos habla de un gran monto de ansiedad difusa, comportamiento impulsivo, tendencia al *acting out*, sentimiento de vacío y aburrimiento que pueden aparecer como crónicos (Bernardi et al., 1987, p. 15)

La cita muestra claramente cuáles son los vectores que dirigirán esta investigación: impulsividad, actuaciones, dificultades en recordar y angustia; sin soslayar la posición del analista, que ese «sentimiento de desconcierto» destaca.

Se entiende necesario al llegar a este punto proponer una hipótesis estructural que permita definir a estos sujetos. Para eso nos apoyaremos en una propuesta de Silvia Amigo

formulada en su trabajo «El análisis en los bordes» (Amigo et al.,1999, p. 47), allí, a partir de la frase de Lacan que dice «la castración quiere decir que el goce debe ser rechazado para que pueda ser realcanzado en la escala invertida de la ley del deseo» (citado en Amigo et al., 1999, p. 51) propone dos tiempos para que la represión sea operativa, entendiendo que en estos sujetos el primer tiempo proscriptivo, el del rechazo del goce, fue cumplido, no siendo así con el segundo, prescriptivo, el de ser realcanzado dentro de la ley del deseo, razón que daría cuenta del brutal retorno del goce, que sería procesado por medio de los pasajes al acto y los *acting out* característicos de este tipo de consultantes.

3. PRECISIONES EPISTEMOLÓGICAS

3.1. Epistemología y método psicoanalítico

Enfrentados a la tarea de diseñar cuál sería la metodología más adecuada para realizar la presente investigación nos encontramos con la dificultad patente de pensar el lugar del investigador y el tipo de objeto que debería tratar en ella.

Evaluamos la posibilidad de entrevistar a sujetos en un tratamiento psicoanalítico, pero rápidamente dicha idea fue dejada de lado, porque esa intervención no podría ser sin consecuencias para los tratamientos. Por ese motivo, la decisión se dirigió a entrevistar a los terapeutas que llevaban adelante los tratamientos, ya que su posición, en la medida que contaban con otra formación e incluso soporte institucional, estaría menos expuesta.

Diversas consideraciones metodológicas y epistemológicas fueron puestas a jugar en dicha decisión, las cuales expondremos a continuación.

Erik Porge nos dice en *Transmitir la clínica psicoanalítica*: «Freud es psicoanalista, y la gran diferencia entre el psicoanalista y el escritor de casos es que no trata solamente de transmitir una verdad sino también un saber que tiene un propósito científico» (Porge, 2007, p. 36). Basta remitirse a las «Palabras preliminares» de «Fragmento de análisis de un caso de histeria» para comprobar cuál es la intención que guía a Freud en la publicación de ese historial (Freud, 1905e, p. 7).

La pregunta sobre la transmisión del saber en psicoanálisis y también en la psicología clínica recorre y permea la historia de estos campos disciplinares y en esta tesis trataremos de proponer de qué forma el psicoanálisis lo intenta. En un escrito que sería uno de los últimos publicados en vida de Freud, «Construcciones en el análisis», este nos recordaba lo que un investigador muy meritorio le había planteado y que no podía dejar de considerar como muy mortificante: «Dijo que cuando nosotros presentábamos a un paciente nuestras interpretaciones procedíamos con él siguiendo el desacreditado principio de “*Heads I win, tails you lose*” » (Freud, 1937d, p. 259).

Esta preocupación sobre la validez del método psicoanalítico, validez en lo que refiere a la técnica como a la teoría del psicoanálisis, atraviesa la obra de Freud; no en vano ya en 1905, en su texto «Sobre psicoterapia» intentaba despegar los efectos sugestivos de lo que sería el trabajo analítico, planteando que este último operaría aliviando, a diferencia de la sugestión que actuaría agregando (Freud, 1905a, p. 250). Lo que podemos ver como preocupación de Freud en estos dos artículos refiere eminentemente a la posición del analista dentro del dispositivo, dado que la forma en que esta sea ocupada afectará

necesariamente lo que ocurra en un tratamiento y también el tipo de conocimiento que se produzca; esto nos conduce directamente a un problema: ¿cómo afectan las intervenciones del analista, sean interpretaciones o construcciones, en un análisis? Y más aún, ¿cómo es el saber que se obtiene de esta experiencia?, ¿es este transmisible?

El motivo de dicha interrogación apunta a la aparente presencia de un aumento del número de consultantes que apelan más a las actuaciones dentro de sus tratamientos que al recuerdo asociativo, razón por la cual es válido interrogarse si esto indica un cambio en las formas de las presentaciones clínicas, cambio que debería ser atendido y acompasado por la técnica. Pero como anteriormente decíamos el interés se centra en la posición del analista y en sus intervenciones, por lo que en este escrito se centrará específicamente en las construcciones en el análisis, tratando de circunscribir el concepto tal como el psicoanálisis lo propone, sobre todo a partir de la diferenciación que postula Freud apelando al famoso *per via di porre, y per via di levare* de Leonardo Da Vinci (Freud, 1905a, p. 250), en el entendido que la construcción, a diferencia de la interpretación, implicaría un aporte desde una serie de inferencias que el analista introduciría en la cura.

Aquí, en la medida que la intervención del analista no sería sin consecuencias, más allá de la desestimación freudiana sobre el daño causado por una construcción errónea (Freud, 1937d,263), no podemos pasar por alto la pregunta que un investigador contemporáneo, Scott O. Lilienfeld, le dirige a los tratamientos psicológicos sobre la posibilidad que alguno de ellos causen daño (Lilienfeld, 2007, p. 66), recomendando que la práctica clínica no se aleje de la investigación, investigación que deberá estar apoyada en métodos validados.

3.2. Construcción e interpretación

Freud define a la *construcción* como aquella intervención en la cual al analizante «se le presente una pieza de su prehistoria olvidada» (Freud, 1937, p. 262), y la diferencia de la interpretación a la que entiende como lo que el analista «emprende con un elemento singular del material» (Freud, 1937, p. 262).

Detengámonos en esta especie de delimitación propuesta por Freud, rescatando ese «elemento singular del material». Quizá la definición freudiana no sea tan detallada como la propuesta por Juan David Nasio, por ejemplo, quien propone entender la interpretación como «el caso especial de un dicho raro, conciso e intempestivo que sorprende al analista que lo enuncia» (Nasio, 1987, p.17), lo que ubicaría a la interpretación muy cerca de las formaciones del inconsciente propuestas por Lacan, sobre todo en su seminario público ofrecido entre 1957 y 1958. Ese *singular* que propone Freud es tomado en la definición de Nasio en tanto producción única, rara, puntual; esto no deja de evocarnos la definición de

Peirce, en la que sostiene: «Lo que no es general es singular; y lo singular es aquello que reacciona» (Pulice, Manson, Zelis, 2000, p. 142).

La posición freudiana de entender la interpretación como un elemento singular del material es coherente con su dispositivo de abordaje clínico, ya que propone frente a la asociación libre del analizante, la atención parejamente flotante del analista. Es decir, el analista estará en condiciones de poder escuchar el discurso del analizante en tanto no reduzca a ser una particularidad de una teoría ya conocida, puesto que si esto sucediese nada novedoso o diferente podría producirse en el encuentro clínico, siendo este solamente el teatro donde se desarrollaría una pieza ya escrita en otro lugar. Pero la cuestión sería que lo nuevo en un análisis no quedaría circunscripto solamente a lo que el analizante propone, dado que una construcción del analista puede producir algo nuevo o diverso en la medida que dicha intervención sea tomada por el analizante.

Es pertinente introducir aquí el comentario que hace Hugo Dvoskin en su libro *El trabajo del analista* (Dvoskin, 2009), en el cual trabaja dos ejemplos de la clínica de Freud. En el primero, referido al llamado *hombre de las ratas*, Dvoskin entiende que la intervención realizada por Freud, en la escena de este analizante desnudo frente al espejo, sería una construcción efecto de los indicios planteados por este sujeto, la que se convalida por las posteriores asociaciones desplegadas en la cura. Diverso sería el caso de la construcción planteada al llamado *hombre de los lobos*, referida a la escena primaria, donde las asociaciones del paciente no parecen ratificar lo que Freud propone: esto último no obsta para que la construcción posea una cierta eficacia, dado que para Dvoskin esta última opera como un mito, razón por la que entiende que esa construcción en la medida que apunta a una ausencia de representación.

Entonces en el primer caso la construcción sería el corolario de las asociaciones previamente realizadas; en el segundo la construcción funcionaría como lo que permitirá cierto desarrollo asociativo, pero apuntando a lo a-representacional (Dvoskin, 2009, 176).

Como se ve, lo que para Freud era una restitución de la prehistoria olvidada, para Dvoskin puede tomar diferentes valores y lugares, sobre todo en lo referente a sus efectos, cuestión que más adelante abordaremos desde lo que Ian Hacking puede proponer en torno a la producción de conocimiento.

Pero volviendo a lo singular en un análisis, precisamente este es uno de los puntos problemáticos de la clínica psicoanalítica, y lugar de las diferentes críticas y debates que esta disciplina ha soportado a lo largo de su corta historia en el concierto de los saberes. Es decir, como pasar de lo que en un momento puede aparecer como una singularidad, en tanto es abordado como tal desde el dispositivo clínico, a algo que puede convertirse, o no, en una particularidad, es decir, parte de un saber ya establecido o incluso en una generalización que englobe cierta universalización del conocimiento.

3.3. Deducción, inducción, abducción.

En un psicoanálisis partimos del discurso del analizante y a partir de este es que se desarrolla la tarea, entonces, los datos con los que contamos son los que se despliegan en el encuentro transferencial, pero este encuentro es el que habilita que el analista pueda proponerse una serie de razonamientos.

Detengámonos entonces en las tres formas canónicas de razonamiento (Pulice et al., 2000, p. 58), para ello nos apoyaremos en la obra de Charles Sanders Peirce, tal como nos la presentan Gabriel Pulice, Federico Manson y Oscar Zelis. En su trabajo *Investigación<>Psicoanálisis* nos traen el famoso ejemplo de la bolsa de porotos, ejemplo utilizado por Peirce. Este plantea la existencia de una bolsa y un puñado de porotos blancos y trata de mostrar las diferentes formas de razonar a partir de las diferentes experiencias, experiencias que se verán expresadas en tres tipos de argumentos que constituyen los tres tipos de razonamiento. A su vez, cada argumento está compuesto de tres proposiciones que forman el caso, la regla y el resultado que se despliega en cada silogismo. Veamos los ejemplos:

Deducción

Regla: todos los porotos de esta bolsa son blancos.

Caso: estos porotos son de esta bolsa.

Resultado: estos porotos son blancos.

Inducción

Caso: estos porotos son de esta bolsa.

Resultado: estos porotos son blancos.

Regla: todos los porotos de esta bolsa son blancos.

Abducción

Resultado: estos porotos son blancos.

Regla: todos los porotos de esta bolsa son blancos.

Caso: estos porotos son de esta bolsa.

Veamos cómo el texto de Pulice, Manson y Zelis caracteriza cada uno de estos tipos de razonamiento.

Sobre la deducción dice que «depende de nuestra confianza en la habilidad para analizar el significado de los signos con los que, o por medio de los que pensamos» y citando el *Diccionario de filosofía abreviado* de José Ferrater Mora nos dicen que «es un proceso discursivo descendente que pasa de lo general a lo particular», siendo para Peirce el paso mediante el cual se llega a las consecuencias experimentales necesarias y probables de nuestra hipótesis (Pulice et al., 2000, p. 59).

La inducción, en cambio, «depende de nuestra confianza en que el curso de un tipo de experiencia no se modifique o cese sin alguna indicación previa al cese» (Pulice et al., 2000, p. 59); para Peirce es la forma en que nomina a las pruebas experimentales de la hipótesis. Quizá la descripción de estos dos modos de razonar permita comprender por qué Ludwig Wittgenstein llega a afirmar que «todas las verdades lógicas son tautológicas» (Pulice et al., 2000, p. 151), en tanto el ascenso o descenso por la escalera de inferencias difícilmente produjese algo nuevo o diverso.

Por último tenemos la abducción —a la que dedicaremos mayor detenimiento en la exposición— la que «depende de nuestra esperanza de adivinar, tarde o temprano, las condiciones bajo las cuales aparecerá un determinado tipo de fenómeno», sería un «silogismo en que la premisa mayor es evidente y la menor menos evidente o solo probable» (Pulice et al., 2000, p. 59). Para Peirce la abducción dentro del método científico ocupa un lugar meramente preparatorio, siendo lo que nos posiciona para tomar una hipótesis o proposición que nos lleve a predecir lo que aparentemente son hechos inesperados o sorprendentes (Pulice et al., 2000, p. 59).

Umberto Eco, trabajando sobre la abducción en «Cuernos, cascos, zapatos: algunas hipótesis sobre tres tipos de abducción», plantea:

[...] mientras que la inducción es la inferencia de la Regla a partir de un Caso y un Resultado, la hipótesis es la inferencia del Caso a partir de una Regla y un Resultado. Según Thagard (1978), existe una diferencia entre la hipótesis como *inferencia a un Caso*, y la abducción como inferencia a una Regla [...] es importante subrayar que el auténtico problema no reside en encontrar primero el Caso o la Regla, sino en cómo obtener la Regla y el Caso *al mismo tiempo*, puesto que están inversamente relacionados, ligados entre sí por una especie de quiasmo, donde el término medio es la piedra angular de todo el movimiento inferencial (Eco, 1989, p. 272).

Para Eco, la idea genial consiste en la invención de un buen término medio del silogismo (Eco, 1989, p. 272) y no estamos lejos de pensar que las construcciones en el análisis funcionan como ese término medio que posibilita el tipo de conocimiento que la abducción propone.

Una observación que hace Juan Samaja en *Investigar la subjetividad*, sobre el proceso investigativo en psicoanálisis, es que entiende que en este ocurren diferentes formas de inferencia y que estas deben organizarse de manera armoniosa, por lo que propone que al comienzo está la analogía y luego la abducción, la cual posibilita una predicción hipotética que deberá ser ratificada o corregida por la inducción (Pulice et al., 2007, p. 214).

Volviendo a la abducción, Eco plantea cuatro tipos: al primero lo llama *hipótesis* o *abducción hipercodificada*, donde la regla viene dada de manera automática o

semiautomática; al segundo lo llama *abducción hipocodificada*, aquí la regla debe seleccionarse entre varias equiprobables; el tercer tipo es la *abducción creativa*, donde la regla o ley debe ser creada, inventada; y por último plantea la *meta-abducción*, la que implica decidir si el universo posible delineado por nuestras abducciones de primer nivel es el mismo que el universo de nuestra experiencia (Eco, 1989, p. 276). En un psicoanálisis, estos diferentes tipos de abducción pueden encontrarse en diferentes tiempos del trabajo, respondiendo a la singularidad o particularidad del mismo, como nos lo señala Jürgen Habermas en *Conocimiento e interés*:

Peirce cree que desde este punto de vista tiene sentido hacer corresponder a las formas de inferencia un determinado elemento de la esfera de la acción. A la abducción, que encuentra a un resultado imprevisto una regla apropiada, que permite dar con un caso que explica el resultado, corresponde el *elemento sensorial*: los datos de los sentidos sólo son inmediatos en apariencia; sólo pueden ser identificados por mediación de los procesos de inferencia. A la inducción que infiere del caso particular y del resultado la validez de la regla destinada a asegurar la predicción del acontecimiento (resultado) a partir de las condiciones iniciales (caso) corresponde el *elemento habitual*: las hipótesis universales, que subyacen a la acción racional con respecto a fines, están sometidas a una comprobación permanente, pues sólo en la medida que pasan al *test* de la duración pueden quedar sedimentadas en hábitos de comportamiento. A la deducción, que permite la obtención del resultado a partir de la regla y del caso y deducir pronósticos condicionados, corresponde el *elemento volitivo*: al acto de acción racional con respecto a fines se lo puede entender como la realización de una deducción, así como también a esta se la puede entender, a su vez, como acción instrumental virtualmente anticipada (Habermas, 1990, p. 134).

Ahora bien, Eco reconoce que podría considerarse que existirían dos formas de abducción distintas, la primera «parte de uno o más hechos particulares sorprendentes y termina en la hipótesis de una ley general (como parece ser el caso de todos los descubrimientos científicos)», y de la segunda forma dice que «parte de uno o más hechos particulares sorprendentes y termina en la hipótesis de otro hecho particular que se supone es la causa del primero (como parece ser el caso de la investigación criminal)», (Eco, 1989, p. 273). Propone que la primera forma de abducción se ocuparía de la naturaleza de los universos, los que entiende, intuitivamente, como mundos, aquellos que los científicos utilizan para explicar leyes. Mientras que la segunda se ocuparía de la naturaleza de los *textos*, los que entiende como una serie coherente de proposiciones ligadas entre sí por un tópico o tema común (Eco, 1989, p. 274).

Inmediatamente en su trabajo Eco reconoce que esa distinción no es tal, planteando que:

[...] el mecanismo general de la abducción sólo puede esclarecerse si asumimos que tratamos

con universos como si fueran textos, y con textos como si fueran universos. Desde esta perspectiva, la diferencia entre los dos tipos de abducción desaparece. Cuando se toma un hecho concreto como la hipótesis explicativa de otro hecho concreto, el primero funciona (dentro de un universo textual dado) como ley general que explica el segundo. Las leyes generales, en la medida que están expuestas a la falsación y a conflictos potenciales con leyes alternativas que podrían explicar igualmente bien los mismos hechos, deberían tomarse como hechos de una naturaleza particular, o como modelos generales de ciertos hechos que causan la explicación de los hechos. Es más, en los descubrimientos científicos se formulan leyes a través del descubrimiento de otros muchos hechos; y en la interpretación de un texto, se identifican nuevos hechos pertinentes mediante la presuposición de determinadas leyes generales (intertextuales) (Eco, 1989, p. 275).

3.4. El paradigma indiciario

El texto citado de Eco se encuentra ubicado dentro de una publicación colectiva *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce* compilado por él y Thomas A. Sebeok, volumen donde Carlo Ginzburg publica «Morelli, Freud y Sherlock Holmes: Indicios y método científico». En él Ginzburg nos presenta la oposición de paradigmas de investigación, oponiendo el paradigma de la física galileana al paradigma indiciario.

Eco nos dice que en varios estudios contemporáneos se ha procedido a identificar a la abducción con los procedimientos conjeturales de los médicos e historiadores: «los descubrimientos científicos, las investigaciones médicas y criminales, las reconstrucciones históricas, las interpretaciones filológicas de textos literarios son todos casos de pensamiento conjetural» (Eco, 1989, p. 275) y por ello cree que «el análisis de los procedimientos conjeturales en la investigación criminal puede arrojar una nueva luz sobre los procedimientos conjeturales en la ciencia, y la descripción de los procedimientos conjeturales en el campo de la filología puede arrojar nueva luz sobre la diagnosis médica. Y esa es la razón por la que los trabajos del presente libro, aunque traten de la relación Peirce, Poe, Conan Doyle, constituyen una aportación de carácter más general a la epistemología» (Eco, 1989, p. 275).

Caractericemos entonces estos dos paradigmas. Mientras el paradigma de la física galileana prioriza lo repetible, lo medible y comunicable —buscando generalizaciones y coincidencias—, el paradigma indiciario se centra en lo singular, en lo irreplicable, probablemente en lo original y sorprendente; mientras el primero tiene una impronta cuantitativa, con un interés en lo universal y en las regularidades, el segundo posee un fuerte interés en lo cualitativo, buscando lo singular o particular, lo que lo lleva a estudiar lo excepcional, a diferencia del primero que busca lo típico (Pulice et al., 2000, p. 116).

Tendríamos así que el paradigma indiciario sería característico de las ciencias

conjeturales (Pulice et al., 2000, p. 136). El problema que aquí se plantea es que paradójicamente podríamos caer en que este tipo de *singularización* crearía una generalización donde todo es único e irrepetible (Pulice et al., 2000, p. 140).

Este tipo de conocimiento basado en el paradigma indiciario utiliza la abducción como procedimiento que pone en juego la creatividad del investigador. Es por esta razón que proponía pensar las construcciones como ese movimiento que permite articular simbólicamente lo sabido con los enigmas u obstáculos que el trabajo va proponiendo en la medida que se va desplegando (Pulice et al., 2007, p. 46).

El punto central es que ese trabajo es producido por un sujeto, sujeto habitado y generado por un deseo, «y en este punto el psicoanálisis nos aporta su particular concepto de “acto”, para poder pensar dicho proceso como un “acto abductivo”, el que permite al sujeto tender el puente —y ser al mismo tiempo el soporte de esa tensión— entre el “saber y la verdad”» (Pulice et al., 2007, p. 46). Como queda establecido, es ese acto que se produce en el encuentro clínico el que interesa investigar, en tanto el *acto abductivo del analista* debería permitir reubicar las actuaciones de quien consulta en una tensión dialéctica que permita otro tipo de producción.

Llegado a este punto, no quisiera dejar de plantear las consideraciones que Ian Hacking, catedrático de Filosofía y miembro del Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad de Toronto, tiene para plantear en torno a la producción del conocimiento y sus efectos sobre aquellos sujetos que quedan concernidos por dicho trabajo.

Hacking propone diferenciar entre construccionistas, constructivistas y construccionistas en torno a las diferentes formas de afrontar el trabajo intelectual. De esta manera, los construccionistas son aquellos que «pretenden mostrar cómo, o demostrar qué diversas e importantes entidades, conceptos, mundos, o lo que sea, son construidos a partir de otros materiales» (Hacking, 2001, p. 88), pero sin detenerse en los sucesos o procesos históricos y sociales. A los constructivistas los ubica específicamente dentro del campo de las matemáticas y prefiere reservar ese término exclusivamente para ese dominio (Hacking, 2001, p. 88). Finalmente tenemos a los construccionistas, donde ubica a los «diversos proyectos sociológicos, históricos y filosóficos que pretenden revelar o analizar las interacciones sociales o los itinerarios causales de hecho e históricamente situados, que llevaron o estuvieron involucrados en el nacimiento o consolidación de alguna entidad o hecho hoy existente» (Hacking, 2001, p. 89). Precisamente esta idea de interacción es la que se destaca de su planteo.

En su libro *¿La construcción social de qué?* nos habla de *clases interactivas*, y *clases indiferentes*; las primeras son llenadas por integrantes que se ven afectados por dicha clasificación, las segundas, por integrantes que no padecen esto último: como ejemplo de

las primeras apela a los niños, de las segundas a los *quarks* (Hacking, 2001, pp. 174-175). Hacking nos dice:

En este punto estoy interesado en clases de personas, su conducta y sus experiencias que implican acción, conocimiento, ser agente y autoconocimiento. El conocimiento puede ser personal, pero más habitualmente es un conocimiento compartido y desarrollado dentro de un grupo de personas incardinadas en prácticas e instituciones a las que son adscritas en virtud de la forma en que son clasificadas. Nos interesan especialmente las clasificaciones que, cuando son conocidas por las personas o por quienes están a su alrededor y usadas en instituciones, cambian las formas en que los individuos tienen experiencia de sí mismos; pueden llevar a que los sentimientos y conducta de las personas evolucionen, en parte, por ser clasificadas así. Tales clases (de personas y su conducta) son interactivas. Esta expresión tan fea tiene el mérito de que recuerda nociones como actores, ser agente y acción. El *inter* puede sugerir la forma en que pueden interactuar la clasificación y el individuo clasificado, la forma en que los actores pueden llegar a conocerse a sí mismos como siendo de una clase. Aunque sólo sea por ser tratados o institucionalizados como de esa clase, y de este modo tener experiencia de sí mismos en ese sentido (Hacking, 2001, p. 175).

Entendemos que el planteo de Hacking refiere a clasificaciones, y a la forma en que dichas clasificaciones se «construyen», y las comillas intentan marcar la tensión que este autor pretende sostener en torno a un fenómeno y la conceptualización que de él se hace, en su texto nos lo plantea en torno al doloroso tema del abuso infantil (Hacking, 2001, p. 207), pero también sobre la locura, preguntándose si es biológica o construida (Hacking, 2001, p. 169).

Es muy pertinente la dirección que toma la investigación de Hacking, pues dentro del psicoanálisis, aún en aquellos casos que se intenta sostener la escucha desde la ausencia de pre categorizaciones, eso no nos pone a salvo de que nuestras intervenciones vectoricen lo que ocurre en un análisis, influyendo y determinando la dirección del trabajo. Aquí nuevamente resuena el pedido de Lilienfeld en relación a investigar y considerar cuáles pueden ser los tratamientos que potencialmente produzcan daño, aunque claramente su pedido apunta al desarrollo de la praxis terapéutica, mientras el de Hacking refiere a la forma en que conceptualizamos, en un psicoanálisis esa distancia se desdibuja en la medida que es en la tarea cotidiana donde esa tensión debe soportarse y afecta por igual a todas las dimensiones del trabajo, tanto a su marco conceptual como a la efectuación del encuentro clínico.

3.5. La construcción en la clínica psicoanalítica

Desde sus orígenes, el psicoanálisis se ha interrogado sobre la validez y eficacia de su método, siendo el propio Sigmund Freud quien a lo largo de su producción no cesó de

trabajar la cuestión. En la que parece ser la última exposición pública de Freud ante un auditorio compuesto únicamente por médicos y que conocemos bajo el nombre de «Sobre psicoterapia» (Freud, 1905a), este autor, preocupado por la forma en que trabaja un psicoanalista, intenta despejar ante su público lo que entiende son las diferencias entre el método psicoanalítico y la sugestión. Esto ocurre el 12 de diciembre de 1904 y es en esta oportunidad que Freud cita a Leonardo Da Vinci, quien hablando de las artes, propone que estas operan *per via di porre y per via di levare*.

Sobre esta diferenciación es que Freud propone distinguir el psicoanálisis de la sugestión; esta última opera a través de agregados o aditamentos, en cambio el primero obra aliviando, quitando, retirando lo que obstaculiza la prosecución de la cura, nos dice.

Treinta y tres años más tarde, en su texto «Construcciones en el análisis», Freud (1937d) continúa preguntándose sobre la validez y eficacia de su método, esta vez en torno a las respuestas del analizante referidas a las intervenciones del analista. Podemos ver que el interés por la pertinencia y utilidad de su invención se ha mantenido a lo largo de todo ese tiempo, pero el tenor de la interrogación tiene un matiz. El sesgo más interesante que se lee en ese texto de 1937, escrito sobre el final de la vida de Freud, es cierto movimiento en torno a la pregunta sobre la posición del analista en la dirección de la cura. Freud ya no estará preocupado por la sugestión, sí por la científicidad de la disciplina. La pregunta ha virado hacia cómo las intervenciones del analista dirigen la cura y qué elementos de esta pueden servirle de guía en su tarea, dado que no puede disociar el lugar del analista de lo que se produce en la cura, y por eso lo que se alivia o lo que se agrega sigue cuestionando a este autor, sobre todo porque esos elementos no pueden abordarse por fuera del lugar del analista.

La interrogación sobre la científicidad del psicoanálisis también está planteada desde el comienzo de su trabajo, y bien conocidas son las fuentes doctrinales en las que se nutrió, razón por la cual no abundaremos sobre ello en este texto. Nos permitiremos recordar cuál era el programa de investigación que Freud en el primer párrafo de «Pulsiones y destino de pulsión» (1915c, p. 113) plantea. Allí propone que los conceptos básicos de una ciencia deben proceder de la exploración de los fenómenos abordados y que para ello no es posible constreñirse a lo ya sabido, por más que ese conocimiento previo necesariamente oficiará como contrapunto y, por qué no, matriz.

Esta definición es la que permitirá, a ciertos desarrollos epistémicos, un abordaje diverso, y como plantea Flora Singer «constituyen lo que se ha llamado el pensamiento de la discontinuidad en Francia» (Singer, 1987, p. 19), el cual implica no quedarse en las críticas que el positivismo le ha dirigido al psicoanálisis en relación a su anhelo de científicidad.

El positivismo apunta a una producción de conocimiento que se basa en la utilización de conceptos que para su definición se apoyan en el principio de identidad y de tercero excluido

(Singer, 2002 y Singer, 1992, p. 52), de esta manera el saber que se busca carece de fisuras, se caracteriza por su plenitud y el resto no entra en el campo de lo problematizable.

La cuestión es que para el psicoanálisis *el resto* está desde el principio de su interrogación: «La interpretación de los sueños» (Freud, 1900a), «Psicopatología de la vida cotidiana» (Freud, 1901b) y «El chiste y su relación con lo inconsciente» (Freud, 1905c) son tres obras donde el creador del psicoanálisis se detiene a estudiar cuestiones cotidianas y quizá por ello, desatendidas, como ser: sueños, lapsus, fallidos y chistes, encontrando un universo de sentido en esas producciones, universo de sentido que no es ajeno a su abordaje. ¿Por qué lo planteamos?, debido al hecho que desde el momento en que Freud deja la hipnosis, y luego también deja la anamnesis, para pasar al método de la asociación libre, ese resto, ese obstáculo que aparece en el discurso será objeto de abordaje para el psicoanálisis.

Evidentemente esto marca una postura epistemológica en torno al objeto a tratar, posición que Michel Foucault destaca en su obra *La arqueología del saber*, allí nos dice: «Analizar el discurso es hacer desaparecer y reaparecer las contradicciones; es mostrar el juego que en él llevan a cabo; es manifestar cómo puede expresarlas, darles cuerpo, o prestarles una fugitiva apariencia» (Foucault, 1988, p. 254).

Para el análisis arqueológico de Foucault «las contradicciones no son ni apariencias que hay que superar, ni principios secretos que sería preciso despejar. Son objetos que hay que describir por sí mismos, sin buscar desde qué punto de vista pueden disiparse o a qué nivel se radicalizan, y de efectos pasan a ser causas» (Foucault, 1969, p. 254).

Como decíamos más arriba, este paradigma de la discontinuidad buscará utilizar un sistema de transformaciones, basándose, en lugar del concepto, en la metáfora, en la medida que esta habilita pensar el movimiento y el cambio dentro del dispositivo (Singer, 2002, p. 4).

Sin dudas, Jacques Lacan ha sido fundamental en este punto, en tanto ha integrado a la lingüística, así como a otras disciplinas para dialogar con el psicoanálisis; de esta manera, su definición del sujeto como representado por un significante ante otro significante (Lacan, 1965, p. 834 y sigs.), establecerá ese espacio *entre*, esa dimensión evanescente que caracteriza la experiencia del análisis y que habilita a utilizar la metáfora como herramienta.

Para este fin utilizaremos la metáfora, como plantea Flora Singer en su texto de 2002,

[...] en un sentido amplio, que compromete toda dinámica de transformaciones en una cadena de sentido. Desde este punto de vista, la metáfora está constituida por cadenas de significantes cuya significación no es absoluta, sino relativa a su posición singular en una cadena, en una dinámica de potenciación de sentido y no de exclusión de sentido. El significante no tiene un significado unívoco sino que, en virtud de su posición, puede tomar más de un significado en un proceso dinámico de transformaciones.

Precisamente esa dimensión *entre*, entre lo que se dice y lo que se escucha, entre lo que ya estaba y lo que se agrega, entre analizante y analista, es lo que el presente trabajo busca explorar, deteniéndonos particularmente en la interpretación y la construcción como herramientas de la praxis analítica.

3.6. Insumos para la clínica psicoanalítica

El tercer capítulo de «Más allá del principio de placer» (Freud, 1920g, p. 18) nos muestra cuáles han sido los diversos momentos por los que la estrategia clínica del psicoanálisis ha transitado en lo que Freud llama «veinticinco años de trabajo intenso». Allí, nos dice que en un primer momento el psicoanálisis aparecía como un arte de interpretación, es decir, que la tarea consistía en llenar las lagunas mnémicas que se presentaban como olvidos, lapsus o síntomas; situación que se mantiene hasta la aparición de «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (Freud, 1905e). Es a partir de este caso que podemos decir que el acento se desplaza al cierre del inconsciente que se manifiesta a través de las resistencias. Resistencias que no son sino el vehículo del amor de transferencia, amor de transferencia que puede ser tratado y conceptualizado dentro de lo que denominamos neurosis de transferencia.

Freud nos advierte que por más que el analista se empeñe por obtener el máximo de recuerdo y el mínimo de repetición la compulsión a la repetición marca un tope a la rememoración y un lugar para lo que no puede ser dicho. Este es el tercer momento que encontró en su trabajo clínico y que dará lugar a la entrada, dentro del corpus teórico freudiano, de la segunda teoría o dualismo pulsional, aquel que opone pulsiones de vida a las pulsiones de muerte.

Como se ve, la estrategia clínica no permaneció inmutable, no obstante, el método freudiano a través de estos tres momentos es el mismo, este método es el que se sostiene en la transferencia, en la asociación libre y en la atención flotante; lo que a su vez no deja de ser una muy buena validación en la medida que estos tres soportes fueron los que permitieron ir desarrollando y superando cada uno de estos momentos sin por ello perder efectividad en la tarea clínica. Que el nombre asociación libre no nos llame a engaños, *libre* en este caso remite a no selectivo, pero de ninguna manera será igual a indeterminado, ya que lo que esta asociación libre nos mostrará es el orden del inconsciente. Ahora bien, para llegar a este orden será necesario respetar la regla fundamental del psicoanálisis.

La historia cuenta que fue una paciente, Emmy von N., la que le pidió, no sin un dejo de fastidio que la dejase hablar según ella entendiese, sin preguntarle tanto (Freud, 1895d, p. 71, en colaboración con Josef Breuer). Ello muestra que esta noción es subsidiaria absoluta del trabajo clínico, el cual Freud venía desarrollando tanto con sus pacientes, como a nivel

personal.

En 1899 publica su «Interpretación de los sueños» (Freud, 1900a) en donde gran parte del material clínico aportado pertenece a sueños del propio Freud. Que los sueños que aparecen en la *Traumdeutung* pertenezcan a Freud se relaciona directamente con su análisis original porque fue precisamente el que posibilitó la redacción de ese texto, más allá de las resonancias que remiten a los principios del psicoanálisis.

Cabe una digresión, suele llamarse a este análisis el *autoanálisis* de Freud, lo que es un error. Es un error porque *auto* es un prefijo de origen griego que significa 'lo que se mueve por sí mismo' y en un análisis la demanda a otro es insoslayable, de lo contrario la transferencia sería algo contingente y la clínica nos enseña, como le enseñó al propio Freud, que en un análisis la transferencia es necesaria (en un sentido lógico).

También es un error porque el término utilizado por Freud es *selbstanalyse* cuya traducción sería 'análisis de sí' o 'análisis de lo propio' lo que mostraría una disposición al análisis en una relación con otra cosa.

Volviendo a la asociación libre, para poder acercarnos al trabajo que permite esta herramienta clínica necesariamente deberemos apelar a otras nociones, como es el caso del concepto de *inconsciente* en psicoanálisis. Si bien la idea de una actividad anímica inconsciente precede a la obra freudiana, no es menos cierto que la conceptualización y el alcance que Freud plantea exceden, y por mucho, a sus antecedentes. La idea de una actividad anímica inconsciente acompaña los planteos freudianos desde las primeras épocas aunque su presentación en relación a un primer modelo del aparato psíquico sea en «La interpretación de los sueños». Es allí que en esta primera tónica, Freud nos propone un modelo de aparato psíquico formado por tres sistemas: el inconsciente, el preconscious y la conciencia (Freud, 1900a, p. 504 y sigs.).

El inconsciente, según Freud lo entiende, estaría formado por un conjunto de huellas mnémicas que al ser investidas alcanzarían el estatuto de representaciones, que por su contenido hubieron de ser desalojadas de la conciencia, o bien, nunca formaron parte de ella.

Como se ve, esta manera de entender el inconsciente pone en juego lo que Freud llamó *metapsicología*, es decir el abordaje del hecho psíquico desde tres puntos de vista: el tónico, el dinámico y el económico, y es el planteo metapsicológico el que posibilita la caracterización del inconsciente como Freud la hace.

Plantea que el funcionamiento del inconsciente está regido por el principio del placer, principio de carácter económico cuya finalidad es mantener los niveles de tensión o excitación con sus umbrales lo más bajo posible. El modo de funcionamiento de este sistema será el del proceso primario donde la energía psíquica es libre y podrá ir de una representación a otra, sin las trabas que impondrá el proceso secundario, ya bajo el imperio

del principio de realidad dentro del sistema percepción-consciencia.

Esta teorización es producto de la tarea clínica de Freud, la cual le permitió en el desarrollo de su praxis conceptualizar el inconsciente y constatar la eficacia de este. Freud nos dice que el conocimiento del inconsciente no es directo, pero sí es posible gracias a las formaciones de este; dichas formaciones son los sueños, vía regia, para Freud, de acceso al inconsciente, los lapsus, los actos fallidos, los chistes y los síntomas.

Planteo que rápidamente podemos referir al noúmeno kantiano y su establecimiento de cierta negatividad (Kant, 1781, p. 142 y sigs.), como aquello incognoscible directamente, pero abordable por sus efectos (Singer, 1992, p. 43).

Fue con su minucioso estudio sobre los sueños que Freud pudo postular dos mecanismos específicos de funcionamiento de estas formaciones; estos dos mecanismos son la condensación y el desplazamiento, los cuales gracias a los progresos de la lingüística más adelante Lacan asimilará a la metáfora y a la metonimia (Lacan, 1993, p. 307 y sigs.).

La condensación nos muestra que un elemento puede estar determinado por diversas cadenas asociativas, y a la inversa, la proliferación de elementos en el contenido manifiesto puede estar dando cuenta de una única idea como motor del trabajo del sueño. El desplazamiento implica que la energía de una representación puede ser vertida a otra gracias al libre desplazamiento que opera en el inconsciente y que permitirá que por una simple relación de semejanza o contigüidad una representación subrogue a otra cuyo acceso a la consciencia, por su contenido, debe ser impedido. Hasta aquí lo que refiere al inconsciente.

Ocupémonos ahora brevemente de la transferencia. Más arriba habíamos sostenido que para todo análisis la transferencia era una condición necesaria y no contingente. El punto que no debemos descuidar en todo tratamiento es que la transferencia se presenta en su doble vertiente: si bien es el motor del análisis, por su faz resistencial, puede aparecer también como su mayor obstáculo (Freud, 1912b, p. 99). ¿Cómo es esto posible?, por la peculiar característica del inconsciente de no reconocer un principio de contradicción, por lo que dos representaciones contradictorias pueden coexistir juntas en dicho sistema, y por no reconocer un ordenamiento cronológico de lo temporal.

La transferencia como puesta en acto de la realidad del inconsciente, como dice Lacan (Lacan, 1980, p. 152), implica la actualización de los deseos inconscientes sobre determinados objetos; en el caso de un psicoanálisis la figura del analista ocupará dicho lugar, siendo su tarea precisamente soportar ese lugar, ya que como dice Freud, esta labor no se puede hacer *in absentia o in effigie* (Freud, 1912b, p. 105).

Esta transferencia es la que permitirá que una demanda sea dirigida a un otro y que en el despliegue de ese decir esas formaciones del inconsciente que antes nombrábamos hagan su aparición y por tanto puedan ser trabajadas. ¿Cuándo comienza un análisis? Si

bien las respuestas a esta pregunta pueden ser diversas, proponemos entender el comienzo de un análisis con la formulación de la regla fundamental, que implica que aquel que desea analizarse debe decir todo cuanto acuda a su mente sin reparar en que pueda ser inoportuno, desagradable, ridículo, obsceno o ilógico. Evidentemente la enunciación de la regla fundamental resignifica *après-coup*, es decir, con posterioridad, todo lo sucedido hasta ese momento como entrevistas preliminares. La regla fundamental se puede entender como la causa estructural del inicio de la transferencia en su dimensión simbólica e implica que el discurso comenzará a desplegarse, que lo que se dice es diferente a lo que se sabe, y que este saber ya ocupará otro lugar, situándose más allá de toda intención, tanto del que dice como del que escucha. La regla fundamental es para el que demanda ser escuchado, al que se le pide que asocie libremente, pero también es para el que se propone como analista, en la medida que su escucha debe ser *parejamente flotante*.

La atención flotante implica por parte del analista que este evite toda focalización de su atención, tratando por medio de su escucha poder dar cuenta del sujeto de la enunciación, más que del sujeto del enunciado.

3.7. De la clínica freudiana

Un recorte clínico que nos presenta el propio Freud en el apartado II, «Olvido de palabras extranjeras», de su «Psicopatología de la vida cotidiana» (Freud, 1901b, p. 16) nos permitirá trabajar estas ideas. En él, Freud nos cuenta que estando de vacaciones renovó su trato con un joven de su mismo estamento, es decir, era un joven judío, con una cierta formación cultural y académica, cuestión que no debemos desatender, ya que nos habla de una comunidad que es importante a la hora de un análisis. Que esto no se malinterprete, no nos referimos a la cuestión religiosa sino a todos los factores que en una sociedad y en una cultura permiten que la transferencia tome su material para desplegarse. Además, este joven estaba familiarizado con algunos de los textos que Freud había publicado. Hablando en ese viaje, la conversación llegó al tema de la situación social de los judíos y Freud nos dice que este muchacho comienza a lamentarse porque considera que su generación estaba condenada a ser relegada y no poder desarrollar sus talentos y capacidades. Al hacer esto este joven pretende citar un verso de la *Eneida* (Virgilio, XIX a. C., p. 153), aquel del capítulo IV, en el que Dido se lamenta por la forma en la que Eneas la ha tratado, y difiere al futuro su venganza sobre este. Pero ocurre que queriendo citar este verso de Virgilio dice *Exoriar(e) ex nostris ossibus ultor*. Ante esto, Freud, que sí recuerda como dice el metro, no puede ocultar una sonrisa. Entonces el joven le pide que no se burle y le ayude. En ese momento el pedido se dirige al saber referencial y es sobre ese saber que el joven interroga a Freud. Freud responde de buena gana, nos declara, y le dice la cita correcta *Exoriare aliquis nostris*

ex ossibus ultor. Esto se podría traducir como 'Que alguien surja de mis huesos como vengador', es lo que pide Dido frente a la afrenta que le inflige Eneas al abandonarla para forjar el nuevo imperio.

Es decir, que el joven produce un lapsus, una formación del inconsciente. Cuando esto ocurre el joven comenta que en los textos que leyó de Freud, este postulaba que nada se olvida sin razón y le propone pesquisar cómo fue que él olvidó *aliquis*. Aquí ya la posición subjetiva es otra, ya lo que falta no es una palabra en una frase, lo que falta es otra cosa, y el saber que se busca no es referencial o académico.

El punto es que ese lapsus se constituye como tal porque hay un otro que lo percibe o sanciona, entonces ese otro como lugar puede hacer decir algo más a la palabra en tanto significante, es con posterioridad que se significa la formación del inconsciente. Al pedirle a Freud le está otorgando un saber que habla de la instalación de cierta transferencia. Freud nos dice que recogió el desafío *gustosísimo*.

El desafío que Freud recoge implica suspender la garantía que el saber referencial pueda ofrecer. No se trata de convencer, sino de convicción; opuesta a la creencia, la convicción se logra cuando el sujeto alcanza su propia letra (Vegh, 1980, p. 56). Es ahí que Freud, podríamos decir, le enuncia la regla fundamental de un análisis a este joven. Él contesta: «bien; entonces doy en la risible ocurrencia de dividir la palabra de la siguiente manera: *a* y *liquis*», ante esto Freud le pide que asocie, a lo que el joven responde «no sé». «¿Qué más se le ocurre?», pregunta Freud y ahí siguen una serie de asociaciones: *reliquien, liquidation, flüssigkeit, fluid* (reliquias, liquidación, fluidez, flujo). Cuando el joven termina de asociar le pregunta a Freud «¿ahora ya sabe Ud. algo?». «No, todavía no. Pero continúe usted».

En ese punto, cuando Freud dice que no sabe, se está corriendo de ese lugar de saber supuesto, para permitir que sea el discurso del joven el que tome la palabra, evitando identificarse con ese saber supuesto. Es ahí que el joven, con una sonrisa irónica, trae a Simón de Trento, luego recuerda las inculpaciones a los judíos por sacrificios de sangre y por último en esta serie, un escrito de Kleinpaul, que ve en todas las presuntas víctimas a reediciones del Salvador. Freud señala a su interlocutor que esto está relacionado con el tema del cual departían antes de evocar fallidamente la frase latina.

Como se ve, el discurso en su despliegue diacrónico es escuchado por Freud buscando en un movimiento de supletoriedad el nexo que dé un nuevo sentido a lo anteriormente dicho. En ese momento el joven recuerda otro artículo, ahora de San Agustín, sobre las mujeres y le pregunta a Freud: «¿Qué hace Ud. con eso?», «yo aguardo», contesta.

Aparece entonces algo que según el joven carece de conexión con el tema, ante lo que Freud le recuerda el carácter de la regla fundamental, pidiéndole que se abstenga de cualquier crítica. El joven recuerda un anciano, un verdadero *original*, que cree se llamaba

Benedicto. Entonces, Freud interviene y le dice que en su discurso aparecen una serie de santos y de padres de la iglesia: San Simón, San Agustín, San Benedicto y, curiosamente, donde el joven dijo *original*, Freud trae otro padre de la iglesia: Orígenes.

La justeza de la interpretación y el hecho de proponer Orígenes donde el joven dijo *original* estará sancionado con posterioridad por lo que serán las verbalizaciones de este último. También le dice que tres de esos nombres son nombres de pila, como Paul (otro padre de la iglesia) en el apellido Kleinpaul. «Ahora se me ocurre San Jenaro (Januarius) y su milagro de la sangre...Halo que eso sigue adelante mecánicamente». «Déjelo seguir», pide Freud y le dice al joven que San Jenaro y Agustín (que remiten a enero y agosto) tienen ambos que ver con el calendario, a su vez le solicita que le refresque la memoria sobre el milagro de la sangre. El joven accede, recuerda la fluidificación, recuerda a Garibaldi y su pedido ante una demora de la consumación del milagro. Cuando esto ocurre el joven vacila, Freud lo nota y le pregunta: «¿Y qué más?, ¿por qué vacila Ud.?». El joven reconoce que se le ocurrió algo, pero alega que es demasiado íntimo para comunicarlo, aparte que no le ve nexos alguno ni necesidad de comunicarlo. Ante esto Freud responde que del nexo es él quien cuida y que si bien no puede obligarlo, esto impide sostener el desafío, por la desobediencia a la regla fundamental.

El joven, entonces, le dice que de pronto pensó en una dama de quien podría recibir noticias desagradables en extremo para ambos. A lo que Freud inmediatamente responde preguntando: «¿Qué no le ha venido el período?». El joven le pregunta a Freud cómo pudo saberlo, a lo que este le responde que todo el discurso del joven lo preparó para ello. Freud le recuerda los santos del calendario, la fluidificación de la sangre cierto día, los trastornos provocados si eso no ocurría, la amenaza ante la no consumación, pues de lo contrario...

Freud plantea a este joven que con su olvido de *aliquis* ha procesado el milagro de San Jenaro como una alusión al período de la mujer. El joven esgrime entonces una nueva duda. Freud le recuerda la serie *a-liquis*, reliquias, liquidación, fluidez, y cómo San Simón, que se inserta por reliquias, fue sacrificado de niño. Al hablar del sacrificio de un niño, al evocar la posibilidad de interrumpir el embarazo, el joven le pide a Freud que no continúe y no tome en cuenta ese pensamiento «si en realidad lo he tenido», dice. Ahí le dice a Freud que la dama es italiana y que con ella ha visitado Nápoles.

En su artículo de 1937, «Construcciones en el análisis», Freud nos dirá que la justeza de un acto interpretativo se corroborará en lo que se produce a continuación en el discurso del que se analiza. Cuando Freud continúa su trabajo de análisis en su escrito, dice que a diferencia de otro ejemplo, el de *Signorelli*, en este caso no hubo un recuerdo sustitutivo, pero en una llamada reconoce que sí hubo uno (Freud, 1901b, p. 20). En ella anota que luego cuando le pregunta al joven si en el momento que no recordaba *aliquis* recordaba alguna palabra, le dice este que había pensado en *ab-*, que es una preposición que se utiliza

en el ablativo (caso de la declinación que en ciertas lenguas, expresa relación de procedencia, situación, modo, tiempo, instrumento, etc.) y que se le había producido una intensificación de la palabra *exoriare*, pero que él pensaba que era debido a su condición de ser la primera palabra de la frase. Insistiendo, confesó que entonces se le ocurrió «exorcismo». Esto ocurre porque el diálogo no culmina en la interpretación sobre la menstruación esperada, sino en la insinuación sobre qué haría si esta efectivamente no aparecía.

Pero Isidoro Vegh propone, leyendo a Freud, que en el lugar que debía aparecer *aliqui*, apareció *ex-*, la que también es una preposición del ablativo, que tiene diversas traducciones, pero si se toma la línea del exorcismo, del *exoriare* (que quiere decir 'sacar fuera de sí') el *ex-* en una de sus posibilidades es 'fuera de' (Vegh, 1980, p. 57). Este *fuera de* implicaba al joven, pero también a Freud, ambos judíos víctimas de segregación. Este *ex-* sitúa al joven y también a Freud, que no lo toma. Recordemos que la cita la profiere Dido contra el Imperio romano y para Freud, Roma no podía no evocar la iglesia católica. Ese *ex-* evoca alguien que debe ser puesto en otro lugar, en otro lugar donde el deseo de muerte no es ajeno.

3.8. Para una lógica de las intervenciones clínicas en psicoanálisis

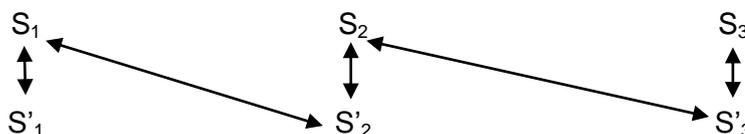
Volvamos a la interpretación y a la construcción. ¿Cómo entender las intervenciones de Freud en este caso? Partamos de algunas definiciones. Para la construcción, la propuesta de Freud en «Construcciones en el análisis» es entenderla como «que al analizado se le presente una pieza de su prehistoria olvidada», lo que difiere de la interpretación, la que refiere «a lo que uno emprende con un elemento singular del material» (Freud, 1937d, p. 262).

La construcción sería un tipo de interpretación más profunda, más elaborada, que operaría una especie de restitución de ese fragmento olvidado o perdido, las resonancias del *per via di porre* vuelven aquí a instalarse.

Otras definiciones más cercanas en el tiempo retienen esa diferenciación del sentido aditivo de la construcción y más analítico de la interpretación. Para Juan David Nasio (1984, p. 17), como ya habíamos dicho, la interpretación será «el caso especial de un dicho raro, conciso e intempestivo que sorprende al analista que lo enuncia», lo que ubica a esta en la misma línea que las formaciones del inconsciente. Posición que es muy cercana a la de Helena Kon Rosenfeld (1998), tal como la expone en *Palabra pescando ño-palabra*.

Un sentido más formalista es el propuesto por Gerardo Arenas para quien la interpretación «produce un cambio en la posición del sujeto con relación al saber inconsciente» (Arenas, 1998:79). Entiende la estructura de la interpretación como formada

por tres pares de significantes, S_1 y S'_1 , S_2 y S'_2 , S_3 y S'_3 . A partir de estas definiciones podemos entender que en el momento en que Freud introduce *Orígenes*, a partir del *original* propuesto por el joven, estaría efectuando una interpretación tal como lo propone Arenas en su texto *Estructura lógica de la interpretación*:



Orígenes sería la intervención de Freud desde el último par signifiante, el formado por S_3 y S'_3 , actuando sobre y a partir del segundo par signifiante —formado por S_2 y S'_2 — *original*, aportado por el joven y que habría aparecido como retorno de lo reprimido, ya que la represión impide la emergencia del primer par signifiante, el formado por S_1 y S'_1 . Debemos aquí aclarar que cada signifiante tiene su valencia de S o S' debido al hecho que la palabra proferida no tendrá igual significación o valor por quien la emite que por quien la recibe; incluso más, emisor y receptor pueden coincidir en un sujeto en diferentes momentos y por ello el trabajo asociativo es posible, tanto en el analizante como en el analista.

Quizá por el estilo del escrito de Freud, más preocupado por demostrar su método *deductivo*, lo sorpresivo de proponer *Orígenes* como nombre en el lugar de *original* quede difuminado tras el efecto holmesiano.

Asimismo toda la parte final del discurso freudiano tiene la forma de una construcción tal como Freud la concibe: restituir ese fragmento olvidado a causa de lo displacentero de su rememoración.

Probablemente en la actualidad las intervenciones que Freud entendía como construcciones sean muy poco frecuentes, predominando señalamientos e interpretaciones, dado que la tarea creativa, productiva, y por qué no inventiva, se promoverá desde la posición analizante.

Lo que sí queda mostrado sin ninguna duda es el efecto metafórico de ambas intervenciones, cómo lo que existía toma otra posición y cómo esa nueva posición es lograda y modificada a partir de la intervención del analista, tanto en el caso puntual de la *interpretación* de *Orígenes*, como en la *construcción* de la razón del olvido de *aliquis*. A esta circunstancia es a la que apuntábamos cuando hablábamos de un abordaje epistemológico soportado en la metáfora y no en el concepto, en tanto la metáfora como productora de sentidos y sin sentidos es la que habilita la creación, la producción y el movimiento dentro del trabajo del análisis.

4. MARCO TEÓRICO

4.1. Para abordar la declinación de lo paterno en psicoanálisis

Vemos que hoy día el tema de las actuaciones dentro del tratamiento psicoanalítico no solo responde a cómo en la actualidad son recibidas estas presentaciones clínicas a las que anteriormente hacíamos referencia —las cuales ya en 1914 eran notadas por Freud, por lo que la actualidad queda cuestionada, o por lo menos nos hacen prudentes en cuanto al carácter agudo de su actualidad, dirá Zafiropoulos en la obra que coordina con Assoun—, sino que además oímos decir que hoy día la causa de este despliegue de conductas tributarias del *agieren* freudiano es consecuencia de las dificultades que en las sociedades actuales encuentra la función paterna para ser eficaz.

Markos Zafiropoulos se permite dudar de este diagnóstico, llamando nuestra atención sobre lo que llama «el axioma que hoy prima en la mayoría del campo psicoanalítico» y que diría más o menos que «nuestras sociedades occidentales se caracterizan por una violencia social cuya potencia es históricamente inédita y que se explica por el desmoronamiento de lo simbólico en cuya primera fila hay que situar al nombre del padre, naturalmente rico en armonía y paz» (Assoun y Zafiropoulos, 2006, p. 10). Ahora bien, ¿por qué se permite esta duda? La respuesta está en la investigación realizada por este autor en torno a cuáles habían sido las fuentes sociológicas que Lacan utilizó en sus primeras obras.

En *Lacan y las ciencias sociales* (Zafiropoulos, 2002), el autor nos muestra que la antropología de inspiración durkheimiana que Lacan utiliza —para dar cuenta de una manera de maduración subjetiva que podría explicar la génesis de algunas «nuevas patologías», a saber: anorexia, suicidio, toxicomanías, perturbaciones narcisistas, estados límite, violencias sociales, etc. (Assoun y Zafiropoulos, 2006, p. 15)— se encuentra comprendida en la tesis de la contracción familiar formulada por Émile Durkheim en 1892, tesis que sostiene que el pasaje de la familia patriarcal a la forma conyugal dejaba a los sujetos desamparados.

El punto es que se demostró que dicha tesis no era verdadera porque utilizaba cierta imagen de lo paterno que se desprendía del trabajo de Durkheim y que no correspondía con el ordenamiento de las familias en el período de tiempo estudiado, sino con una versión idealizada que la sociología puso a jugar por ese entonces y que se mantuvo, y quizá se mantiene, hasta nuestros días.

Zafiropoulos comenta acertadamente que se suponía, a partir de esa tesis, que la nueva forma familiar era deficitaria frente a la antigua organización, la que era más fuerte y

armónica en cuanto estaba sostenida en la figura de un patriarca que reunía en sí todas las virtudes del amparo y la autoridad.

Fueron los trabajos de la escuela sociológica de Cambridge los que mostraron que en realidad los lazos de la alianza conyugal se extienden en el tiempo prácticamente en todas las épocas y organizaciones sociales; y que la idea de aquel grupo patriarcal extenso, aquel que vivía en una gran casa común u hostel en donde habita «el señor de la comunidad» funcionó al igual que la novela familiar opera para el neurótico, es decir, una idealización, y Zafiropoulos nos da las razones de este movimiento:

1. Nunca tiene en cuenta los agrupamientos familiares de los más humildes, lo cual suscita la ignorancia de la historia de las familias de las clases populares.
2. Siempre presenta como naturales a las «grandes» familias, pero también la autoridad del padre y su elección del único heredero, cuando en realidad esta fórmula de herencia parece ser una de las condiciones de la acumulación de bienes de la aristocracia y, por lo tanto, de la reproducción de los grupos sociales más poderosos, que en definitiva prolongan de generación en generación la estructura de las desigualdades sociales.
3. Se construye como una verdadera novela familiar, análoga a la que utiliza el sujeto neurótico para inventarse una familia originaria de la cual habría sido excluido por una u otra razón (robo de niños, abandono...), y que motiva su recurrente nostalgia de una vasta familia de esa índole, con un jefe poderoso y protector. (Zafiropoulos, 2002, p. 180).

Todo esto lleva a Zafiropoulos a sostener que la tesis que propone la declinación paterna no está históricamente demostrada, y que el valor de la función paterna depende de su ubicación temporal y geográfica, diría más, de su ubicación temporal y espacial (Zafiropoulos, 2002, p. 169).

Esta forma de trabajo necesariamente pone en cuestión afirmaciones como las que aparecen en el argumento de la investigación «Familias de hoy»¹. El modelo neurótico se borra y cede el lugar progresivamente a las patologías identitarias y narcisistas que acaso reflejan la ligereza que parece haber ganado la distribución tradicional de los roles en el seno del universo familiar (Assoun y Zafiropoulos, 2006, p. 15).

Si bien el párrafo anterior remite a una publicación de la *Revue Française de Psychanalyse*; publicación de la Sociedad Psicoanalítica de París, institución miembro de la IPA, dentro del campo lacaniano, el que siempre ha polemizado con la internacional psicoanalítica; algunas voces van en el mismo sentido. Vemos así que autores que provienen de ese campo, como Charles Melman y Jean-Pierre Lebrun hablan de sujetos

¹ Documento de AA.VV publicado en La Revue Francaise de Psychanalyse, enero- marzo de 2002, tomo LXVI, París, PUF, p. 7, citado en Zafiropoulos 2006

organizados bajo una «nueva economía psíquica», producto del efecto de la economía de mercado sobre la economía psíquica (Porge, 2009, p. 146).

Para Erik Porge, que es quien nos habla de esos autores, no queda claro cuál es la operación que permite ese efecto, él se pregunta si se trata de pasaje o de asimilación continua de una economía en la otra, pero probablemente lo más relevante aquí resida en la caracterización de esas nuevas economías psíquicas donde vemos la declinación del padre, cuestionamiento de su lugar, la muerte de la sociedad jerárquica, etc., para concluir que en esa nueva economía psíquica lo simbólico no tendría más su lugar de tercero (Porge, 2009, p. 147). Ello nos señala la proximidad de los planteos de los analistas ubicados dentro o fuera de la IPA.

Lo que interesa priorizar del planteo de Erik Porge es que su interés se centra en destacar la especificidad del psicoanálisis en el abordaje de estos fenómenos y si bien reconoce que otras disciplinas pueden aportar a su comprensión y conceptualización, no debemos perder de vista en donde reside el trabajo propiamente psicoanalítico.

Invitado a polemizar con Jean-Pierre Lebrun y otros en una jornada denominada «¿Qué subjetividad para nuestro tiempo?», Porge se ocupa de aclarar que subjetividad y sujeto son términos disjuntos y dentro del psicoanálisis se excluyen mutuamente. ¿Por qué? Porque en psicoanálisis el sujeto es una función evanescente en tanto se constituye como un espacio *entre*; la definición de que el significante representa al sujeto ante otro significante implica que difícilmente un sujeto pueda coagularse en una subjetividad como una identidad definida. Porge entiende que hablar de sujetos sin subjetividad o con una *falsa* subjetividad es un sin sentido para el psicoanálisis, quizá no para la sociología, el derecho e incluso la psicología, pero sí para el psicoanálisis.

Porge considera que el psicoanalista es quien escucha o se ocupa del sujeto, no de las subjetividades, sean estas del tipo que sean: niños, adictos, deprimidos o cualquier conjunto que encuentre una nominación que lo recorte dentro del conjunto de la comunidad (Porge, 2009, p. 152). Solo cuando el psicoanalista formaliza lógicamente la definición del sujeto puede escuchar el discurso de las diversas subjetividades, pero abordadas desde la singularidad de cada utilización de la lengua, diferente para cada *parlêtre*.² Entonces, cuando algunos analistas llaman *hiperquinéticos* a algunos niños que no se quedan quietos (Porge, 2009, p. 147) muestran una reducción que se relacionará con una dirección del tratamiento, más preocupada por reconocer una identidad preestablecida que en la posibilidad de habilitar que la escucha permita la emergencia de ese sujeto del inconsciente único en su singularidad.

En suma, al diagnosticar y rápidamente nominar un tipo de *patología* o de *subjetividad* lo

² Neologismo que debemos a Lacan y que groseramente traducimos como 'hablanteser'

que se evita es poder escuchar en cada caso qué implica ese no quedarse quieto, llevando el campo del lenguaje a un ejercicio de nomenclatura. En ese lugar Porge propone no confundir el sujeto de lo inconsciente con el yo de quién se está analizando, en tanto el yo, como resultado de las identificaciones, sí se relacionaría con la subjetividad de una época.

Entonces, si confundimos el sujeto con la subjetividad, podemos llegar a no poder oír el habla singular de aquel que se está analizando y quedar atrapados en las determinaciones sociales que sin duda tienen que ver con la alienación imaginaria que puede determinar una identidad objetivante, lo que sin lugar a dudas impedirá el trabajo del análisis, si solo en ellas nos quedamos. Quizá por esa razón Lacan alertaba sobre la necesidad de pulir al sujeto de lo subjetivo (Lacan, 1992, p. 12).

Esta forma de trabajo tendrá evidentemente consecuencias en la dirección de la cura, por lo que el debate no es menor, dado que no solo está en juego la dimensión ética del tratamiento, sino también lo metodológico. No es excesivo recordar que en psicoanálisis ética y método son la misma cara de una banda moebiana, que inmersa en el espacio euclideo parece tener dos caras cuando en realidad posee una única superficie con un borde.

¿Cómo trabajar entonces desde ese abordaje de la singularidad? Si seguimos a Jean-Claude Milner (1999), este nos informa que Lacan propone un abordaje minimalista del método inspirado en la lingüística estructural. Quisiéramos detenernos aquí en cierta postura que Foucault toma, en tanto esta marca un debate con el psicoanálisis. Si bien en un principio Foucault comenzó interpretando los acontecimientos sociales tomando los aportes del estructuralismo lingüístico y del psicoanálisis, específicamente las estructuras semióticas y estructuras psíquicas, luego abandonó esa vía: «Yo creo que las referencias no deben dirigirse al gran modelo de los signos y el lenguaje, sino al de la guerra y al de la batalla. La historia que nos afecta y nos determina sigue el modelo de la guerra y no el del lenguaje. Relaciones de poder; no relaciones de sentido» (Foucault citado en Copjec, 1994, p. 4)

Joan Copjec afirma que la reducción de lo social a relaciones de poder es problemática, en tanto Foucault analiza el régimen interno de poder y para hacerlo concibe el poder no como una fuerza externa que se ejerce sobre la sociedad, sino como inmanente a la misma. Para Copjec se podría definir esta posición como *historicista*, ya que es la reducción de la sociedad a su red interna de relaciones de poder y saber (Copjec, 1994, p. 6). Dice: «la sociedad pasa a coincidir con un régimen de relaciones de poder, pasa a ser concebida como estructurándose a sí misma y por sí misma, y no más por efectos de fuerzas estructurantes externas» (Copjec, 1994, p. 6). De esta manera Foucault inicia un trabajo donde rechaza aceptar cualquier referencia a un principio o tema que *'trascienda'* el régimen de poder que analiza y Copjec plantea que al rechazar buscarlo en un dominio exterior, eventualmente abandona —sin reconocer que lo hace— su intento de definir el principio que

supuestamente buscaba (Copjec, 1994, p. 7). Las consecuencias de esto son claras, veamos cómo lo plantea:

Así, cierta noción de trascendencia es necesaria si queremos evitar la reducción del espacio social a las relaciones que lo ocupan. Sin embargo, la posibilidad de repensar la cuestión es excluida a través de la sustitución que Foucault hace del modelo lingüístico por el modelo bélico, acusando al modelo lingüístico de ser inherentemente idealista. De hecho, lo contrario es verdadero: es el rechazo del modelo lingüístico lo que conduce al idealismo (Copjec, 1994, p. 7).

Y aún

El argumento que subyace al modelo lingüístico —que no puede decirse que algo existe hasta que es enunciado, articulado lingüísticamente— no es una mera tautología; es un argumento materialista paralelo a la regla de la ciencia que dice que ningún objeto puede ser legítimamente postulado hasta que no se puedan especificar también los medios técnicos para su localización. La existencia de una cosa, del punto de vista material, depende de si ha sido articulada lingüísticamente, porque solamente en este caso puede decirse que tiene una existencia objetiva (verificable), que pueda ser debatida por otros (Copjec, 1994, p. 8).

La postura de Lacan difiere, él entiende que, a diferencia de Foucault, en los discursos hay discontinuidades, y esas discontinuidades afectan a todos los discursos, lo que supone que existen movimientos absolutos y por ende, algo semejante a un punto de referencia absoluto (Milner, 1999, p. 93). Ese punto de referencia absoluto que propone Lacan es el sujeto. Milner nos dice que no es el lenguaje en sí mismo, ni las lenguas en las que se presenta, sino aquello de lo que el lenguaje reducido a su real *hace las veces*: el sujeto (Milner, 1999, p. 93)

Eso explica por qué Lacan propone la teoría de los cuatro discursos: el discurso del analista, el del amo, el de la histeria y el universitario para dar cuenta del lazo social (Lacan, 1992, p. 9). Esos cuatro discursos definen cuatro lugares que el sujeto puede llegar a ocupar sin la necesidad que dicho sujeto presente determinados atributos para sostenerse en cualquiera de ellos; esos lugares son el del agente, el otro, la verdad y la producción, es por eso que Milner nos dice que la única propiedad del punto de referencia absoluto ha de residir en su atopía, será por su insistencia que el sujeto advendrá a alguno de esos lugares.

Anteriormente se planteó que Lacan se apoya en la lingüística estructural en tanto esta se funda en tres tesis minimalistas. Milner las presenta:

1. Un minimalismo de la teoría: una teoría se acercará más al ideal de la ciencia cuanto más se imponga usar, para una potencia descriptiva máxima, un número mínimo de axiomas y de conceptos iniciales.

2. Un minimalismo del objeto: sólo se conocerá una lengua imponiéndose considerar en ella únicamente las propiedades mínimas que hacen de ella un sistema, pasible de ser descompuesto en elementos ellos mismos mínimos.
3. Un minimalismo de las propiedades: un elemento de un sistema tiene como únicas propiedades aquellas que están determinadas por el sistema (Milner, 1999, p. 102).

Estas tesis tienen como consecuencia para el trabajo analítico que este se imponga en un sistema mínimo, es decir, un sistema que se propone operar a partir de relaciones de diferencia, tal como sostiene Saussure: hay un sistema sí y solo sí hay diferencia (Milner, 1999, p. 102) y en este sistema las propiedades son reducidas a un único tipo; evidentemente: relaciones de diferencia (Milner, 1999, p. 103).

Milner comenta que Lacan nunca se pronunció taxativamente sobre el minimalismo del método, razón por la cual no trabajará sobre ello y aquí haremos otro tanto.

Sobre el minimalismo del objeto postula que la posición de Lacan se puede leer en su propuesta de comprender al inconsciente estructurado como un lenguaje, comprender el inconsciente considerando el funcionamiento de un sistema al que se le supone el mínimo de propiedades posible, y que «por medio de términos iniciales estrictamente diferenciales y de operaciones extremadamente poco especificadas se pueden hacer aparecer regularidades, lineamientos, concreciones; en suma, una suerte de paisaje material y estructurado» (Milner, 1999, p. 106). No podemos aquí no evocar el planteo de Copjec sobre la materialidad del lenguaje referido pocas líneas arriba.

También Milner dice que Lacan creyó en el minimalismo de las propiedades:

Lacan también creyó en el minimalismo de las propiedades. Lo expresó incluso de manera particularmente explícita. Entender que no hay más propiedades que las inducidas por el sistema es entender, cuando se define el sistema como estructura, que toda propiedad es tan sólo efecto de la estructura. Por lo tanto, que la estructura es causa. Y, cuando el elemento de toda estructura es definido como significante, esto quiere decir que el significante no *tiene* propiedades, sino que las *hace*: es acción (Milner, 1999, p. 107).

Estos argumentos toman toda su dimensión a la luz de las críticas que Zafiropoulos y Porge realizaban sobre la forma de trabajo en nuestros días. Así, debemos tener presente, si seguimos a Zafiropoulos, que nombrar a un padre como carente ya marca una acción del significante que no puede no dirigir y determinar los efectos de esa nominación en el tratamiento, efectos que Lacan describe en «La significación del falo»:

[...] es el descubrimiento de Freud el que da a la oposición del significante y el significado el alcance efectivo en que conviene entenderlo: a saber que el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en que lo significable aparece como sufriendo su marca, convirtiéndose por medio de esa pasión en el significado (Lacan, 1987, p. 668).

Claramente queda establecido que la nominación producida desde un saber preestablecido y, aún más, erróneamente concebido desde lo que el saber sociológico instauró producirá a nivel de los afectos un padecer que redoblará el malestar soportado por esos sujetos. ¿Podría entenderse que existe una contradicción en el planteo de Zafiropoulos de no utilizar mal el saber sociológico? Entendemos que no, en tanto la propuesta es poder en cada caso escuchar cómo la función paterna se declina, dando lugar a que cada sujeto dé cuenta de su posición.

No menos pertinente es el pedido de Porge, en cuanto a separar la concepción de la subjetividad de la concepción del sujeto. Solamente a partir de trabajar con un sujeto que posee una cantidad mínima de propiedades, un sujeto donde los atributos no sean una marca o condición de pertenencia, podremos abordar el trabajo a partir de ese sistema fundado en la diferencia y solo en tanto ese abordaje parta de la posibilidad de tratar cada caso como una singularidad.

Así será posible entender a posteriori si se trató de dicha singularidad o de una particularidad de un conjunto más extenso. Evidentemente, esos conjuntos pueden más tarde describirse como una subjetividad, pero desde el psicoanálisis el esfuerzo está puesto en no aplanar el despliegue discursivo de cada sujeto para que pueda solamente ser ubicado en alguna de las categorías utilizadas.

4.2. Lugar de la rememoración y el olvido en psicoanálisis

Dado que el presente trabajo busca comprender el lugar de las actuaciones en la transferencia psicoanalítica trataremos de mostrar cómo las actuaciones comenzaron a plantearse en una oposición frente a la rememoración.

Fue a partir de la oposición entre recuerdo y actuación que Freud planteó esa dicotomía que lo llevaría a postular la compulsión a la repetición como elemento ineludible en la transferencia (Freud, 1914g).

Veamos entonces el lugar del recuerdo y del olvido en psicoanálisis. El psicoanálisis aborda la memoria a partir del par dialéctico olvido y recuerdo; es así, que dentro de la tarea analítica se propende al recuerdo, en detrimento de las actuaciones. Basta para ello recordar lo que Freud nos dice en «Recordar, repetir y reelaborar»: «... podemos decir que el analizado no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo *repite*, sin saber, desde luego, que lo hace» (Freud, 1914g, p. 152).³

Como vemos, lo olvidado responde a los contenidos que el principio de realidad, es decir, la modificación del principio del placer, indica que no pueden devenir conscientes.

³ Las cursivas son del autor.

Ahora bien, lo sorprendente es que el olvido marca y señala un lugar relacionado con la historia libidinal del sujeto, y por ese motivo podemos acompañar a Lacan cuando dice: «El olvido freudiano es una forma de la memoria, su forma misma, la más precisa. Él (Freud), mejor desconfiará de palabras como olvido» (Lacan, 1964-65, p. 34). Pero en la actualidad, aquellos pacientes ideales, que recordaban y no actuaban en sus tratamientos, son una figura casi anacrónica, caracterizándose nuestro tiempo por esos consultantes que nos demandan e interrogan desde el compromiso de sus actuaciones y actos, por lo que las nociones de *acting out* y pasaje al acto serán conceptos centrales a trabajar en el presente estudio.

En «Recordar, repetir y reelaborar» (1914g), Freud opone la rememoración al recuerdo en acto, siendo tarea del analista evitar esas actuaciones. En dicho texto, las mencionadas actuaciones eran el vehículo de la compulsión a la repetición que será lo que permitirá el desarrollo de la pulsión de muerte como concepto, tal como aparecerá seis años más tarde en «Más allá del principio de placer»; presentación en sociedad del segundo dualismo pulsional, aquel que opone las pulsiones de vida, guiadas por Eros y buscadoras de enlaces, a la pulsión de muerte, que responde a Thanatos. Apuntan a la disolución de dichos vínculos en tanto su horizonte es la ausencia de perturbación del principio del placer, ausencia de perturbación entendida como quietud total o regreso al cero absoluto.

Vemos así que en ese texto de 1914 la repetición se opone a la rememoración, siendo esta rememoración la que permitiría el trabajo de reelaboración en la medida que al superarse el olvido las mociones reprimidas podrían encontrar otra forma de enlace, en tanto los caminos impedidos por dicha represión quedarían habilitados por el trabajo del análisis.

Podríamos entonces fácilmente entender que el olvido sería esa formación del inconsciente que señalaría el punto de conflicto entre dos fuerzas que se opondrían, una que pugnaría por llegar a la conciencia, por más doloroso o desagradable que fuese su contenido, otra que intentaría mantener dicho contenido fuera del campo de la conciencia.

Esto nos conduciría a la idea que el olvido sería fuente de malestar y como tal debe ser superado por el trabajo del análisis, pero si el olvido es una de las formas de la memoria, trataremos de discutir este planteo apelando a los aportes que, desde el campo de la filosofía, Friedrich Nietzsche propone, así como de desarrollos actuales del propio psicoanálisis, por ejemplo los propuestos por Jean Allouch.

4.3. Nietzsche y el olvido

No son más de quince las veces que aparece nombrado Friedrich Nietzsche en las obras completas de Sigmund Freud publicadas por Amorrortu Editores, y curiosamente en dos de ellas Freud refiere que decidió privarse de la lectura del filósofo: en «Contribución a

la historia del movimiento psicoanalítico» (Freud, 1914d, p. 15) y en «Presentación autobiográfica» (Freud, 1925d, p. 56).

En la primera de esas ocasiones alega no querer verse influido por lo que podía ser una investigación demasiado cercana a la suya, lo que puede entenderse a partir de lo ocurrido en relación al episodio que involucra a Fließ, Weininger y Swoboda en donde Freud termina acusado de plagio. Aún otra posibilidad puede estar dada por cómo Freud trae la figura de Nietzsche en «Lo ominoso» (Freud, 1919h, p. 234) donde «el permanente retorno de lo igual», dice allí Freud, aparece asociado a la figura del doble, ese *doppelgänger* cuya aparición no auguraba nada bueno.

Quizá la opción de Freud de rehusarse el elevado goce de la lectura de Nietzsche, como él mismo declara —opción eminentemente apolínea y nada dionisiaca—, inauguró la distancia y el malentendido que signaría la relación de este último con el psicoanálisis.

A pesar de ello, es evidente que diversos tópicos tratados por Nietzsche aparecen trabajados por Freud y sus seguidores: así tenemos la idea de un ello en donde Freud reconoce la prioridad de Nietzsche, la noción de la actividad inconsciente y la idea del eterno retorno de lo mismo, que el psicoanálisis trabajará a partir de la noción de repetición.

La dimensión específica que buscamos abordar es la que opone el recuerdo a la actuación, en la medida que esta sería una forma de recuerdo en acto, sin pasaje por la rememoración narrada. A su vez podríamos decir que la actuación, como recuerdo en acto, aparecería como opuesta al olvido, ese olvido que permite pasar a otra cosa y aliviarnos de eso que perturba y molesta.

Es en ese sentido que deseamos abordar algunas de las ideas que propone Friedrich Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* ya que podrán echar luz sobre esta problemática, particularmente en lo que refiere al olvido.

Sigmund Freud en «Recordar, repetir y reelaborar» (1914g, p. 152) comienza por recorrer las diferentes etapas que transitó el psicoanálisis hasta ese momento y para hacerlo nos pide no olvidar las profundas modificaciones que sufrió la técnica. En ese texto opone el recuerdo a la actuación dentro de un proceso terapéutico diciéndonos:

Cuando aplicamos la nueva técnica resta muy poco, nada muchas veces, de aquel curso de alentadora tersura. Es cierto que se presentan casos que durante un trecho se comportan como en la técnica hipnótica, y sólo después se deniegan; pero otros tienen desde el comienzo un comportamiento diverso. Si nos atenemos al signo distintivo de esta técnica respecto del tipo anterior, podemos decir que el analizado no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo *repite*, sin

saber, desde luego, que lo hace (Freud, 1914g, pp. 151-52).⁴

En este trabajo la preocupación de Freud es ubicar dentro de la cura los lugares diversos que ocupan el recuerdo y la actuación, dado que aquellos analizantes que no apelaban a las actuaciones dentro de su proceso analítico presentaban menos dificultades en el trabajo y se podía suponer por ello un mejor pronóstico.

Hoy día, en la cotidianidad de la tarea clínica, aquellos consultantes que apelan a las actuaciones por sobre la rememoración ocupan un porcentaje destacado dentro de la población que consulta, por lo que detenernos a investigar la relación entre recuerdo, olvido y acto resultará fundamental para afrontar el encuentro clínico.

Pero la oposición entre recuerdo y acto no es la única que aparece abordada en ese trabajo, también la que ocurre entre recuerdo y olvido. Y la cuestión nodal es que el olvido podía ser causa de malestar.

El psicoanálisis como tratamiento del malestar de los sujetos recorrió diferentes momentos y desde sus comienzos trató de poder teorizar sobre las causas de dicho sufrimiento. El malestar podía asumir diferentes presentaciones, desde las más intensas, traducidas en lo que se entiende como enfermedad psíquica, hasta cuestiones más puntuales, aquellas que en nuestro día a día aparecen para dar cuenta de la efectividad de la actividad inconsciente.

Tan clara era para Freud esta situación que dedica su «Psicopatología de la vida cotidiana» al estudio y presentación de esa serie de eventos que pueden conmovernos en cualquier momento de nuestra experiencia. De este manera vemos que en dicha obra trabaja sobre los actos fallidos, el trastrabarse al hablar, los lapsus *linguae* y *calami*, errores, acciones sintomáticas, y lo que parece central para el presente escrito, sobre el olvido.

Los dos primeros ejemplos de esa *psicopatología* son ya clásicos en el campo del psicoanálisis: el primero es el olvido del nombre propio Signorelli, el segundo el olvido de la palabra extranjera *aliquis* (Freud, 1901b, pp. 9, 16). Lo que relaciona a estos dos olvidos es que recordar ambas palabras estaba impedido por el malestar que produciría traer a la conciencia los contenidos asociados a ellas, lo que para Freud implicaba que ciertos recuerdos debían permanecer inconscientes para evitar el displacer.

No menos cierto es que el carácter de dichos eventos también llevó su discusión y proceso en el psicoanálisis, dado que Freud, que en un principio había sostenido una teoría traumática para explicar la etiología de la histeria, más tarde abandona esta idea para pasar a sostener la eficacia de la fantasía inconsciente, como le informara a Fließ en su famosa carta del 21 de setiembre de 1897, al escribirle que «ya no creía en su neurótica» (Freud,

⁴ Las cursivas son del autor.

1994, p. 283).

Entonces ¿esos eventos habían tenido lugar en la realidad o no?, ¿era verdad que habían ocurrido? Aquí lentamente comenzamos a acercarnos a Nietzsche y lo que propone en su texto. Podría decirse que en psicoanálisis la verdad como problema aparece fuertemente ligada al tema de la realidad, principalmente en la obra de Freud.

Vemos así que en uno de sus últimos textos, *Análisis terminable e interminable* decía: «[...] el vínculo analítico se funda en el amor por la verdad, es decir, en el reconocimiento de la realidad objetiva, y excluye toda ilusión y todo engaño» (Freud, 1937c, p. 249). Como vemos, varios tópicos caros a esta disciplina se despliegan en esta breve frase: amor, verdad, realidad, ilusión.

La búsqueda de Freud de una confirmación empírica de sus teorías encuentra su ejemplo más claro y dramático en el caso narrado en «De la historia de una neurosis infantil» (Freud, 1918b, p. 1), popularmente conocido como *el hombre de los lobos*, donde Freud, inmerso en su polémica con Jung, busca la confirmación de sus hipótesis por parte de su paciente, a partir de una construcción propuesta por Freud mismo, extremo que nunca es alcanzado, más allá de la innegable eficacia de la intervención de este último.

Volviendo a *Análisis terminable e interminable* vemos que es un escrito tardío, pero esa búsqueda de la realidad objetiva aún era una aspiración suya, por más que la había matizado ya tiempo atrás.

En este punto nos parece de orden detenernos en el salto dado desde la realidad a la realidad psíquica tal como la entiende el psicoanálisis. Digamos que ya en 1893 Freud había planteado que «el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias» (Freud, 1893a, p. 33), pero al abandonar la teoría de la seducción, las fantasías inconscientes —a partir de la hipótesis de la existencia de un inconsciente eficaz— pasan a poseer un valor patógeno de igual efectividad que los recuerdos traumáticos para los sujetos; será por esta razón que en la conducción de un tratamiento psicoanalítico el acento ya no recaerá en tratar de perseguir la realidad material, *wirlichkeit* escribirá Freud, sino en poder ubicar la eficacia de esa *psychische realität*, ‘realidad psíquica’, a partir del discurso de aquel que se está analizando.

Para Lacan la cuestión ya toma otro cariz, quizá debido a su lectura de Martin Heidegger y lo que este puede transmitir sobre Nietzsche, por lo que retomará esta cuestión en la medida que entiende que la verdad en un psicoanálisis se funda en la palabra dicha en él.

Evidentemente, para Lacan la palabra posee un valor y ese valor puede ser de veracidad o falsedad, pero este valor no dependerá de la adecuación del discurso a la realidad fáctica del sujeto, sino de la lógica que de su discurso se desprende, como ejemplo podemos traer lo que propone en «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo»:

Observemos entre paréntesis que ese Otro distinguido como lugar de la Palabra no se impone

menos como testigo de la Verdad. Sin la dimensión que constituye, el engaño de la Palabra no se distinguiría del fingimiento que, en la lucha combativa o la ceremonia sexual, es sin embargo bien diferente. Desplegándose en la captura imaginaria, el fingimiento se integra en el juego de acercamiento y de ruptura que constituye la danza originaria, en que esas dos situaciones vitales encuentran su escansión, y los participantes que ordenan según ella lo que nos atreveremos a llamar su dancidad. El animal por lo demás se muestra capaz de esto cuando está acosado; llega a despistar iniciando una carrera que es de engaño. Esto puede ir tan lejos como para sugerir en las presas la nobleza de honrar lo que hay de ceremonia en la caza. Pero un animal no finge fingir. No produce huellas cuyo engaño consistiría en hacerse pasar por falsas siendo verdaderas, es decir las que darían la buena pista. Como tampoco borra sus huellas, lo cual sería ya para él hacerse sujeto del significante.

Todo esto no ha sido articulado sino de manera confusa por filósofos sin embargo profesionales. Pero es claro que la Palabra no comienza sino con el paso de la ficción al orden del significante y que el significante exige otro lugar —el lugar del Otro, el Otro testigo, el testigo Otro que cualquiera de los participantes— para que la Palabra que soporta pueda mentir, es decir plantearse como Verdad.

Así, es de un lugar otro que la Realidad a la que concierne de donde la Verdad saca su garantía: es de la palabra. Como es también de ella de quien recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción. (Lacan, 1987, p. 787).

No en vano Lacan le había solicitado a Heidegger permiso para publicar en el primer número de *La Psychanalyse*, la revista de la por aquel entonces novel Sociedad Francesa de Psicoanálisis, una traducción de *Logos*, texto donde este último presentaba tres comentarios de fragmentos de Heráclito y de Parménides, «Moira, Aletheia, Logos» (Roudinesco, 1994, p. 333).

La verdad, *aletheia* en su forma griega, remitía a 'develamiento'. Puede encontrarse en el texto de Lacan citado antes, por más que, luego de Platón y sobre todo con Aristóteles, había sido considerada como *adaequatio rei et intellectus*. Mas para Lacan no se trataría en un psicoanálisis de la adecuación a la realidad o a la cosa, como a veces gustaba decir.

Llegamos así a *aletheia* y lentamente seguimos acercándonos al texto de Nietzsche. *Aletheia*, 'verdad', se opone a *lethe*, 'olvido', en la medida que la partícula privativa *a-*, niega el olvido, por esta causa podríamos entender, siguiendo este razonamiento, que la verdad sería el no olvido. Esto último estaría en consonancia con el planteo freudiano que decía que el histérico sufre de reminiscencias, *anamnesis*; entonces ¿la solución a dicho malestar pasaría por el olvido?

Aquí es donde encontramos ese suelo común con el olvido y la memoria trabajados por ciertos abordajes psicoanalíticos, en tanto el texto de Nietzsche puede ofrecer un lugar creador para el olvido, un lugar cercano a la *poiesis* y ya no un mero síntoma que denunciaría un malestar.

Sobre verdad y mentira en sentido extramoral es un texto que Nietzsche dictó a Carl von

Gersdorff en 1873 y en el que vemos como este autor pone en práctica el análisis genealógico para exponer de qué forma las ideas que utilizamos llegaron a ocupar dicho lugar en nuestro conocimiento.

Elegimos no decir *se originaron*, atendiendo a la lectura que realiza Michel Foucault de este trabajo tal como aparece expuesta en la primera conferencia que realiza entre los días 21 y 25 de mayo de 1973 en la ciudad de Río de Janeiro y que en español se publicó bajo el nombre de *La verdad y las formas jurídicas* (Foucault, 2008, p. 11). En ese trabajo Foucault destaca que Nietzsche, al hablar de esos animales inteligentes, dice que en un determinado tiempo y lugar del universo inventaron el conocimiento. Lo que destaca Foucault es que Nietzsche utiliza *erfindung*, 'invención', para no utilizar *ursprung*, 'origen'.

Foucault saluda esa decisión nietzscheana, en tanto era una actitud absolutamente irreverente y audaz por ese entonces (año 1873, pleno neokantismo), enfrentarse a los planteos de Kant y proponer que tiempo y espacio no son formas del conocimiento y que podían preexistirlo (Foucault, 2008, p. 18). Y más adelante Foucault insiste:

Más aún, en *La voluntad de poder* Nietzsche afirma que no hay ser en sí, y tampoco conocimiento en sí. Cuando afirma esto, designa algo totalmente diferente de lo que Kant entendía por conocimiento en sí. Nietzsche quiere decir que no hay naturaleza, ni esencia ni condiciones universales para el conocimiento, sino que éste es cada vez el resultado histórico y puntual de condiciones que no son del orden del conocimiento. El conocimiento es un efecto o un acontecimiento que puede ser colocado bajo el signo del conocer, no es una facultad y tampoco una estructura universal. Aun cuando utiliza ciertos elementos que pueden pasar por universales, este conocimiento será como mucho del orden del resultado, del acontecimiento, del efecto. (Foucault, 2008, p. 30).

Sobre verdad y mentira en sentido extramoral es el escrito donde Nietzsche plantea una fábula dado que los protagonistas son animales, «animales inteligentes» dice (2004, p. 17), pero animales al fin. ¿Cuál es el mensaje de esta fábula? Que la diferencia entre verdad y mentira es una convención, un efecto del poder legislativo de la palabra. Esto establece que no existe un fin trascendente del conocimiento, este nace y muere con la humanidad, lo que aparece gráficamente en la imagen dada al comienzo del texto cuando sostiene: «Tras breves respiraciones de la naturaleza el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer» (Nietzsche, 2004, p. 17).

Entonces podemos entender que la verdad sea efecto de la condición social del ser humano; en la medida que este precisa vivir en comunidad, le resulta necesario y útil establecer una serie de legalidades y convenciones que regulen los intercambios entre los seres humanos. Legalidades y convenciones que se establecerán en función de los efectos que produzcan, y aquí vemos la cercanía con la propuesta freudiana de un principio del

placer que regule la actividad psíquica.

Podría decirse que en ese punto Nietzsche también es hijo de su tiempo y adhiere a la idea de un pacto que dé origen a la sociedad —lo que rápidamente nos hace pensar en el Leviatán hobbesiano— ese pacto tiene que ver con un acuerdo en relación a cómo nominar, cómo designar, lo que necesariamente se hará a través de la palabra y el lenguaje. Aquí podemos ver que para Nietzsche, la palabra, vehículo de la verdad y la mentira, es una convención y no por ello carece de valor, dado que hay una función creadora de la palabra, y esa función creadora es precisamente el arma o herramienta de la que disponen los seres humanos: carecemos de dientes afilados, garras o cornamentas, pero disponemos del recurso del lenguaje, por lo tanto este tiene una función en relación a la vida.

La función metafórica de la palabra, en la medida de que no busca una adecuación de la realidad a las cosas, es una función creadora y por esa razón Nietzsche da tanta importancia al arte en la vida de los sujetos. Podríamos decir que para Nietzsche la verdad y el arte comparten su nacimiento, porque parten de la tendencia creadora del ser humano, pero la gran diferencia radica en que la verdad será el campo que la ciencia buscará dominar, no a partir de las múltiples posibilidades, sino a través del reduccionismo árido que implica la utilización de los conceptos, y el arte implicaría asumir todas las consecuencias de un mundo en movimiento, donde la abstracción, el gran vehículo de la conceptualización y de la ciencia, solo sería posible al reducir y olvidar las diferencias.

Citemos a Nietzsche:

Pero pensemos especialmente en la formación de los conceptos. Toda palabra se convierte de manera inmediata en concepto en tanto que justamente no ha de servir para la experiencia singular y completamente individualizada a la que debe su origen, por ejemplo, como recuerdo, sino que debe encajar al mismo tiempo con innumerables experiencias, por así decirlo, más o menos similares, jamás idénticas estrictamente hablando; en suma, con casos puramente diferentes. Todo concepto se forma por equiparación de casos no iguales. Del mismo modo que es cierto que una hoja no es igual a otra, también es cierto que el concepto hoja se ha formado al abandonar de manera arbitraria esas diferencias individuales, al olvidar las notas distintivas, con lo cual se suscita entonces la representación, como si en la naturaleza hubiese algo separado de las hojas que fuese la «hoja», una especie de arquetipo primigenio a partir del cual todas las hojas habrían sido tejidas, diseñadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos tan torpes, que ningún ejemplar resultase ser correcto y fidedigno como copia fiel del arquetipo (Nietzsche, 2004, p. 23).

Vemos como aparece el recuerdo, experiencia singular, opuesto al olvido como operación necesaria para que el borramiento de la diferencia actúe de forma tal que la abstracción sea posible, pero la tarea de este olvido no deberá ser la de ocultar el origen múltiple de lo verdadero, sino permitir la creación a partir de la posibilidad de disponer y

ordenar de una forma novedosa, mientras que el olvido permitiría un nuevo comienzo.

A causa de esto, un poco antes en el texto, el autor había sostenido que «solamente mediante el olvido puede el hombre alguna vez llegar a imaginar que está en posesión de una “verdad”» (Nietzsche, 2004, p. 21).

Quizá sería sencillo ver en esta posición nietzscheana una desvalorización o desprecio por la verdad, lo que sería una lectura apresurada. Como dijimos Nietzsche ubica el arte y la verdad a un mismo nivel y para este autor el arte es la dimensión central y fundamental de la vida, en tanto será en un espíritu artístico donde se manifestará la voluntad de poder, además que Nietzsche no pretende desautorizar la verdad, sino darle su correcta dimensión. Precisamente será con el arte y particularmente en la música donde buscará la respuesta.

Dentro de la formación cultural de este autor la música ocupa un destacado lugar; Nietzsche es un más que correcto ejecutante de piano e incluso ensaya componer algunas piezas musicales, no obviemos, además, su estrecha y tumultuosa amistad con Richard Wagner, amistad que marcará la vida y la obra de Nietzsche.

Su proximidad con Wagner puede entenderse a partir de la admiración que ambos sentían por la obra de Schopenhauer, a quien podemos ubicar como el filósofo que le otorga a la música su poder transformador.

Como plantea Gustavo Varela, en *Nietzsche. Una introducción*, Schopenhauer es la voz que para Wagner y Nietzsche aporta una alternativa a la racionalidad moderna. Si el deseo mundano es una fuente de malestar, porque siempre nos confronta con la insatisfacción, solo el arte nos rescatará: el soportar la vida como un deseo permanentemente insatisfecho tiene su salida en la posibilidad de la creación artística. ¿Cómo entender esto? Varela nos dice:

Lo que Nietzsche toma de Schopenhauer lo transfigura y lo lleva al extremo. Esto significa que, a pesar de la crítica que posteriormente ha de realizarle a su filosofía, la clave musical que utiliza es la misma, aunque modifique la altura y la intensidad de las notas (voluntad, ya no como voluntad de vivir, sino de poder), aunque ya no sea una escala menor sino mayor (del pesimismo a la jovialidad), aunque el timbre de los sonidos sea otro (el tiempo, no como condición de la representación sino como eterno retorno). Es decir, de la filosofía de Schopenhauer, Nietzsche se apropia de sus conceptos y los hace modular de acuerdo con sus propias alteraciones. Esto no significa que su pensamiento sea una continuación del de aquel; Nietzsche va a ser crítico de la metafísica de la voluntad en tanto que los derivados a los que puede conducir están más cerca de la resignación cristiana que del superhombre. Decir que la clave es la misma es entender que hay una geografía sonora compartida, que Nietzsche lee sobre el pentagrama de Schopenhauer y compone su obra sobre la misma notación musical: voluntad, artista, música, genio, tiempo, guerra, vida. Son las notas con las que traza su propia melodía, alterándolas, cambiándoles su valor y su altura, obligando a la filosofía a tener otra secuencia armónica y otra intensidad. A la filosofía y a él mismo (Varela, 2010, p. 92).

Para poder comprender este párrafo tan condensado debemos, sobre todo, desarrollar las ideas que aparecen entre paréntesis en el fragmento citado, es decir, a qué llama Nietzsche eterno retorno, voluntad de poder y pasar del pesimismo a la jovialidad.

Para ello nos serviremos del ensayo de Andrea Díaz Genis: *El eterno retorno de lo mismo o el terror a la historia*.

Según la autora, Nietzsche plantea tres formulaciones de su idea del eterno retorno de lo mismo: la primera estaría ubicada en *La gaya ciencia*, la segunda en *Así habló Zaratustra*, y la tercera en *Más allá del bien y del mal*. A los efectos del presente trabajo nos dedicaremos a lo que propone Nietzsche en *Así habló Zaratustra*, en tanto en ese trabajo el tema del olvido se relaciona con el del eterno retorno de lo mismo.

La idea del eterno retorno de lo mismo se le ocurre a Nietzsche casi a la manera de una experiencia mística. Andrea Díaz Genis, citando la biografía escrita por Daniel Halévy: *La vie de Frédéric Nietzsche*, nos dice que el filósofo sintió una emoción tan intensa que sus lágrimas corrieron por sus mejillas, permaneciendo largo tiempo ensimismado en su llanto, pero más aún, Nietzsche durante algunas semanas se encuentra en un nivel de arrobamiento y angustia que permite pensar su experiencia como una experiencia mística (Díaz Genis, 2008, p. 69).

El eterno retorno de lo mismo implicaría plantearse la conjetura, permitirnos hipotetizar sobre la posibilidad de que los hechos de nuestra vida, tal como la vivimos ahora y antes, ocurriesen de manera repetitiva *ad infinitum*. Y aquí radica la diferencia de postura de Nietzsche con planteos de tipo míticos que podemos encontrar en la obra de Mircea Eliade (Díaz Genis, 2008, p. 25), o como un pensamiento religioso tal como lo presenta Kierkegaard (Díaz Genis, 2008, p. 43): para Nietzsche se trata de una cuestión ético-práctica, sesgo que Díaz Genis prefiere priorizar en su ensayo, eligiéndolo sobre el aspecto científico u ontológico.

Pero ¿por qué ético-práctica?, porque implica apuntar a la fuerza del pensamiento como fuerza transformadora, implica actuar como si nuestra vida, tal y como es, fuese a repetirse por la voluntad de elegir que así ocurra. Sin duda, en ello radica la voluntad de poder, no en un voluntarismo que elimina el acontecimiento como posibilidad, sino en el hecho de poder asumir que elegiremos que nuestra vida ocurra en relación a todas sus posibilidades, incluso aquellas que pueden no ser agradables, como, por ejemplo, puede serlo el dolor.

Aquí, en relación a lo agradable o desagradable, a lo placentero o lo doloroso, es donde se articula el olvido con el eterno retorno de lo mismo.

Giorgio Colli en su *Introducción a Nietzsche* nos propone que la voluntad de poder lleva consigo el dolor (Colli, 2000, p. 140), y el tema del dolor para este autor es un reflejo discursivo de aquel conocimiento perturbador que en *Así habló Zaratustra* se traduce en el tema del eterno retorno (Colli, 2000, p. 142). Podemos relacionar con esto la tesis del olvido

activo que aparece en *Genealogía de la moral* donde podemos leer:

Educar y disciplinar a un animal que pueda «hacer promesas», ¿no es ésta la tarea paradójica que la Naturaleza se ha propuesto con el hombre? ¿No es éste el verdadero problema del hombre? [...] La comprobación de que este problema está resuelto en su grado superior es ciertamente un motivo de asombro para el que sepa apreciar todo el poder de la fuerza contraria, la facultad de «olvido». El olvido no es solamente una *vis inertiae*, como creen los espíritus superficiales; es más bien un poder activo, una facultad inhibitoria en el verdadero sentido de la palabra, facultad a la que hay que atribuir el hecho de que todo lo que nos sucede en la vida, todo lo que nosotros absorbemos se presenta tan pocas veces a nuestra conciencia en el estado de «digestión» (se le podría llamar de absorción psíquica) como el proceso múltiple porque atraviesa nuestro cuerpo mientras «asimilamos» nuestros alimentos. Cerrar de tiempo en tiempo las puertas y las ventanas al ruido y a la lucha que el mundo subterráneo de los órganos a nuestro servicio libra para ayudarse o destruirse; callar un poco, hacer tabla rasa en nuestra conciencia para que haya un nuevo sitio para cosas nuevas, y, en particular para las funciones más nobles, para gobernar, para prever, para presentir (pues nuestro organismo es una verdadera oligarquía): he aquí, repito, el papel de la facultad activa de olvido, una especie de guardián, de vigilante encargado de mantener el orden psíquico, la tranquilidad, la etiqueta. De aquí concluiremos inmediatamente que ninguna dicha, ninguna serenidad, ninguna esperanza, ninguna fiereza, ningún goce del «instante presente» podrían existir sin la facultad de olvido. El hombre en quien este aparato de inhibición está estropeado y no puede funcionar es semejante a un dispéptico (y no solamente semejante): no consigue ya llevar nada a buen fin...

¡Pues bien! Este animal, necesariamente olvidadizo, para el que el olvido es una fuerza y la manifestación de una salud «robusta», se ha creado una facultad contraria, la memoria, por la cual, en ciertos casos, tendrá en jaque al olvido a saber en los casos en que se trata de prometer: no se trata, en modo alguno, de la imposibilidad puramente pasiva de sustraerse a la impresión, una vez recibida ésta, o del malestar que causa una palabra una vez empeñada y de la cual no nos podemos desligar, sino de la voluntad activa de guardar una impresión, de una continuidad en el querer, de una verdadera «memoria de la voluntad»: de suerte que, entre el primitivo «yo haré» y la descarga de voluntad propiamente dicha, la realización del «acto», todo un mundo de cosas nuevas y extrañas y aun de actos de voluntad, puede colocarse sin inconveniente y sin que se deba temer ver ceder bajo el esfuerzo esta larga cadena de voluntad. Pero ¡cuántas cosas hace suponer esto! Para poder disponer así del porvenir, el hombre ha tenido que aprender a separar lo necesario de lo accidental, a penetrar la causalidad, a anticipar y a prever lo que oculta lo lejano, a saber disponer sus cálculos con certidumbre de manera que pueda discernir el fin de los medios, y ha tenido que comenzar por hacerse «apreciable, regular, necesario», para los demás como para sí mismo y para sus propias representaciones, para poder, en fin, responder de su persona en cuanto porvenir, como lo hace el que se liga por una promesa (Nietzsche, 1997, p. 165).

La extensa cita se justifica si tomamos en cuenta lo que propone Pierre Klossowski sobre el olvido y el eterno retorno en *Nietzsche y el círculo vicioso*, en tanto el olvido permite el *descubrimiento* del sujeto en la medida de que es el olvido el que autoriza ocultar el

devenir eterno y la absorción de todas las identidades en el ser (Díaz Genis, 2008, p. 102). ¿Qué quiere decir esto? Esto implica que es el olvido el que habilita el pasaje por la experiencia del eterno retorno, pero ¿de qué manera? En el momento que el sujeto pasa por el brusco despertar al modo de una *Stimmung*, del eterno retorno, ocurre un sutil develamiento (Klossowski, 2005, p. 64).

Ese sutil develamiento es que le fue revelado que ahora es otro, y si ahora es otro quiere decir que esa posibilidad existe en tanto puede y pudo olvidar esa antigua identidad (y en este punto resuena *verdad* como *develamiento*, *aletheia*).

Queremos aquí recordar la lectura de Gianni Vattimo sobre el eterno retorno: «el eterno retorno no puede ser, de ninguna manera, una estructura objetiva y esencial de la realidad que estamos obligados a aceptar» (citado en Díaz Genis, 2008, p. 103), evidentemente la lectura de Vattimo se apoya en que «no existen hechos, sólo interpretaciones» tal como plantea Nietzsche en *La voluntad de poder* (citado en Díaz Genis, 2008, p. 103).

Un poco antes hablamos del devenir y deberíamos detenernos en cómo piensa Nietzsche la relación entre el ser y el devenir para echar algo de luz a este tema.

Nietzsche frente a este dualismo, que podemos remontar hasta el debate entre Parménides y Heráclito, toma partido claramente por el de Éfeso frente al Eleata, en el sentido que entiende el devenir como lo único real, es decir, como interpretación verosímil (Díaz Genis, 2008, p. 89), pero trata de pensarlos a la vez, lo que supone entonces, cierta simultaneidad de Aión y Cronos, en el sentido que en el instante de la vivencia del eterno retorno, el tiempo y la eternidad se encuentran. Aparece graficado en la primera de las dos visiones que tiene Zaratustra, la que muestra la metáfora de los caminos y el portón del instante, donde el tiempo aparecería con cierto carácter de circularidad, pero esta primera visión es completada y superada con la segunda, la que muestra al pastor y la serpiente: solo en el momento que el pastor decide —y en esta decisión está la clave— morder la serpiente, implica un corte, y aceptar que así fue querido, para de esa forma no quedar atrapado en los ciclos repetitivos.

Entendemos que en este punto podemos articular que es el espíritu dionisiaco aquel que es capaz de unir la eternidad y el tiempo, el ser con el devenir, y por ese motivo no puede aceptar la voluntad de vivir como la entendía Schopenhauer, razón por la que propondrá como alternativa la voluntad de poder. Lo que leemos como el pasaje del pesimismo, o nihilismo pasivo, a la jovialidad, a una afirmación de la vitalidad que encuentra su máxima expresión en la sentencia *amor fati*. Para Nietzsche este es el lugar que precisa de un espíritu creador, de un espíritu artístico, para, a partir de la invención, de lo creativo afirmarse en la existencia.

Para Schopenhauer la voluntad de vivir supone la necesidad de liberarse, de manera ascética, del deseo perturbador, en tanto este es ausencia, insatisfacción y sufrimiento.

Nietzsche se opone a este planteo y propone una voluntad de poder que se afirma en la creación como alternativa al dolor, no para negarlo, sino para poder hacer con él de otra manera, ahí radica el *amor fati* en relación al eterno retorno, en la afirmación de desear la vida en todas sus dimensiones y posibilidades. Para poder lograr esto, el espíritu humano debe sufrir tres transformaciones dice Nietzsche en el primer discurso de Zaratustra: primero es camello, aquel agobiado por el «tú debes» que responde a la imagen del otro que debemos soportar como una carga; luego es león, caracterizado por el «yo quiero», el león grita en el desierto, su soledad contrasta con la del camello, animal de caravanas y mercados; la segunda transformación prepara a la tercera, es decir, el niño, en tanto «sólo el niño es capaz de un *santo decir sí*, inocente; es el único capaz de *olvido* necesario para que cada decisión del eterno retorno sea plena, renovada» (Díaz Genis, 2008, p. 106).⁵

El león, con su soledad, prepara la inocencia del niño y lo prepara para ser un creador, en la medida que el peso de la historia es diferente para el niño, no tiene la carga del «tú debes», ni el peso del resentimiento o la mala conciencia. Aquí podría leerse que el superhombre nietzscheano, es un niño que juega, imagen que nos remite a los fragmentos de Heráclito, pero a la vez al juego planteado por el psicoanálisis como una forma que tiene el niño de aprender a tramitar la angustia (Freud, 1920g, p. 1).

4.4. Matices del olvido en psicoanálisis

Esta transformación, este movimiento, quizá, no esté lejos de la definición de *salud mental* ensayada por Jean Allouch en *Letra por letra*, donde frente a la pregunta sobre cómo la definía propone la sentencia *pasar a otra cosa* (Allouch, 1993, p. 9). Este pasaje donde lo creativo es condición necesaria, pero creación del sujeto que debe volverse artífice de sí mismo, no está lejos del olvido como capacidad creadora.

En *El sexo de la verdad*, el propio Allouch nos habla sobre el malentendido que padeció el psicoanálisis en torno al olvido, al confundir el análisis con la búsqueda de lo olvidado, el recuerdo perturbador, cuando de lo que se trataba era de tramitar aquello que no podía olvidarse, para lo que el olvido no era una mala estrategia. Pero recordemos que el olvido que se producirá será un olvido *otro* que el antes padecido.

Y es que existen diferentes modalidades de olvido. Allouch nos habla de *lethe-hypnos* y de *lethe-thanatos*, para hacerlo se apoya en Marcel Detienne citándolo en *El sexo de la verdad*:

¿Cuál es la naturaleza de ese Olvido? Ya no es la potencia negativa, el hijo de la noche que se opone a la *Aletheia* Luminosa. *Lethe* no es en este caso la oscuridad espesa; es la sombra, la

⁵ Las cursivas son de la autora.

sombra que ciñe la luz, la sombra de *Aletheia*. Hay que distinguir dos especies de Olvido que son entre sí como los gemelos *Thanatos* e *Hypnos*: si el primero es *negro* y si tiene «un corazón de hierro, un alma de bronce, implacable, en su pecho», el segundo, Sueño, es *blanco*, «tranquilo y dulce para los hombres» [estas fórmulas son tomadas de la *Teogonía* de Hesíodo]. Al Olvido-Muerte se opone el Olvido-Sueño, al Olvido negativo responde el Olvido positivo. [...] *Lethe* ya no es el Hijo de la Noche sino la madre de las Khárites, de las «visiones brillantes», de la alegría de los banquetes y de los «efluvios centelleantes» (*ganos*) que surgen en los festines ceremoniales. *Lethe* acompaña a Eros y al dulce placer de las mujeres (Allouch, 1999, p. 28).⁶

Allouch propone, y se lo propone al psicoanálisis, que será en la transferencia, como dimensión erótica, donde estas posibilidades de creación ocurrirán. Plantea que esa será una forma de responder a las objeciones de Foucault cuando alertaba contra ese psicoanálisis que puede entenderse como una pastoral, ese psicoanálisis que entendía el olvido como un mero obstáculo y no como una dimensión creativa.

4.5. Sobre la transferencia

Todo este desarrollo sobre la dialéctica entre el recordar y el olvido como forma de la memoria debemos ubicarlo en lo que refiere al encuentro clínico, ya que esa oposición entre rememoración y recuerdo en acto es el tema de la presente investigación.

La angustia es una dimensión que necesariamente deberemos explorar como fenómeno que acompaña al malestar que se expresa en un análisis, muchas veces asociada a ese olvido, pero entendemos que la transferencia es el campo en el que debemos detenernos previamente porque es la palestra donde el despliegue de los afectos ocurrirá, no olvidemos el señalamiento de Lacan en el sentido de que la angustia sería el único afecto que no engaña, en tanto expresión de lo real (Lacan, 2006, p. 81).

Será así que podremos encontrar a la angustia en el origen de esas actuaciones que de alguna manera embisten contra el progreso de la cura y que Freud ubicaba dentro de la compulsión a la repetición. ¿Cuál era el recurso para afrontar tales fenómenos? «Ahora bien, el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición del paciente, y transformarla en un motivo para el recordar, reside en el manejo de la transferencia» (Freud, 1914g, p. 156). Vayamos a la transferencia entonces.

Entre 1911 y 1914 Freud se dedica a escribir una serie de artículos sobre técnica, en donde intenta dar cuenta de la cuestión transferencial. Son en total seis artículos y dos de ellos están dedicados a la transferencia. El tema de la transferencia no era nuevo para Freud, pues lo ocurrido entre Jung y Sabina Spielrein, entre Ferenczi y Emma, o entre Jones

⁶ Las cursivas, paréntesis y mayúsculas pertenecen al autor.

y Zoe lo lleva a tratar de conceptualizar este fenómeno. Es así que en 1912 aparece *Sobre la dinámica de la transferencia* (Freud, 1912b, p. 97). Ahí Freud nos dice:

Todo ser humano por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse (Freud, 1912b, p. 97).

Como se ve, en un primer movimiento Freud ubica la cuestión transferencial en el campo pulsional, lo que nos permite percibir cómo intenta Freud ubicar teóricamente este concepto. No podemos olvidar que es por esta época que Freud mantiene su disputa con Jung en relación al modelo pulsional. Jung proponía un único tipo de energía, la libido, y Freud se oponía a este monismo, entendiendo la vida pulsional a partir del dualismo que sostenía la existencia de pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. Para Freud no es sencillo sostener este punto, pero se le hacía indispensable para dar cuenta de la noción de *conflicto psíquico*, fundamental en sus futuros desarrollos metapsicológicos en lo tocante al punto de vista dinámico.

En ese momento Freud aún no había elaborado su propuesta del modelo pulsional entendido como el enfrentamiento de las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte como sí hará a partir del texto de 1920 «Más allá del principio de placer» y además recién estaba comenzando a elaborar el concepto de narcisismo, concepto central que lo llevará a la reelaboración de su modelo tópico. Pero sí había introducido una nueva concepción de las pulsiones en su artículo «La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis», de 1910, hablando de pulsiones yoicas.

Luego en su artículo «Introducción del narcisismo» sí diferenciará entre libido yoica y objetal. ¿Por qué toda esta digresión por la teoría libidinal? Porque en la página 98 de ese texto, Freud, nos dice que no debe sorprendernos que la investidura libidinal se vuelva hacia el analista y esta situación nos posiciona en relación a los dos temas que intenta trabajar en este escrito: primero, que la transferencia no solo se da en el análisis, vemos entonces que para Freud la transferencia es un fenómeno real, y segundo, que en el análisis surge como la más fuerte resistencia al tratamiento. Esto parecería ser una paradoja: el motor mismo del análisis, la *transferencia* como postula Freud, es su más fuerte resistencia.

El primer punto, Freud, lo despacha rápidamente y toda su obra muestra que jamás consideró a los afectos desplegados en transferencia como menos reales que aquellos que sucedían fuera de la relación analítica. Para responder la segunda cuestión, la de la relación de la transferencia y la resistencia, Freud se toma más tiempo y echa mano a su concepción del inconsciente fundado por la represión, y se ve necesitado de calificar la transferencia según su signo, es decir, positiva o negativa; lo que estaría en relación con el tipo de

sentimientos, los cuales podían ser tiernos —y estos se dividían en susceptibles de conciencia e inconscientes— u hostiles.

¿Qué debe hacer el analista frente a estos contenidos? Abstenerse. Y esto no es fácil, se requiere estar advertido, mediante el análisis personal, la formación y el análisis de control. La ética vuelve a indicar una cesión, un renunciamiento si se quiere. Así como en un primer momento, Freud, entendió que el portador de saber era el analizante, ahora entiende que el analista no es el destinatario de esos sentimientos que se hallan durante el tratamiento.

En su carta del 21/09/1897 Freud pasa de la teoría traumática a la teoría de la fantasía inconsciente (Freud, 1994, p. 283), el pasaje del padre al analista no es extraño para él, recordemos por ejemplo su trabajo con Dora. Con este antecedente Freud no puede equivocarse y entiende que lo único que permitirá que el análisis prosiga es que el analista no se preste a favorecer la cara resistencial de la transferencia. Vemos entonces cómo el fenómeno de la resistencia va posicionándose en la teoría freudiana y son estos problemas clínicos los que Freud intentará explicar con sus reformulaciones en años posteriores, pero es por estas fechas que Freud los comienza a reconocer.

La noción de *transferencia* forma parte del lenguaje coloquial que Freud utiliza en su cotidianidad, es decir, que no vemos en ella la utilización de un tecnicismo por parte de este autor cuando quiere dar cuenta de un fenómeno que encuentra en diferentes niveles de su trabajo clínico. Es así que originalmente habla de transferencia cuando quiere referir el hecho de que en el material onírico vemos un desplazamiento de afectos, eminentemente, entre diversas representaciones. De esa manera, representaciones que por su contenido debían permanecer apartadas de la actividad consciente, transferían su monto energético a otras que puedan subrogarla (Freud, 1900a, p. 554).

También, Freud había notado el fenómeno transferencial en la relación entre analizante y analista, esto había ocurrido a partir de lo que fue el tratamiento de Anna O. realizado por Josef Breuer. Tanto a nivel del trabajo con los sueños como en el encuentro analítico, Freud encuentra que el fenómeno del desplazamiento está dando cuenta de un conflicto psíquico que utiliza dicho mecanismo para poder sortear las barreras de la censura y cuyo resultado son diversas formaciones de lo inconsciente, como lo son los sueños o los síntomas. Ahora bien, en lo referente a la relación médico-paciente, como la llamaba Freud por ese entonces, es muy significativo cómo esta transferencia siempre presentaba un carácter *sorprendente*, cercano al malentendido. Ya en *Estudios sobre la histeria*, en la parte IV «Sobre la psicoterapia de la histeria», nos dice: «La transferencia sobre el médico acontece por enlace falso» (Freud, 1895d, p. 306); de hecho Guy Le Gaufey nos dice que en ese texto la palabra *Übertragung*, 'transferencia', está muy próxima conceptualmente a *falsche Verknüpfung*, 'falso enlace' (Le Gaufey, 2001, p. 21).

Probablemente esto dé cuenta de la sorpresa freudiana cada vez que se encuentra y enfrenta el fenómeno transferencial. Este falso enlace o falso anudamiento es lo que daría cuenta de la utilización de la figura del analista como un resto diurno que el analizante rápidamente utiliza para transferir esos contenidos inconscientes que serán empleados resistencialmente, para señalar la proximidad con el núcleo patógeno. Es así que en un primer momento, Freud, entiende que todas las manifestaciones transferenciales deben ser abordadas y tratadas como síntomas, cuya eliminación será objetivo central del tratamiento psicoanalítico.

Recordemos que en psicoanálisis el síntoma es una formación de compromiso que expresa la existencia de un conflicto entre los sistemas psíquicos en la primera tópica freudiana y entre las instancias —ello, yo y superyó— en la segunda teoría del aparato psíquico de Freud. En la medida que el complejo de Edipo ocupa el lugar central, en tanto complejo nuclear de las neurosis, su expresión en la relación transferencial entre analizante y analista comienza a ser ineludible. La ambivalencia de las mociones puestas en juego en la transferencia será la forma en que la relación actualiza lo esencial del conflicto infantil que dicho complejo expresa. Seguramente, la caracterización freudiana de la transferencia en positiva o negativa responde a esta ambivalencia que Freud notó a nivel del complejo edípico, el que también podía tener esta doble valencia.

Ahora bien, entendemos que esta calificación de la transferencia en positiva o negativa, tal como Freud la propone, puede prestarse a equívocos. Lo planteamos en el entendido que para Freud la transferencia negativa es aquella que vehiculiza sentimientos hostiles hacia el analista, siendo la positiva la que transporta sentimientos amorosos hacia el analista y, a su vez, esta última puede tener una doble valencia, en tanto estos puedan ser amistosos y tiernos o provenir de fuentes eróticas (Freud, 1912b, p. 103). Sin lugar a dudas esta ambivalencia transferencial es la que explica por qué para Freud la transferencia es el motor del análisis, pero también su más grande resistencia (Freud, 1912b, p. 99).

4.6. De la angustia

4.6.1 Primera teoría sobre la angustia

Freud reconocía en la transferencia el instrumento para el abordaje y tratamiento de la compulsión a la repetición, fenómeno que está en el origen de muchas conductas que expresarían un monto de angustia que desborda al sujeto.

Pasemos a caracterizar la angustia como dimensión ineludible en un tratamiento psicoanalítico. Ya en la correspondencia de Freud con Fließ (Freud, 1994) aparece la preocupación en torno a este tema y si nos detenemos en sus últimos textos dicho interés

continúa. Es cierto que este interés no se refleja en una exposición demasiado sistematizada y es así que debemos recorrer, y en varios sentidos, la obra freudiana para poder tener una idea más o menos ordenada de cuáles fueron los postulados de este autor.

Hablaremos entonces de tres momentos en la conceptualización freudiana sobre la angustia, a pesar de que comúnmente solemos escuchar que Freud propuso dos teorías o teorizaciones en relación a este tópico: la primera, en donde la consecuencia de la represión era la angustia, y la llamada segunda teoría entiende que es la angustia la que propicia la represión. Esta segunda teoría de la angustia aparece en su texto «Inhibición, síntoma y angustia» de 1926 (Freud, 1926d), más precisamente en la parte IV, pero creemos que se debe hacer un largo camino para llegar a comprender cómo Freud postula esta modificación que invierte su anterior propuesta.

Más arriba dijimos que íbamos a ver tres momentos en la conceptualización freudiana, por lo que sería pertinente, decir cuáles son estos tres momentos. El primero de ellos es cuando Freud disocia el fenómeno de la angustia de lo que es la transferencia, en la medida que considera que la angustia es la descarga *natural* de la tensión ocurrida por la falta de satisfacción sexual, entonces no habría tratamiento a nivel psíquico para esta situación, lo recomendable sería una actividad sexual plena que evitase estos trastornos; a este momento conceptual corresponderían todos los desarrollos de Freud en torno a la neurosis de angustia.

Un segundo momento tendría que ver con la conceptualización de la angustia como manifestación neurótica, es decir, ya ingresando a nivel del conflicto psíquico, y podríamos ubicar aquí la propuesta freudiana de entender a las fobias como histeria de angustia. Nótese la diferencia, primero habló de neurosis de angustia, luego propone la histeria de angustia, es decir entenderá la angustia como una manifestación neurótica basándose en el modelo de la histeria.

Por último, el tercer momento tendrá que ver con la relación entre represión y angustia, relación que ya aparece en el segundo momento, pero que será con su propuesta de 1926 donde se mostrará con mayor contundencia el peso del complejo de castración en relación a la angustia, y como la angustia es angustia de castración.

Antes planteamos que el primer momento de la conceptualización de Freud sobre la angustia aparece muy unido a su propuesta sobre la neurosis de angustia. Él venía preguntándose en torno a esta desde sus primeros trabajos, es así que en el *Manuscrito E* de junio de 1894 (Freud, 1994, p. 72) ya aparece esta interrogante; de la misma manera vemos que va haciendo un recorrido en torno al tema en otros textos; en «Obsesiones y fobias» (Freud, 1895c) Freud propone diferenciar unas de las otras a partir de la angustia concomitante, en las cartas a Fließ aparecen esbozados los mecanismos que desarrollará en «La interpretación de los sueños» (Freud, 1900a) y también las primeras preguntas sobre

la angustia.

En «Las neuropsicosis de defensa» (Freud, 1894a) Freud propone la histeria de defensa, propuesta que marcará sus diferencias con Janet y Breuer en lo que refiere a la conceptualización del conflicto psíquico, ya que esto tiene relación con la propuesta freudiana de considerar dos grupos de neurosis, las neurosis actuales y las psiconeurosis. Como se sabe, esta diferenciación nosográfica no se sostuvo, cayó, de hecho son los avances que hace Freud en su trabajo los que llevan a que esta categoría desaparezca. Detengámonos un poco en esto. La diferencia entre las neurosis actuales y las psiconeurosis la podemos entender en la medida que el origen del conflicto en uno y otro caso se hallan en lugares diversos. Es así que en las neurosis actuales el problema se encuentra en una perturbación actual, contemporánea, a diferencia de las psiconeurosis en donde el origen del problema se remontaría a un suceso, trauma quizá estaría mejor dicho, que se ubicaría en la infancia de quien consulta. Vemos así que este primer momento de la conceptualización freudiana gira en torno a esta neurosis de angustia que Freud propone en su texto «Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia”» (Freud, 1895b). Freud postula en ese texto que la neurastenia como categoría nosográfica era extensa y poco delimitada, y nuevamente basándose en la angustia como criterio propone esta nueva entidad la «neurosis de angustia». Esta propuesta freudiana es tributaria absoluta de la teoría energética de la libido, ya que aquí la solución pasaría por la abreacción, pues estas neurosis actuales, opuestas a las psiconeurosis, no serían abordables por un tratamiento psíquico sino por una *normalización* de la vida sexual de estas personas (que sufrían de abstinencia sexual por diversas circunstancias).

Lo que llama la atención es que desde esta época, la década de los noventa del siglo XIX, Freud aproxima esta neurosis de angustia (actual) a la histeria (psiconeurosis), no en el plano de la etiología, sino por una serie de concordancias en la sintomatología, que le hacen pensar en la neurosis de angustia como la vertiente somática de la histeria, o sea, en la neurosis de angustia la excitación sería puramente somática, *natural* de algún modo, y en la histeria estaría provocada por un conflicto psíquico, y por esto sí sería abordable desde una propuesta como la del psicoanálisis.

Pero este primer momento será superado. La clínica le enseñará a Freud que la satisfacción sexual no alcanza para curar la neurosis de angustia y esto propiciará la aparición de la fantasía en su teoría, que desplaza la teoría traumática y explica el lugar del complejo de Edipo (y concomitantemente el complejo de castración) que comienza a esbozarse en su producción. Lo vemos en una carta a Fließ, la del 6 de abril de 1897 (Freud, 1994, p. 248), en donde Freud habla de las fantasías histéricas y como él no lo había tenido en cuenta hasta ese momento, y también en el *Manuscrito M*, donde dice:

«Todos los síntomas de angustia (fobias) están derivados así de fantasías» (Freud, 1994, p. 263). Esto implica que la neurosis actual ya no tiene sentido porque la neurosis de angustia y las fobias, al igual que la histeria, son psiconeurosis de defensa, cuestión que en el artículo «Las neuropsicosis de defensa» (Freud, 1894a) Freud había propuesto frente a los planteos de Breuer y Janet para dar cuenta del conflicto psíquico; psiconeurosis que como habíamos dicho se contraponían a las neurosis actuales.

Se va dando así un movimiento ya que si bien en un primer momento el tema de la angustia se va abordando como una descarga somática, ahora aparece el tema de la fantasía y de la represión en juego.

Entonces tendríamos que la angustia es consecuencia de la represión, ¿represión de qué?, ya no de la excitación libidinal, sino de la fantasía o del fantasma, en donde vendría a jugar el conflicto psíquico.

Lo que sucede acá es que la fantasía reprimida que se transforma en angustia lo hace sin pasar por el Yo, el Yo entendido como instancia, y acá estamos hablando de la década de los noventa del siglo XIX, recordemos que le falta aún un tiempo a Freud para las elaboraciones que van a dar origen a la segunda tópica. Entonces, el desencadenamiento de la angustia se produce a nivel inconsciente. Esto ocurre así hasta el caso Hans de 1909 (Freud, 1909b). Ahí Freud toma a la fobia como una neurosis de defensa y cambia la nomenclatura. Ya no la va a nombrar como neurosis de angustia, sino que va a hablar de histeria de angustia. Nos damos cuenta del matiz en tanto que la histeria estaba ubicada dentro de las psiconeurosis y no dentro de las neurosis actuales. Este es el segundo momento de las conceptualizaciones de Freud en torno a la angustia, como propone Nicolle Kress-Rosen (Kress-Rosen, 1987, p. 75).

Ahora entre la histeria y la histeria de angustia (es decir que cuando leemos histeria de angustia vemos que es sinónimo de fobia) ya no va a haber una diferencia estructural, sino una oposición en el plano del síntoma.

En el caso de la histeria se estará hablando de la conversión y en el caso de la fobia, es decir, la histeria de angustia, estaremos hablando de este desarrollo de angustia. Cuando Freud publica el caso Hans nos dice:

La posición de las «fobias» dentro del sistema de las neurosis sigue indeterminada hasta hoy. Parece seguro que corresponde ver en ellas meros síndromes que pueden pertenecer a diversas neurosis y no hace falta adjudicarles el valor de unos procesos patológicos particulares (Freud, 1909b, p. 94).

Se podría decir que hay toda una declaración de principios en relación a esto y a la ubicación de las fobias en lo que serían las psiconeurosis.

Lo que Freud va a proponer en torno a la histeria de angustia es que la libido no es

convertida en una inervación corporal como en la histeria, sino que es liberada en forma de angustia.

Estamos hablando del caso Hans, estamos hablando de 1909, Freud ya publicó los «Tres ensayos de teoría sexual» (Freud, 1905d) y ya tiene el concepto de pulsión donde claramente se puede separar la representación del afecto. Es decir, es este afecto que quedará liberado y que va a dar origen a la angustia. Esa angustia es la que la histeria de angustia va a tratar de fijar o encontrarle un objeto y lo hará precisamente a través del objeto fóbico.

Entendemos que si nos acercamos a la histeria, a partir del caso Hans, que es donde Freud habla de histeria de angustia, el problema de la angustia va a encontrarse ligado a lo que es el complejo de castración; en este historial se va a enlazar el complejo de castración y la angustia. Lo que Freud va a decir es que la represión es la que origina o crea la angustia, lo que nosotros conocemos como primer teoría de la angustia y que ubicamos en este segundo momento de las conceptualizaciones freudianas. Esto es en 1909. De 1909 a 1916-17, que es cuando aparecen «Las conferencias de introducción al psicoanálisis» (Freud, 1916-1917), aparecen diversas conceptualizaciones dentro del psicoanálisis y ahí tenemos «Tótem y tabú» (Freud, 1912-1913) en relación a la caracterización del complejo de castración.

Tenemos el caso del *hombre de los lobos* (Freud, 1918b) a quien está analizando pero cuyo historial no publica hasta 1918. En 1916-17, Freud hace una especie de puesta a punto para ver cuáles eran sus conceptos o herramientas para trabajar este tema de la angustia. Allí Freud hace una serie de planteos para entender el tema de la angustia y más que nada trata de diferenciarlo de cómo podríamos entender la angustia realista por un lado y la angustia neurótica por otro (Freud, 1916-1917, p. 357).

Freud empieza con una serie de consideraciones lingüísticas y diferencia lo que es la angustia (*angst*) de lo que es el miedo (*furcht*) y de lo que es el terror (*schreck*). Él dice que el miedo tiene un objeto determinado a diferencia de la angustia que no lo tiene y que podemos pensar el terror como aquellas situaciones donde no tuvimos un apronte para esa experiencia y se da un desborde que se puede encontrar en esas manifestaciones angustiadas. Plantea que la angustia es un afecto y que debe tener ciertas inervaciones motrices por donde descargarse y a la vez una serie de sensaciones que tiene que ver con la percepción motora y también con el principio del placer y displacer. Freud propone que el afecto de angustia (y remarcamos *afecto*, lo que nos lleva a pensar en una magnitud energética) debemos ubicarlo como una impresión temprana, quizá en el acto de nacimiento, por lo que la primer angustia sería una angustia tóxica.

Esto por el lado de la teoría energética de la angustia, lo que sí es llamativo es cómo comienza Freud esta conferencia ya que a los pocos renglones dice: «Hoy no podría indicar

algo más indiferente para la comprensión psicológica de la angustia que el conocimiento de las vías nerviosas por donde transitan sus excitaciones» (Freud, 1916-1917, p. 358), es decir, rápidamente lleva la problemática al plano de la realidad psíquica y lo saca de lo que serían las manifestaciones corporales.

Freud trata de definir lo que él entiende como angustia realista y en un primer momento la opone a la angustia neurótica y dice que esta angustia realista es una reacción ante la percepción de un peligro exterior. Es decir, que es esperado un daño y que va unido al reflejo de la huida, por lo que es lícito ver en ella una manifestación de la pulsión de autoconservación. Claramente, podemos hacer varias consideraciones en relación a la percepción de un peligro exterior, pero lo haremos un poco más adelante cuando hablemos del tema de la castración.

Freud plantea que esta angustia realista se relaciona con el saber y el poder de una persona, ya que condicionan el desarrollo de esa angustia. No va a ser igual lo que pueda angustiar a un niño que lo que puede angustiar a un adulto o lo que pueda angustiar a un adulto neurótico (Freud, 1916-1917, p. 360).

Va a tratar de caracterizar a la angustia neurótica en oposición a la angustia realista y para hablar de la primera mencionará diferentes tipos. Una angustia libremente flotante, que estaría pronta para adherirse a distintos tipos de contenido como por ejemplo se podría ver en las neurosis de angustia. También la llama *angustia expectante* a esta angustia sin ligar. Luego una angustia psíquicamente ligada, ahí estaría caracterizando la angustia que aparece en las fobias, una angustia que frente a determinados objetos va a hacer una irrupción y al hacerlo está pensando en la histeria de angustia. También plantea un tercer tipo que aparece como inexplicable, dice: «Perdemos el nexo entre la angustia y la amenaza del peligro» (Freud, 1916-1917, p. 365). Es decir, él sostiene que esta clase de ataque de angustia puede aparecer en un solo tipo de síntoma, como puede ser el vértigo o la agitación, pero no los enlaza con ningún tipo de objeto. Este último tipo de angustia podemos retomarlo cuando trabajemos la propuesta del factor traumático, tal como la hace Freud en su conferencia de 1932.

Lo que Freud sostiene es que en las psiconeurosis, es decir, en la histeria, en las fobias, y en las neurosis obsesivas, la angustia aparece junto a los síntomas; y dice que esta angustia es por la que se cambian todas las mociones afectivas que fueron reprimidas.

Esas mociones afectivas que fueron reprimidas van a aparecer enlazadas al tipo de síntoma conversivo en la histeria, en las fobias van a aparecer subrogadas por un objeto fóbico que van a tratar de evitar, y en las neurosis obsesivas Freud verá que justamente la acción obsesiva trata de evitar el desarrollo de angustia. Propone que si a un obsesivo se le impide el ritual ahí lo que va a hacer aparición es el desarrollo de la angustia (Freud, 1916-1917, p. 368).

Freud va a decir que lo que están haciendo los síntomas es una especie de subrogado para, de alguna manera, poder evitar el desarrollo de angustia que sería lo más perjudicial o lo que el Yo querría evitar. Freud no dice Yo, pero dice algo bastante interesante:

[...] de las observaciones hechas sobre la neurosis de angustia inferimos que la desviación de la libido de su aplicación normal, desviación generadora de la angustia, se produce en el campo de los procesos somáticos. Los análisis de las psiconeurosis, nos permiten agregar que esa misma desviación, con idéntico resultado puede ser también el efecto de un rehusamiento de parte de las instancias psíquicas (Freud, 1916-1917, p. 368).

«Instancias psíquicas» que él aún no formuló pero como se ve de alguna manera ya las está pensando, no nos olvidemos que en 1914 él ya había escrito «Introducción del Narcisismo» (Freud, 1914c). Un poco más adelante en esa conferencia nos dice: «Es la dinámica tópica del desarrollo de angustia la que todavía nos resulta oscura, a saber, la clase de energías anímicas que son convocadas y los sistemas psíquicos desde los cuales lo son» (Freud, 1916-1917, p. 369).

Como decíamos antes, el sentido que tienen los síntomas es sustraer el desarrollo de la angustia. Entonces, Freud se propone ver qué relación podría existir entre la angustia de los niños y la angustia en las fobias, siguiendo en su investigación en torno a qué relación existiría entre la angustia neurótica y la angustia realista. Comienza así todo un desarrollo sobre la angustia en los niños y lo que le llama la atención es que tienen poco que ver con la angustia realista. Freud plantea que no hay nada más alejado para un niño que la realidad de un peligro, lo ubica por el lado de la educación y eso trabaja como interrogante, sobre todo en relación al origen de la angustia.

Freud plantea que en el caso de los niños la angustia va hacer su aparición cuando el objeto deseado no está, es decir cuando la madre, por decirlo rápidamente, no aparece, y ahí se daría el desarrollo de la angustia.

Y hablando de esta madre y de sus cuidados dice:

Y bien si hay niños que transigen un poco más con esta educación para la angustia y después encuentran por sí mismos peligros sobre los cuales no se les había advertido, para explicarlo basta suponer que era congénita a su constitución una medida mayor de necesidad libidinosa o que prematuramente se los malcrió con una satisfacción libidinosa (Freud, 1916-1917, p. 372).

Aquí vuelve la pregunta, pues el equívoco sobre para quién es la satisfacción libidinosa, para quién opera, si va para el niño o para quien lo estaba criando es todo un campo a explorar y en el que nos detendremos cuando tratemos de caracterizar y conceptualizar lo que en psicoanálisis se entiende como goce.

Entonces, cuando Freud se propone ver la relación entre la angustia neurótica y la

angustia realista y echa mano al caso de los niños o de las fobias, llega a la conclusión de que se teme a la libido, a la propia libido, a un desborde de esta libido.

Plantea como diferencia entre la angustia neurótica y la angustia realista, que en la angustia neurótica el peligro es interno en lugar de externo y también que no se discierne conscientemente. Como se ve, esto del peligro interno en vez de externo en relación al párrafo citado más arriba queda bastante en disputa por decirlo de alguna manera.

Precisamente en la fobia, el peligro interno, peligro libidinal, se transforma en algo exterior, es decir, una angustia neurótica se muda en una aparente angustia realista, el peligro pasa a lo externo.

Claro que cuando Freud está haciendo este planteo ya tuvo en cuenta lo que aprendió con el caso Hans y el complejo de castración está tallando en esta situación. Esto es más o menos lo que Freud propone en esta conferencia que se llama «La angustia».

En 1923 tenemos «El yo y el ello» (Freud, 1923b) donde hace su presentación en la teoría psicoanalítica la segunda tópica, y a partir de este texto y en «Inhibición, síntoma y angustia», Freud propone que el Yo es el almacén de la angustia, y ahí dice que para él resulta bastante satisfactorio en relación a su propuesta ver que los diferentes tipos de angustia que él propone tienen correspondencia con los diferentes vasallajes del yo como los presentó en «El yo y el ello». Plantea que la angustia realista se podría entender en relación al mundo exterior y la angustia neurótica a los planteos y exigencias del ello, y la angustia de la conciencia moral en relación a lo que tienen que ver con el superyó. Estos planteos ya corresponden a su conferencia de 1932 (Freud, 1933a) donde hace una segunda recapitulación, al igual que lo fue su primer conferencia, la de 1916-17.

4.6.2 Segunda teoría sobre la angustia

Entonces, veamos lo que Freud propone en la conferencia de 1932 «Angustia y vida pulsional» (Freud, 1933a), que es posterior a «Inhibición, síntoma y angustia», texto caleidoscópico si los hay, texto riquísimo sobre todo para lo que hace a la constelación clínica y por esta razón también bastante condensado.

En ese texto de 1926, Freud va y viene, se hace planteos de cómo diferenciar la inhibición de un síntoma a nivel del tratamiento con los pacientes y propone que la primera teoría, que decía que la angustia era consecuencia de la represión no se sostenía y que la realidad era que la angustia creaba la represión (Freud, 1926d, p. 97). Freud propone que a cada época del desarrollo del sujeto le corresponde una situación de desvalimiento, entonces, a la temprana inmadurez del Yo correspondería la angustia del desvalimiento psíquico; a la época de la heteronomía de la primera infancia, la angustia de la pérdida del amor de objeto; a la fase fálica, la angustia de castración; y a la etapa de la latencia la angustia del superyó (Freud, 1933a, p. 82).

Freud trata de pensar cómo juega la relación entre la angustia y la represión, pero como se dijo, propone que la represión es creada por la angustia, ¿cómo va a fundamentar este movimiento?, ¿cómo actúa la represión bajo el influjo de la angustia? El Yo nota que la satisfacción de una moción pulsional aparejaría un peligro, por el displacer que produciría, por ello esa investidura debe ser sofocada. El Yo recurre a una técnica que es idéntica a la del pensar normal, el cual se maneja con pequeños montos de investidura. Frente a esta moción que se le aparece como peligrosa, el Yo va a adelantar parte del contenido como para que el mecanismo del principio del placer y displacer se ponga en funcionamiento y ese mecanismo por medio de la represión impida que se dé un desarrollo de la angustia, que en todo caso sería lo más catastrófico para el Yo. Freud no dice catastrófico, dice lo más «inadecuado».

Esto es lo que Freud llama *señal de angustia* o *angustia señal*. El Yo adelanta lo que sucederá para evitar un desarrollo angustiado que para Freud siempre es inadecuado. Freud, estudiando las fobias y pensando en el caso Hans, dice que las mociones a reprimir son las provenientes del complejo de Edipo. Entonces la angustia ¿será realista o neurótica? Acá, el problema es que la angustia se debe al complejo de castración, entonces la angustia es originada ante una exigencia interna, libidinal, por lo que sería neurótica, pero el peligro que convoca es real, externo y por eso sería realista. Esta situación *paradójica*, sobre todo si pensamos desde una lógica excluyente, sorprende a Freud, él mismo declara en esta conferencia: «Confesémoslo llanamente, no esperábamos que el peligro pulsional interno resultara ser una condición y preparación de una situación de peligro objetiva, externa» (Freud, 1933a, p. 80). Este *peligro* es la castración, castración entendida como la pérdida de algo muy valorado (como para evitar malentendidos y tener que detenernos en torno a cómo jugaría esto en el varón y la niña). Entonces, ¿cómo se ubicaría el Yo frente a estas situaciones?, como les decía, la más inadecuada sería que el ataque de angustia se desarrolle plenamente y el Yo se retire por completo de la excitación chocante. El Yo puede hacer una contrainvestidura y de esa manera lograr la formación de síntoma o también puede suceder una formación reactiva de modo tal que ese desarrollo de angustia no prospere (Freud, 1933a, p. 84).

A la vez que Freud propone esto en relación al Yo, dice que de la misma manera van a ocurrir modificaciones en el ello. Lo que puede suceder, entonces, a nivel del ello es que la moción reprimida permanezca reprimida por medio de una represión; también, puede suceder, como en el caso del complejo de Edipo, la destrucción completa de esa representación, como propone en su artículo «El sepultamiento del complejo de Edipo» (Freud, 1924d); o se puede dar también una regresión, que es lo que propone que ocurre en las neurosis obsesivas, es decir, que el Yo regresa a un modo de funcionamiento anterior.

Lo que Freud hace en esta conferencia, aparte de proponer su segunda teoría de la

angustia, es tomar en consideración el factor traumático, que serían aquellas situaciones en las que no hay, por decirlo de alguna manera, un apronte como para poder enfrentar esta situación y de esa manera evitar el desarrollo de la angustia. Él sostiene que de la misma manera que había dicho que para cada época había un determinado tipo de angustia, estos diferentes factores traumáticos, cuya matriz es la angustia de nacimiento, se podrían entender a partir de lo que es la angustia de castración, como modelo que va a resignificar cada uno de esos factores en relación a este momento del desarrollo (Freud, 1933a: 87).

4.6.3 Propuestas de Lacan sobre la angustia

Con Lacan las investigaciones sobre la angustia tomarán otras vertientes, a punto tal, que el décimo seminario público de este autor, aquel que se llama precisamente *La angustia* (Lacan, 2006), es donde algunos gustan ubicar la presentación *oficial* del objeto «a» y donde comienza el paulatino abandono del esquema óptico, de la forma que lo utilizó hasta ese momento de su producción.

No olvidemos que este seminario se ubica entre el noveno, llamado *La identificación* (Lacan, 1961); en el cual Lacan intenta, a través de la introducción de la topología en su trabajo, superar la oposición interno-externo, tal como se abordaba hasta entonces; y el undécimo seminario, llamado *Los cuatro conceptos* (Lacan, 1981), donde este autor debe replantearse toda su producción a partir de sus relaciones con la IPA y la cuestión de cuál es el recorrido para devenir analista tal como lo proponía esta institución y como lo entendía Lacan.

En este décimo seminario el intento será el de articular las identificaciones con la angustia, y de esta forma dar respuesta tanto a las diferentes interrogantes clínicas que su trabajo le procuraba como responder a aquellos que sostenían que su abordaje dejaba de lado o menospreciaba los afectos.

El trabajo realizado por Lacan en el décimo seminario muestra de qué forma el esquema óptico utilizado por este ya no da cuenta de diferentes problemas, también del trabajo que él comienza a desplegar para superar esos obstáculos. Si bien la preocupación de este autor por el estatuto del objeto recorre toda su producción, el Seminario *La angustia* está señalado como aquel en donde el objeto «a», el objeto causa, comienza a conceptualizarse como un concepto diferente, o por lo menos, no subsumido por el campo signifiante.

Para Freud, como vimos, la angustia de castración será la que ordene o resignifique las diversas situaciones angustiantes que se atravesasen en lo que refiere a la falta e incluso pérdida del objeto. Lacan intentará proponer una concepción del complejo de castración, causante de esta angustia, que permita pensar las diferentes posibilidades en relación a las diversas posiciones sexuales, tanto hombre como mujer, así como el trabajo que cada uno deberá hacer a partir del real anatómico del que parte. Claro que a ese real no podemos

acceder directamente, lo hacemos mediados por el campo de lo imaginario y lo simbólico, y aquí Lacan nos recuerda el peso que en su enseñanza ha tenido la imagen especular, imagen que el sujeto jubilosamente asume a partir del asentimiento que desde el Otro se nos propone, entonces, es desde ese lugar que lo deseable comenzará a desplegarse.

Ahora bien, el investimento de la imagen especular tiene un límite y es que existe un resto, el falo en su dimensión imaginaria, dado que se presenta como una falta, como una insuficiencia y una falta, y que señala lo que por no investirse queda como una reserva inasequible a nivel del cuerpo propio (Le Gaufey, 1998, p. 120).

-φ, este es el significante fálico a nivel imaginario que representa la imagen fálica negativizada, constituye una falta, es decir, que no tiene una imagen. Si algo aparece en ese lugar, surge el sentimiento de extrañeza, que marca el inicio del desarrollo de angustia, entonces la angustia no es por la falta, sino por la desaparición de esta falta. Será la ausencia de esta falta la que generará la angustia como manifestación de esos goces que pueden avasallar al sujeto.

4.7. Para conceptualizar el goce

Luego de detenernos en la transferencia y en la angustia como elementos ineludibles de un tratamiento psicoanalítico debemos dedicarnos a poder definir y conceptualizar el goce como elemento también presente e inevitable en *dicho* proceso. En el apartado anterior hablábamos sobre la angustia y como ésta es una manifestación de lo real. Seguiremos en el campo de lo real, específicamente, en lo que refiere al goce.

Si podemos acordar con Pablo Muñoz (Muñoz, 2009) que Lacan, a partir de la noción psiquiátrica de pasaje al acto, produce un concepto psicoanalítico, basándose en la propuesta freudiana del *agieren*, podríamos decir que una tarea similar es desarrollada por este autor a partir de otro término freudiano, en este caso *genuss*, 'goce', (Braunstein, 2006). Si recorremos la obra de Freud este término tiene una presencia mucho menor que otro al que el inventor del psicoanálisis recurre con mayor frecuencia: *lust*, 'placer'. Recordemos que el título de la obra donde Freud planteará la existencia de fenómenos que escaparían a la regulación del principio del placer se llama *Jenseits des Lustprinzips* traducido como «Más allá del principio de placer» (Freud, 1920g). Es a partir de la lectura de esta obra que Lacan propondrá el goce como el concepto adecuado para dar cuenta de estos acontecimientos donde el principio homeostático, regulador, pacificador del principio del placer queda sobrepasado en un más allá que marca una posición (Lacan, 1988, p. 239).

Debemos recordar aquí que el principio del placer freudiano es, lejos de su nombre que puede hacernos pensar en zonas de hedonismo o voluptuosidad extrema, un principio heredero de la tradición clásica de la filosofía, donde la ataraxia, la ausencia de perturbación

era el ideal a seguir (Novas, 2013, p. 211). Quizá sirva como ejemplo clásico la *Carta a Meneceo* de Epicuro (Epicuro, 1995).

Precisamente de eso se trata el principio del placer: de mantener el sistema, en este caso el psiquismo, con un nivel de excitación lo más parejo o constante posible, experimentando los cambios o fluctuaciones de energía como displacer, y por lo tanto dichas experiencias se buscarían mantener dentro de un rango tolerable. Ahora bien, este principio del placer no responde a ninguna *naturaleza* u organización del soma que los seres humanos portan desde su concepción, sino que es una adquisición que se logra a partir de la relación con el otro, y aquí Lacan propondrá escribir este *otro* con mayúscula para diferenciar dos lugares o posiciones a ocupar. El otro escrito con minúscula, lugar del semejante, con quien podemos identificarnos imaginariamente apelando a las representaciones que nuestra cultura, cualquiera sea ella, nos aporta; y el Otro, escrito con mayúscula, quien simbólicamente habilitará que adquiramos ese contacto con el lenguaje que nos transformará en seres humanos, definidos y caracterizados por el uso de dicho lenguaje (Lacan, 1993, p. 26).

Quizá no esté de más aquí recordar el experimento de Federico II de Baviera (1712-1786) para averiguar cuál había sido el lenguaje original de los seres humanos. Para tal extremo ordenó aislar inmediatamente después del parto a una serie de niños con la orden de proveerles todos los cuidados de la puericultura, pero con la prohibición expresa de hablarles, para no *contaminarles* y así esperar a que expresasen su primera palabra y así saber cuál sería ese lenguaje originario e incontaminado. El resultado fue que los niños murieron todos, llegando a los siete años el que más sobrevivió (Eco, 1994, p. 11). Esto señala que el contacto con el lenguaje, y por ende con el Otro que es su introductor y soporte, es algo necesario y nada contingente para la vida de los seres humanos.

Volviendo a la manera en que el bebé humano comienza su tránsito vital, podemos entonces pensar en un momento mítico, en tanto está ubicado en el origen, pero también lógico, donde la cría humana en su relación con el Otro —Otro con mayúscula, en tanto la discriminación con otro como semejante será lógicamente posterior— forma una pareja, que Freud nominó como la dupla madre fálica-narcisismo donde nada falta y donde las experiencias de goce son plenas. Decimos *mítico* porque esas experiencias han quedado relegadas al núcleo de lo inconsciente, siendo esos contenidos que no han pasado por la consciencia y forman ese núcleo que oficiará atrayendo aquellos contenidos que por su carácter displacentero deberán ser desalojados de la conciencia. Mítico, también, porque desde los primeros momentos el mundo exterior y la relación con el otro comenzarán a proponer fluctuaciones en las diferentes experiencias lo que permitirá ir discriminando tres diferentes polaridades en la existencia del sujeto como Freud propone en «Pulsiones y destinos de pulsión», la que opone el sujeto al objeto, el placer al displacer y lo activo a lo

pasivo (Freud, 1915c, p. 128).

En ese momento original del sujeto, el bebé humano utiliza las diferencias de tensión para comenzar a discriminar un mundo exterior de otro interior y lo hace de una forma elemental: todo lo placentero forma su yo, todo lo displacentero la realidad exterior. Claro que en este momento autoerótico su yo, al estar formado por todo lo que le proporciona placer, no se corresponde con su organismo únicamente, y de esa forma el pecho materno, pero también la piel del Otro (sea quién sea el agente que en ese momento ocupe ese lugar) es parte de su yo, es decir, todo lo que le provoca experiencias gratificantes. Igualmente, algo de su soma formará parte de ese mundo exterior productor de displacer, pensemos en la mucosa digestiva generando estímulos por hambre, pensemos en el pie de un bebé que se golpea, y no solo su organismo: pensemos en unas manos frías que inadvertidamente toman contacto con la piel del bebé. Todo este período autoerótico podemos ubicarlo hasta el momento que ocurre la unificación pulsional en torno a un objeto, el que paradójicamente es el yo.

Recordemos la definición de narcisismo dada por Freud como el estadio intermedio entre el autoerotismo y la elección de objeto (y he ahí lo paradójico) en «Introducción del narcisismo» (Freud, 1914c). Pero para llegar a ese punto el sujeto hubo de percibir una primera experiencia de satisfacción, la que servirá de matriz para las futuras búsquedas de lo placentero. Esta primera experiencia de satisfacción será necesariamente diferente a todas las siguientes, y en esa diferencia es que el sujeto basará su búsqueda de repetir dicho acontecimiento: la segunda diferirá de la primera y la tercera de la segunda y así sucesivamente. Esa serie de huellas mnémicas que se inscribirán en los diferentes sistemas psíquicos, en la medida que se vayan asociando unas con otras por semejanza o contigüidad, irán formando la masa de representaciones que darán contenido a dichos sistemas. Entonces ese momento original de la primera experiencia de satisfacción es lo que Lacan propondrá entender como el único acceso a la Cosa, *das ding* en el vocabulario de Freud, lo que a su vez nos puede hacer pensar en el *noumeno* kantiano. La Cosa permanecerá perdida desde el origen, pero permanecerá como ese núcleo inaccesible al que solo tendremos acceso por sus sucedáneos (Lacan, 1988).

Pero ese momento de indiferenciación original se dejará de lado, por la imposibilidad de mantenerse en ese estado y por el movimiento lógico de diferenciación entre el sujeto y el Otro en tanto la producción de un sujeto responderá a ese tránsito vital que llevará desde la necesidad hasta el deseo. Tenemos así que esos flujos pulsionales aún no domeñados por el principio del placer serían lo que podemos entender como goce, un monto de excitación que escapa al principio del placer y cuyo aumento de tensión es vivido como algo peligroso para el equilibrio del sistema, la mayoría de las veces asociado a experiencias dolorosas, pero no excluyentemente.

Ya Freud en «Más allá del principio de placer» encontraba a la excitación erótica como una experiencia ubicable más allá de dicho principio, y no por ello dolorosa, aunque también advertía que luego de un determinado umbral dicha excitación devendría en dolor si la libido no encontraba su tramitación (Freud, 1920g, p. 60).

Será a partir de la adquisición del lenguaje que el sujeto podrá ir discriminando las diferentes experiencias y de esa manera comenzar a mediatizar a través de la palabra lo propio de lo ajeno. Es así que a través de las representaciones se comenzará a tomar distancia de la Cosa, recordemos la clásica diferenciación freudiana entre representación de cosa y representación de palabra (Freud, 1915e). Tenemos entonces un goce original que envuelve al sujeto en ese momento mítico de su origen, y un goce afectado por la palabra, de alguna forma *domesticado* por el lenguaje.

¿Cómo ocurre esto? En un primer momento el bebé humano está sometido a la legalidad del gran Otro, quien va marcando con sus cuidados los tiempos de la satisfacción de las necesidades del bebé, pero esa satisfacción de la necesidad inmediatamente comienza a virar hacia la demanda, o sea que ya no será solo satisfacer lo que la conducta instintiva, preformada, de la especie pide, sino que ya transportará algo más, una demanda de amor.

No olvidemos que Freud (1905d, p. 165) planteaba que la pulsión sexual aparece apuntalada en la pulsión de autoconservación: en la tarea de alimentar al bebé no solo se satisface el hambre, también otras sensaciones placenteras acompañan al proceso y de esa manera existe un plus que excede la mera alimentación. Por esa razón los seres humanos no solo nos alimentamos, sino que comemos, y ya allí se instala la distancia entre obtener los nutrientes necesarios para la subsistencia vital y lo que implica el acto de comer como una conducta enmarcada en una serie de usos y costumbres cuyo trastorno puede indicar problemas, como el de confundir la satisfacción con la demanda (Amigo, 1999, p. 127).

Pero este momento de la legalidad establecida dará paso a uno posterior, donde la ley estará representada en una figura diferente, en tanto quien lleva adelante la función de gran Otro introduzca esa posibilidad. ¿Por qué? Si bien en ese momento entendido como la dupla madre fálica-narcisismo nada parecía faltar, la demora y las ausencias frente a las demandas del sujeto le indican a este que, primero, el gran Otro no dispone de todo como para satisfacerlo inmediatamente, lo que implica que ese gran Otro está afectado por la falta, y segundo, que el sujeto ya no es lo que colma lo que el Otro puede llegar a desear. Esto le permite al sujeto vislumbrar que más allá de él existen objetos que serían los que el Otro desea.

Como vemos, desde la necesidad, desde la demanda, hemos llegado al deseo, quizá podríamos decir que de la Cosa hemos llegado al objeto de deseo. Ahora la legalidad de lo que se desea ya no estará ubicada en un personaje, sino que todos los participantes de la

dialéctica de subjetivación estarán sometidos a esa ley, siendo la instancia tercera que se instaló entre el bebé y el gran Otro la encargada de representar dicha ley, representarla sin encarnarla (Lacan, 1999: 165).

Precisamente de eso se trata el complejo de castración, de la sustitución del goce por el placer. Recordemos aquí la ya aludida sentencia de Lacan: «la castración quiere decir que el goce debe ser rechazado para que pueda ser re-alcancado en la escala invertida de la ley del deseo». Dijimos que esos sujetos míticos, el sujeto en su posición de Yo ideal y el gran Otro, al verse afectados por la falta dejan su posición de completitud para estar marcados por esta, lo que Lacan grafica escribiendo en sus matemas una «S» tachada con una barra, y una «A» (recordemos que en francés *otro* se escribe *autre*) también barrada. Esta división subjetiva tendrá un resto, como en toda división, y dicho producto Lacan (2006, p. 176) lo nominará *objeto pequeño a*. Este objeto pequeño «a» será el objeto causa de deseo, así como el indicador del plus de goce que está perdido pero que la pulsión incesantemente busca. Eso es lo que caracteriza a la pulsión y la diferencia del estímulo puntual de la satisfacción de la necesidad.

El empuje pulsional es constante y siempre está buscando su objeto, lo que ocurre es que este está perdido desde el origen. Por eso es que Lacan se centra en la concepción de la pulsión como siendo siempre parcial y es la razón por la cual fue uno de los pocos posfreudianos en profundizar la idea de la pulsión de muerte como central en la conformación del psiquismo.

Lacan toma la propuesta freudiana de pensar la vida pulsional como aquella red formada por el diseño que la pulsión de vida imprime sobre la pulsión de muerte, entendiendo a Eros como la fuerza encargada de enlazar esa red y a Thanatos como la tendencia a volver al equilibrio original del principio de Nirvana (Freud, 1920g, p. 54). Así, el retorno al goce primigenio sería una experiencia de disipación para el sujeto, el que se vería disuelto en un magma de sensaciones que por su carácter excesivo serían intolerables.

Entonces, estas experiencias de goce deberán ser reguladas precisamente por el principio del placer, que es el resultado de la instauración de la ley que trajo consigo el pasaje por el complejo de castración, el cual implicará la inscripción de un significante, el significante del nombre del padre. Dejemos establecido que ese significante del nombre del padre puede ser cualquiera, no es necesario que mente un apellido, un nombre o un atributo predeterminado: su condición de suficiencia está dada por el hecho de que sea un objeto diferente a la díada originaria, de forma tal que la terceridad, y por ello cierto acceso a lo simbólico, sea posible.

Vemos así que el goce es afectado por el lenguaje, y es a través del significante que cierta distancia se instalará y los objetos de deseo ya no serán objetos de goce. Luego de la experiencia del complejo de castración el goce quedará afectado en un goce regulado,

acotado, llamado *fálico*, y el goce mítico en el otro goce.

Nos permitiremos aquí una pequeña digresión. En este punto los caminos de lectura de los epígonos de Lacan divergen en torno a si los goces que se distinguen luego de su afectación por la palabra son dos o tres; la mayoría reconocen al goce fálico y al goce del otro (o goce otro), algunos como Néstor Braunstein (2006, p. 133) proponen además el goce del ser, pensándolo como el goce original y al fálico y del Otro caracterizando a la posición masculina y femenina respectivamente. Pero detenernos en esa discusión excede las posibilidades y limitaciones de este trabajo.

Volviendo entonces al desarrollo que veníamos realizando vemos así que el mero organismo, el soma, pasa a ser cuerpo en tanto está sujeto a las leyes del lenguaje, y es por este movimiento de pérdida de goce que el deseo, en tanto está reglado por la formalización de los intercambios que cada colectivo se ha dado, toma su relevo. Este rechazo del goce es lo que explica la compulsión a la repetición, en tanto lo perdido no es lo olvidado, sino el fundamento de una memoria inconsciente (Braunstein, 2006, p. 60) algo de lo que ya hemos planteado en esta investigación, al tratar el lugar del olvido para el psicoanálisis. Será esa compulsión a la repetición la que en un análisis podrá presentarse de diferentes maneras para denunciar ese goce excesivo que busca su tramitación, por lo que pasaremos a ocuparnos de ello en el siguiente apartado.

4.8. *Acting-out, pasaje al acto, enactment.*

¿Cuáles pueden ser las consecuencias de la aparición de la compulsión a la repetición y de la angustia en un análisis?

La lectura del trabajo de Flora Singer «Depresión y depresividad» (Burghi et al., 2011, p. 79) nuevamente nos lleva a considerar la presentación de los llamados *sujetos en estado límite*, como la corriente francesa gustó en llamar a aquellos que la escuela inglesa denominó *borderlines* (Rassial, 2001, p. 9), en la medida que los dos ejemplos clínicos allí trabajados perfectamente sirven para el desarrollo que buscamos realizar. Aquí pretendemos poner en tensión productiva la característica actuadora de los sujetos en estado límite, o sujetos en los bordes, con lo que podría ser una respuesta transferencial desde el lugar del analista. En un trabajo anterior, Singer, hablando de la *borderización del sujeto* nos plantea:

En términos generales, hay consenso en ubicar la problemática del sujeto *borderline* en experiencias tempranas de insatisfacción que afectan la constitución de los límites del psiquismo y las funciones sintéticas del yo. A partir de un trauma primordial que no puede ser metabolizado por las vías intrapsíquicas, la fragilidad del yo conduce a un trabajo de clivaje, de desligazón, y en general, a un funcionamiento arcaico de tipo proyectivo (Singer, 2005, p. 695).

Tomando estas ideas es que intentaremos trabajar las nociones de *acting-out*, pasaje al acto y por último, *enactement*, como una manera de poder pensar cómo en la transferencia analítica las actuaciones son una dimensión ineludible del trabajo clínico, pero no solo abordadas desde lo que puede ser la posición del analizante, sino también desde la posición del analista, para lo que, luego de tratar de ubicar el *acting-out* y el pasaje al acto, apelaremos a la noción de *enactment* para que nos dé otra perspectiva de la transferencia con estos sujetos.

El trabajo clínico con los llamados *sujetos en estado límite* nos ha llevado en innumerables ocasiones a evocar la pregunta que Jacques Lacan se formula en el Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cuando plantea «cómo la transferencia salvaje se puede domesticar, cómo se hace entrar el elefante salvaje en el cercado, cómo poner el caballo a dar vueltas en el picadero» (Lacan, 1981, p. 45), en la medida que dicha interrogación apunta a cómo reinstalar o mantener a aquellos sujetos que intentan dejar el trabajo del análisis en tanto las actuaciones implicarían que el lugar del analista está cuestionado en su función. Para ello, trataremos de ahondar en los conceptos de *acting-out* y pasaje al acto.

4.8.1 Sobre el *acting-out*.

Pablo Muñoz (2009, p. 157) plantea en su tesis de maestría que el *acting-out* es un tipo de acción que se caracteriza por tres rasgos distintivos:

- I. Es una acción inmotivada que el sujeto no puede explicar ni explicarse a sí mismo, de la que no puede dar cuenta pues tampoco se pregunta por su sentido.
- II. Es una acción o situación repetida cercana temporalmente a la sesión analítica, relatada como por casualidad y que incluso a veces pasa desapercibida, pero que también puede exteriorizarse durante la sesión misma.
- III. Y esa acción siempre se presenta enmarcada por cierta escena, un conjunto de hechos y circunstancias que la acompañan y le dan un marco que la vuelve muy peculiar.

Como ya dijimos *acting out* fue la traducción que James Strachey propuso del término *agieren*, presentado por Freud. Freud utiliza esta expresión para nominar aquellas conductas que ocurren en un análisis por fuera del proceso del recordar, no obstante, para este autor se trataría de una forma diferente de recordar, sería un recuerdo en acto. La traducción de este término al español también ha tenido sus vicisitudes, por lo que el consenso ha optado por mantener la propuesta de Strachey; aquí nos importa destacar que *to act out* es una expresión con una fuerte impronta del orden de la escena, de la escena teatral sobre todo, lo que directamente nos remite a la escenificación, y por supuesto a la

otra escena freudiana, pero lo que aquí cabe destacar es que la partícula *out* debe ser entendida en el sentido de fuera de la cadena significativa, lo que no permite ser abordado por la repetición significativa, que Lacan opone a la reproducción, esa reactualización del pasado en el ahora que ocurre en la acción fuera de la transferencia (Lacan, 1981, p. 60).

Precisamente la reflexión sobre la transferencia fue lo que disparó las investigaciones en torno al *acting-out*, pensándose a este último como la transferencia salvaje, la transferencia sin análisis; vale aquí la digresión de acotar que no todas las transferencias serían posibles (y pasibles) de analizar, pero sí es tarea del analista estar advertido de cuándo una demanda le es dirigida y cómo es su respuesta, cuestión ética que está en el centro de las preocupaciones de aquellos que trabajamos en el campo del psicoanálisis.

En torno a esa demanda dirigida al analista es que puede pensarse la diferente ubicación que consigue tener un síntoma para el psicoanálisis, que la que puede ocupar un *acting-out*. Lacan piensa esta diferencia a partir de la disposición para la interpretación de uno y otro: «el síntoma no puede ser interpretado directamente, se necesita de la transferencia, o sea, la introducción del Otro» (Lacan, 2006, p. 139). En cambio el *acting-out* llama al Otro, dice Lacan (2006, p. 139), el *acting-out* es el esbozo de la transferencia.

Es por esto que el síntoma, en la medida que instituye un sujeto supuesto saber, según la conocida propuesta de Lacan, ya habla de la posibilidad de la dialectización significativa, trabajo realizable en la medida que la instalación de la transferencia fue efectuada, no siendo así en el *acting-out*, donde precisamente la tarea reside en romper ese circuito que permite al sujeto, dominado por esta manera de actuar, modificar su posición y ocupar un lugar diverso en relación a su padecer.

En el Seminario *La angustia*, Lacan postula que el *acting-out* es algo en la conducta del sujeto que se muestra. Para Lacan la mostración es algo diferente de una demostración, y estas dos últimas se oponen a la realización; si bien tanto la mostración como la demostración apuntan a dar cuenta de lo real, la mostración sería un recurso imaginario, a diferencia de la demostración que implicaría un recurso simbólico. La realización sería un tratamiento de lo real por lo real, es decir sin apelar a lo simbólico o lo imaginario (Muñoz, 2009, p. 241).

Pero volviendo al *acting-out* como mostración, este planteo nos lleva a considerar la dimensión de montaje de una escena del mismo. La escena a considerar es la del fantasma o fantasía inconsciente, la cual es pensada por Lacan como las relaciones posibles entre un sujeto barrado (afectado por la falta) y su objeto. Ese montaje está dirigido al Otro, por lo que se puede considerar al *acting-out* como una transferencia, pero una transferencia salvaje, aún no regulada por la legalidad del trabajo analítico.

En este seminario de 1962-1963 Lacan dice que el *acting-out* es algo en la conducta del sujeto que se muestra (Lacan, 2006, p. 127), pero lo que se muestra se muestra como un

resto, caído del sostén fantasmático; es una mostración del objeto en lo que lo significativo no puede dar cuenta, esa dimensión real que no es cubierta por la palabra y el lenguaje.

Lo que opone en este punto el *acting-out* con el pasaje al acto es que en el primero el sujeto aún se encuentra dentro de la escena y su mensaje es dirigido al Otro. El problema es que el Otro no está ubicado con la posibilidad de recibirlo, porque no ha asumido ese lugar, o porque lo ha dejado, por esta razón no es lo mismo un *acting-out* cuando aún no comenzó un análisis que cuando este ya está establecido y es la posición del analista la que lo determina, siendo ejemplo palmario de esta última situación lo que ocurre con Freud durante el análisis con Dora (Freud, 1905e, p. 7).

Pero el *acting-out* es una mostración velada, porque el objeto «a» no es especularizable, hay un resto que no es atrapado por la imagen, entonces solo puede ser mostrado lateralmente, sesgado, por eso la mostración está velada para el sujeto que la padece, aunque es evidente, totalmente visible para los demás. Eso está expresando un sentido que se le escapa, y se le escapa en la medida que lo real no queda totalmente recubierto por el significativo. Al tratar de entender las diferencias con el pasaje al acto definido en su estructura como la brusca barradura del sujeto en el fantasma, en el *acting-out* la barradura se produce a nivel del objeto «a», por lo que el sujeto queda sin la amarradura del objeto, que es el término real del fantasma. Al caer el término real de la estructura del fantasma que opera como punto de anclaje para el término simbólico que es el sujeto este se ve llevado a esas escenificaciones para seguir sosteniendo la causa de su deseo.

Para el sujeto en *acting-out* lo que ocurre es que está padeciendo la negación de su deseo y por ello debe promover lo fálico al lugar de objeto «a». El *acting-out* muestra el objeto del deseo, se trata de la mostración de un deseo desconocido por el Otro, más aún, de la causa de ese deseo, del objeto que opera en tanto caído de la cadena significativa y que causa el deseo precisamente por estar excluido de la articulación significativa (Muñoz, 2009, p. 161).

Esto le sirve a Lacan para explorar las diferencias entre *acting-out* y síntoma, como más arriba ya habíamos planteado, diferencias a partir de su disposición a la interpretación. El síntoma no puede ser interpretado directamente, se necesita la transferencia, es decir, de la introducción del Otro. En cambio el *acting-out* llama a la interpretación (Lacan, 2006, p. 139). Se trata de una nueva definición de síntoma entendido no en su cara significativa sino en su faz real, de goce. Si el síntoma en su naturaleza es goce, no llama al Otro; «a diferencia del síntoma el *acting-out* es el esbozo de la transferencia» (Lacan, 2006:139). Es un esbozo, un indicio, una señal que la transferencia que se juega en él muestra un objeto que pide, reclama la interpretación que lo recorte de la escena, pero debemos tener presente que ese pedido debe ser evaluado y no siempre se asentirá, lo que indica que la dirección de la cura será lo que guiará y determinará el tipo de respuesta. Todo esto estaría señalando que de lo

que se trata es de las relaciones entre el Otro y el objeto «a» para el sujeto. En el Seminario *La angustia*, Lacan comienza a conceptualizar la relación del sujeto con el goce a partir de la estructura del fantasma.

De esta manera el *acting-out* es la aparición del objeto «a» en la escena del Otro, con sus efectos de perturbación y desorganización, podemos decir que el *acting-out* es una introducción intempestiva para mostrar al Otro cuál es el objeto causa de su deseo, así, lo real del mundo es puesto en una escena de acuerdo con las leyes del significante, quizá pueda entenderse que el paradigma del *acting-out* sea el duelo, por ello también esta idea sirva para rebatir la idea del fin del análisis como duelo por el analista.

4.8.2 Sobre el pasaje al acto.

El pasaje al acto, a diferencia del *acting-out*, es un término que proviene del campo psiquiátrico y es a Jacques Lacan a quien le debemos el trabajo de conceptualización en torno a esta noción.

Existen diferentes momentos en la producción lacaniana que van puntuando cuál es la posición de este autor en torno a, como lo llama Pablo Muñoz, la invención del pasaje al acto como un concepto psicoanalítico. Así podemos decir que en 1932, con su tesis *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (Lacan, 2000, p. 15) comienza un proceso de construcción del concepto que retomará en 1938, 1946, 1948, 1966 y 1970.

Lacan se apoyará en Pierre Guiraud, en quien reconoce un precursor al revelar la importancia del psicoanálisis, al apelar a la segunda tópica freudiana para dar cuenta de ideas como la agresión simbólica o la introducción del término *kakon*, transliteración del griego *κακον*, que significa 'mal', 'vicio', 'perversidad', así como 'desgracia y dolor'. En la medida que la agresión es simbólica, podemos encontrarle un sentido a esa conducta, sentido quizá desconocido para el autor, pero posible de ser leído.

Asimismo con el término *kakon*, se trata de lo que el paciente debe liberarse, aquello de lo que padece y busca deshacerse. Tomando esta idea Lacan irá a leer los trabajos de Melanie Klein (1927, 1934 y 1935), donde su noción de objeto será un antecedente fundamental en la producción de su objeto «a» durante el seminario sobre la angustia.

Es con todo este bagaje conceptual que Lacan entenderá el pasaje al acto como un modo de resolución de la tensión agresiva, dependiente de la organización del yo, la cual dependerá de su identificación narcisista. Vemos así que el pasaje al acto, en este momento de la producción de Lacan, posee una estructura imaginaria, y trataría de romper la continuidad especular de las figuras persecutorias. Lo que sí nota Lacan es que el pasaje al acto es secundario a la elaboración delirante, que sería primaria, y por eso puede establecer una diferencia entre el pasaje al acto y el automatismo mental, mecanismo basal, inicial, sobre el que se construye el delirio según Gaëtan Gatian De Clérambault.

Las primeras referencias de Lacan al pasaje al acto pasan de una concepción eminentemente fenoménica a otra en la que se acentúa su vertiente imaginaria. Pero Lacan nota una dimensión simbólica que la diferencia de la conducta animal. La función simbólica del pasaje al acto queda señalada cuando dice que el objeto agredido tiene valor de símbolo de su enfermedad, del mal, del *kakon*. Así queda dilucidada la dimensión transactivista del pasaje al acto, el objeto que se intenta atacar no es sino la propia imagen (Muñoz, 2009, p. 111).

Con estos recursos conceptuales sitúa el pasaje al acto como intento de liberación respecto de un goce intrusivo e intolerable, quizá el trauma primordial que no puede ser metabolizado, como dice Singer (2005, p. 695). Los diferentes nombres de ese goce (mal, *kakon*, ser, objeto malo, objeto «a») apuntan a delimitar algo que en la estructura no se deja absorber simbólicamente, lo que nos lleva al registro de lo real.

Los tres registros permiten aclarar la eficacia del poder resolutivo del pasaje al acto, como se ve en el caso de Aimée (Lacan, 2000, p. 9). Si apuntar a producir una diferencia es un efecto simbólico del pasaje al acto, su operación en sí es real. No se trata de una metáfora delirante como en el caso del presidente Schreber (Freud, 1911c, p. 15), ficción simbólica; se trata de una operación que no construye ficciones, sino que opera en lo real.

El *kakon* como figura tributaria de lo proyectivo le sirve a Lacan para ubicar la exterioridad íntima de la figura que se ataca en el pasaje al acto homicida en algunos casos de psicosis. Más tarde Lacan lo formaliza con el neologismo extimidad. En el pasaje al acto se agrede en el exterior algo interior, que es extimo (ni adentro/afuera, ni propio/ajeno).

Al igual que con el *acting-out*, Lacan en su seminario de 1962-1963 trabajará el pasaje al acto a partir de sus relaciones con la angustia, en tanto la angustia es ese sentimiento que remite a lo real (Lacan, 2006, p. 126).

La relación del pasaje al acto con la angustia es presentada a partir de su caracterización como lo que no engaña, lo fuera de duda. Lacan establece una oposición entre duda y certeza que apunta a la acción. Y la angustia es su pivote fundamental, pues causa la duda para no encontrarse con la certeza de la acción. Si la acción es la referencia principal de la certeza, el pasaje al acto en tanto variedad de la acción también lo es. Si el acto arrebató a la angustia su certeza, también el pasaje al acto le arranca su real; la fuerza de un pasaje al acto se potencia a causa de la angustia, ya que actuar es lo único que puede orientar su real en otra dirección. La novedad de este planteo de Lacan respecto al pasaje al acto es que hace de la angustia su causa formal. El actuar característico del pasaje al acto le quita a la angustia su certeza, pero la dirección que le imprime es descontrolada, imprevisible, incalculable (Muñoz, 2009, p. 123).

El desplazamiento que Lacan introduce en este seminario con esta fórmula delimita las condiciones del pasaje al acto a partir de un dato fundamental de la estructura: la

imposibilidad de la puesta en relación del sujeto con lo que él es como objeto. Esta fórmula nos da la configuración de la estructura del pasaje al acto a partir de la estructura del fantasma. Así nos dirá: «si Uds. quieren referirse a la fórmula del fantasma, el pasaje al acto está del lado del sujeto en tanto que este aparece barrado al máximo por la barra» (Lacan, 2006, p. 128); esto reduce al sujeto a lo que él es como objeto, como objeto «a», recordemos que la entrada a la estructura subjetiva se da en posición de objeto, y la dimensión subjetiva es a producir.

Tenemos así que el pasaje al acto de la llamada *joven homosexual* (Freud, 1920a, p. 137) es una ruptura de la escena del fantasma, un salto al vacío por la ventana fantasmática a través de la cual el sujeto hasta ese instante concebía el mundo. La mirada del Otro es desencadenante del pasaje al acto en tanto pone en juego la ley que la rechaza de la escena, que la impulsa a dejarse caer identificada con el objeto «a».

Por esta razón es que podemos proponer como paradigma del pasaje al acto el suicidio melancólico. En la melancolía se trata de maltratar y atravesar la propia imagen para alcanzar el objeto velado por ella. Si ocurre tan seguido en o a través de una ventana no es azaroso, es el recurso a una estructura que no es sino la del fantasma. Podemos definir la estructura del pasaje al acto melancólico como una identificación al mal, al *kakon*, al objeto malo. Pero no es igual eliminar el *kakon* agrediendo la imagen del otro que hacerlo atravesando la propia imagen, además de tratarse de un acto que excluye al sujeto, como todo pasaje al acto, consiste en una realización que disuelve la formación narcisista del yo.

En la melancolía la culpa está a cargo del sujeto, en la paranoia en cambio aparece identificada en el otro, no obstante, la disyuntiva que se plantea en cuanto a la vida o la muerte es la misma: el yo o el otro. En ambos casos el pasaje al acto apunta a la eliminación del objeto malo o *kakon* como modo de resolución del goce insoportable que invade el cuerpo. Mas en la melancolía ese goce se localiza en sí mismo, dado que ocurrió una identificación del sujeto con ese objeto, en la paranoia se encuentra en el otro, se identificó ese goce en el lugar del otro. Recordemos que la angustia apunta a lo real, pero sin recurrir al significante, es un modo no significativo de abordar lo real. Para indicar esto es que Lacan inventa el término objeto «a». La estructura fundamental de todo pasaje al acto se resume en un fantasma suicida, pues en el intento suicida existe un no querer decir, y lo que se rechaza decir pasa al acto; el suicidio es un rechazo de saber y una puesta del lado del Otro.

Podemos plantear que el sujeto identificado al objeto «a» ya no es representado por un significante ante otro significante y por eso queda expulsado del lugar del Otro.

Pero el suicidio no es la modalidad exclusiva del pasaje al acto, podemos verlo asimismo en la salida de la escena que puede ser la interrupción de un psicoanálisis. La ruptura del vínculo analítico puede ser un pasaje al acto que lleve de la escena analítica a lo real del mundo, quizá otra forma del pasaje al acto sea la fuga, siendo esta un paso de la

escena al mundo.

En «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia», Freud (1915, p. 159) al hablar de esto plantea que puede ocurrir «un total cambio de vía de la escena, como un juego dramático que fuera desbaratado por una realidad que irrumpe súbitamente»; sorprende la semejanza entre esta caracterización del brutal cambio de escena y la del pasaje al acto tal como lo describe Lacan. Esto es algo que no se presta a la interpretación del sentido del trabajo sobre las ocurrencias, tiene la consistencia del objeto, no la del significante, por eso es posible de ser leído como pasaje al acto, pero también como *acting-out*, y estos debates sobre Dora y la joven homosexual en relación a la posición de Freud continúan hoy día.

Este amor que embaraza al analista alerta sobre un pasaje al acto cuando la ruptura del vínculo analítico deja al analista en el lugar del sujeto dividido interrogándose sobre su falta, y a su vez nos permite esclarecer la posición perversa de un sujeto, sea cual sea su estructura. Relacionando los términos de *escena* y *mundo* vemos que el pasaje al acto es una salida impulsiva de la escena al mundo, se trata de la caída desde la escena a lo real del mundo, por eso la vía del pasaje al acto es el sujeto identificado con el objeto «a» cayéndose del Otro, excluyéndose, es el sujeto con el objeto fuera de la escena (Muñoz, 2009, p. 149).

De esta forma el pasaje al acto es una ruptura de la continuidad, no solo en la conducta sino también en la subjetividad; es un cambio en la temporalidad del sujeto, algo del orden de una urgencia que sobreviene, se impone y precipita como acción. Así el pasaje al acto es el corte que lo real introduce en la continuidad de lo simbólico-imaginario. Entonces se tratará del hecho que un sujeto pueda dar cuenta de esos puntos de quiebre o ruptura sin atribuirlos a una fuerza incoercible, responsabilizándose por sus efectos.

Podemos decir que la vectorización angustia → pasaje al acto imprime una orientación y una redefinición del aspecto resolutivo del pasaje al acto. Esta función resolutiva debe diferenciarse del concepto de suplencia; a veces el pasaje al acto opera como detenimiento, como estabilización. La suplencia, como la concibe Lacan, puede ser una metáfora delirante, cuyo ejemplo es Daniel Paul Schreber, o la construcción de un ego, cuyo ejemplo es James Joyce, pero la suplencia es duradera, permanente y restitutiva, el pasaje al acto es un instante, un corte impuesto sobre una continuidad, en ese sentido no es suplencia (Allouch, 1995, p. 155), por más que puede ser resolutivo (como aparece en el caso Aimée) y habilitar el trabajo subjetivo que implica responsabilizarse por sus efectos.

4.8.3 Sobre el *enactment*

Pasemos a hablar del *enactment*, noción más reciente en la literatura analítica que trata de la relación entre analista y analizante, lo que nos lleva al plano transferencial e incluso para algunos a lo contratransferencial. Muchos han encontrado en el *agieren* freudiano un

antecedente de la misma, pero la cuestión del origen permanece oscura.

Para Luis C. Figueiredo (2003, p. 32) el *enactment* podría pensarse como la presentación actuada de las partes disociadas de la transferencia, sin olvidar la relación entre estas escenificaciones de las partes disociadas y los procesos de identificación proyectiva. Entonces podemos decir que lo que está en juego en esta definición es como jugará en el análisis lo que la efectuación de la transferencia lleve a actuar, a ambos actores (y nunca tan bien dicho) de dicho proceso.

Es por esta razón que diferentes autores han visto en el *enactment* un proceso de tipo evacuativo, otros una provocación, incluso un juego. Uno de los primeros en notar esta característica de la relación transferencial fue Sandor Ferenczi (1984, p. 114) quien plantea «también es ventajoso suscitar un material activo importante, que luego puede ser transformado en rememoración». Aquí podemos volver al material clínico aportado por Flora Singer (2011, p. 74), material que nos hace pensar en la caracterización que hace Figueiredo (2003, p. 149) entre un polo de dolor esquizoide y un polo de dolor narcisista, en lo que a ambas analizantes refiere, pero sobre todo para pensar la dificultad que implica, frente a lo disociado que el analizante propone, no responder con una contra-actuación.

La propuesta de Ferenczi apunta a la dimensión lúdica del encuentro transferencial y cómo ese juego puede habilitar de otra forma lo evacuativo o lo provocador, en tanto el *enactment* pueda tomar su otra dimensión, la de promulgación. Podemos decir que el término *enactment* posee en inglés dos sentidos o campos semánticos bien delimitados: uno remite a una puesta en escena, el otro a la promulgación de una ley.

Esta doble valencia del *enactment* nos lleva a los planteos de Silvia Amigo sobre lo que ella denomina *sujetos en los bordes*, en donde la autora plantea una falla en el segundo movimiento de la represión, el de la prescripción deseante, movimiento lógicamente posterior al de la proscripción del goce del Otro. El conflicto de estos sujetos, que se traduce en la dificultad transferencial que plantean, podría ser abordada desde la advertencia de que la búsqueda de las actuaciones del analista, concebidas como una efectuación de la contratransferencia, deberían ser rearticuladas a partir de posicionarse en una postura habilitante, para lo que el humor como espacio creador será fundamental.

Esta dimensión significativa del término *enactment* grafica claramente que, incluso en las ocasiones donde lo más pulsional parece manifestarse en la dimensión de la escena transferencial, el valor de la promulgación, y por qué no, de cierta legalidad está jugando en las posibilidades de trabajar con estos sujetos. Si como más arriba habíamos sostenido, que lo disociado (lo escindido diría) y lo proyectivo estaban en los orígenes psíquicos de los estados límite (Green, 1990, p. 127), el hecho que *enactment* también remita al establecimiento de cierto campo legal debería en un punto regular los intercambios y ordenar los diferentes vectores que se desplieguen en el mismo, permitiendo el paso de lo

que sería una imposición evacuativa, a un campo donde pueda ponerse a jugar lo lúdico como nueva forma de regulación.

5. ANÁLISIS

5.1. De la metodología

La muestra seleccionada para esta investigación consistió en diez entrevistas efectuadas a psicoterapeutas que trabajan en los servicios de la Facultad de Psicología y que realizan su tarea dentro de la propuesta metodológica del psicoanálisis.

Los diálogos mantenidos con estos psicoterapeutas fueron entrevistas semidirigidas donde diversos *ejes conversacionales* se plantearon y a partir de ellos se desplegaron diferentes categorías de análisis. Tenían como objetivo ser el estímulo que originase una respuesta específica a la pregunta planteada, a la vez que operaban como impulso para que las asociaciones de los entrevistados ofreciesen aspectos novedosos, sorprendentes o inesperados.

Las entrevistas fueron grabadas y posteriormente desgrabadas, manteniendo todos los recaudos éticos que la investigación con seres humanos requiere, como contempla la ley N.º 18.331 del 11/08/2008.

Volviendo a los ejes conversacionales planteados, estos atendían a las preguntas que guían esta investigación, y que aparecen en la introducción de esta tesis. La pregunta que abría la entrevista se dirigía a saber qué lugar ocupaban las actuaciones en la actualidad dentro de las consultas realizadas en la cotidianidad de su tarea como psicoterapeutas de un servicio de atención psicológica.

Seguidamente la indagación aludía a saber si algún campo de trabajo (familiar, laboral, educativo) destacaba o mostraba una pregnancia mayor de estos fenómenos, y si habían elaborado alguna hipótesis que permitiese pensar de qué forma explicarlo.

Luego, la interrogación apuntaba a discutir la afirmación que ubicaba al desfallecimiento de la función paterna como causa de la aparición de estos fenómenos. Llegados aquí los ejes conversacionales dejaban el campo más teórico y se dirigían a la tarea clínica, en tanto la pregunta apuntaba a saber si alguna de estas actuaciones había interrumpido algún o algunos tratamientos. Buscaba indagar si habían existido tratamientos que hubiesen podido continuar a pesar de la ocurrencia de alguna de estas actuaciones. Y finalmente la búsqueda intentaba saber si estas actuaciones habían ocurrido desde sus lugares de analistas y qué podían referir en tal caso.

5.2. Análisis de las entrevistas

5.2.1 Del aumento de las actuaciones en las consultas de los usuarios

Comencemos entonces por el primer eje conversacional. Las entrevistas mantenidas con los terapeutas, de los servicios mencionados, son casi unánimemente contestes en reconocer un aumento de las consultas en las cuales la modalidad transferencial refiere un tipo de usuario donde las actuaciones ocupan un lugar destacado. Este dato está en consonancia con el lugar que en la actualidad ocupan las publicaciones sobre las nuevas presentaciones clínicas de los consultantes (Fernández et al., 1996; Rassial, 2001; Jo y Almao, 2006). Uno de los entrevistados manifiesta:

Yo en lo personal lo veo como una constante (Entrevista 1, del 08/04/2014).

Otro, interrogado sobre la frecuencia de la aparición de las actuaciones en la transferencia planteaba:

Bueno, pienso que sí, lo pienso desde mi clínica privada y lo pienso desde el lugar de acá, de un servicio universitario, el SAPP. Pienso que la demanda, actualmente hay muchos cuadros; que no necesariamente son los mismos, pero hay en una diferente gama de presentaciones clínicas, sean patologías en sí, sean formaciones mixtas, etc.; que dan cuenta de las actuaciones como problemas *princeps*, en la actualidad, en nuestra cultura actual y como motivos de consulta. A veces, se plantean sin saber que son actuaciones (Entrevista 5, del 19/08/2014).

De esta forma si bien el motivo de consulta puede variar y apuntar a diversos campos, la presencia de las actuaciones ha llegado a tener un lugar francamente más evidente en los últimos tiempos. Dichos interlocutores reconocen que la mayoría de las veces esta forma de respuesta no es lo que acerca a los consultantes a los servicios, pero sí que su presentación, a la manera de las actuaciones, es un momento del trabajo que pocas veces puede soslayarse.

Reconocen que dentro de las diversas áreas convocadas en el trabajo psicoterapéutico la mayoría se ven afectadas por los *acting out* y los pasajes al acto, tanto en consultas por dificultades en el aprendizaje, por dificultades a nivel laboral, así como en consultas familiares o de pareja. Un lugar destacado parece guardarlo el trabajo con niños, donde las dificultades se ubican tanto a nivel de los menores como de los responsables de los mismos. Un entrevistado decía:

Sí, es más presente. Como yo trabajo con niños y adolescentes, bueno, es motivo de consulta,

que por más que vienen diagnosticados por hiperactividad y no siempre es así, pero está el tema de la impulsividad, que sí se ve (Entrevista 8, del 25/09/2014).

De esta forma, diversos campos de trabajo comienzan a desplegarse.

5.2.2 De los ámbitos de atención psicológica abordados

El siguiente eje conversacional planteado indagaba en torno a la cuestión de si existía algún área específica del trabajo que destacase sobre las otras en relación a este aumento de las actuaciones en la transferencia, tanto en tratamientos en curso o como motivo que acercase a los usuarios a los servicios para plantear su malestar. Los campos laboral, educativo y familiar aparecen recurrentemente en los testimonios. Evidentemente estos campos aparecen interpenetrados por lo que es difícil encontrar respuestas que puedan pensarse únicamente desde uno solo de los territorios delimitados. Por ejemplo en relación al campo educativo un entrevistado decía:

Sí, los *ni ni*. Es la manera de zafar, una de las maneras. Entonces, para mí en lo educativo, sin duda; lo laboral también, toda la cuestión está tan de moda de *burn out* y algo es. También, tenés que mostrar que en una forma rendís, que sos exitoso, o sea que ahí también, nosotros tenemos consultas tanto, lo que estoy hablando lo pienso también desde la clínica, tenemos consultas de niños con este problema, básicamente, la hiperactividad, las dificultades de aprendizaje, la mala conducta, todo; también la actuación de la agresividad, de los impulsos que hacen a..., esto lo estamos viendo en la sociedad, antes una directora tenía una palabra valorada. En este momento, el niño es más relevante en su opinión que lo que puede plantear un maestro, un director y el padre se adjudica la función de pum, pegar a un director o a un maestro, de actuar (Entrevista 5, del 19/08/2014).

Como se ve condensadamente en este párrafo la dimensión educativa, laboral y familiar aparece en el discurso. Otro testimonio en relación al campo educativo apuntaba más a la dimensión pulsional e impulsiva en juego:

Y bueno, a mí me parece que a nivel educativo los niños, por excelencia, siguen manifestando esto, a nivel educativo. Después, yo creo que los aspectos de la compulsión a la repetición, me parece que toman del sujeto los aspectos afectivos más íntimos, estamos hablando de una pulsión en bruto que bueno, que por ahí se manifiesta en sus objetos más inmediatos, quiero decir... (Entrevista 10, del 13/10/2014).

El campo de lo laboral también aparecía afectado. Un entrevistado declaraba:

Bueno, claro, por la experiencia mía y por el tipo de pacientes que veo..., yo viste que lo he referido más a lo familiar, pero en algunas circunstancias, en lo laboral también se da. Alguna situación que ahora en este momento recuerdo de renuncia a un trabajo, y venir a la otra

sesión y renunció al trabajo y no tiene trabajo (Entrevista 2, del 22/04/2014).

Y rápidamente la dimensión de la ley y la legalidad aparecen en esta narrativa, como se ve en el siguiente testimonio, donde la reflexión clínica aparece apoyada en eventos de la cotidianidad:

Más de una vez lo he pensado, porque muchas de las situaciones que se dan, justamente, es que, al no haber una ley clara y establecida, cada uno puede interpretar cuál es su ley y entra a jugar la ley del deseo, más que la ley del padre o lo que podríamos llamar la ley cultural de convenciones establecidas. Pienso que podría ir por ahí, en parte o, por lo menos, es lo que se ha planteado desde el punto de vista teórico. Ahora, no sé si ya no desbordó también a esa posición teórica la situación actual. Digo, me preocupa bastante porque, por ejemplo, tú ves, a veces, determinadas situaciones que se dan, ¿qué lo llevó al capitán este de Malasia a dejar el timón, a desviar la ruta, todo se puede? El otro, también, el del crucero, uno, te digo capitanes porque yo lo pensaba desde el lugar del padre, desde el lugar del que tiene la responsabilidad sobre otro, es como que desconocen que tienen la responsabilidad, desconocen que, es como que disfrutan ese momento, esa situación sin pensar, no sé si por un exceso de responsabilidad de muchos años, que se diluye y uno termina por no darse cuenta de qué es responsable, lo mismo pasa cuando un taximetrista se apresura y está llevando pasajeros y, de repente, choca, o lo mismo pasa cuando un conductor de ómnibus, he visto una vez subir no sé si la novia o quién es y sentarse en la falda del conductor y el conductor manejar o andar hablando y mirar para atrás. Y tienen la responsabilidad de los pasajeros y eso como que se desvirtúa, a veces, pienso si es tanta la intensidad de todo lo que hay que atender, especialmente, en el plano laboral, que empieza a ver errores o lapsus, porque no lo pueden tener presente todo, desborda (Entrevista 2, del 22/04/2014).

Será en el apartado sobre las hipótesis de base que permiten pensar estos fenómenos clínicos donde nos detendremos con mayor detenimiento para desplegar estas ideas.

Otro de los territorios clínicos es el de lo familiar y fue, sin duda, donde la mayoría de los entrevistados ubicó el fenómeno de las actuaciones como expresión de un conflicto que busca su resolución:

Lo que yo he visto son dos cosas, una, motivos de consulta porque han tomado decisiones que luego no han sabido cómo sostenerlas o cómo seguir adelante con ellas. Esas decisiones muchas veces se refieren a relaciones de pareja, a discusiones familiares con solicitud de que se vayan de la casa, si los hijos son mayores, o no entenderse, más bien son situaciones de discusión que llevan a desarmar determinadas estructuras familiares, que generalmente, son o de pareja o con hijos (Entrevista 2, del 22/04/2014).

El espacio familiar parece ser el gran organizador donde la estructuración psíquica comienza a desplegarse y desde el cual, más tarde, esta problemática comenzará a permear otras áreas, como se ve en el relato de un entrevistado quien ante la pregunta si

ubicaba un campo particular que destacase en relación a este tema decía aportando matices:

Yo no sé si específicamente lo hay, porque creo que, en este momento, a nivel educativo pasa, a nivel familiar también, porque hay como algo que circula de violencia, de cosas que, en realidad, atraviesan todos los componentes, las áreas, los vínculos de relacionamiento de las personas. Yo creo que en el ámbito familiar, te diría que lo veo bastante, yo no sé si es tanto lo educativo, al menos, desde la consulta que a mí me llega (Entrevista 4, del 16/06/2014).

Quizá el campo de lo familiar y su forma de estructurarse es el lugar donde las hipótesis de base se muestren con mayor claridad y propongan un modelo explicativo para estos eventos. Tratemos entonces a continuación de entender cuáles son los supuestos básicos que sostienen el trabajo cotidiano de los analistas.

5.2.3 De las hipótesis utilizadas por los analistas

Uno de los ejes conversacionales tratados apuntaba a conocer las hipótesis que los terapeutas de estos servicios universitarios manejaban para explicar este fenómeno. De las entrevistas se desprende que la teoría que propone el desfallecimiento de la función paterna era conocida y manejada por una amplia mayoría, como se lee aquí:

Sí... Yo creo que me sumo a esa teoría, lo que pasa que... sí desfalleciendo, cuando no directamente omisa. Yo quiero creer que está desfalleciendo porque todavía deja otro margen (Entrevista 9, del 03/10/2014).

Y también aquí:

Sí, la declinación de la función paterna no como la función paterna en sentido estricto sino como andamios organizadores del psiquismo, yo siempre digo que a mí lo que me parece para pensar la clínica, hoy en día, de una manera central, es el clivaje, la disociación (Entrevista 10, del 13/10/2014).

Como se ve, aquí ya aparece un matiz, que se presenta más desarrollado en la siguiente cita:

La función paterna siempre falló, es fallida, si no, sería un padre absoluto, completo, que es justamente a lo que no se llega y esa es la falla. No es que la falla sea que no se llega sino, quizás, la falla es pretender que se llegue a eso porque siempre es fallido. El tema es que, actualmente, estamos asistiendo a cambios en las organizaciones o desorganizaciones familiares, si miramos esos parámetros anteriores, en donde quizá el representante masculino de la función paterna —que no la tiene por qué ejercer el representante masculino, el genitor masculino— está ausente, o un sustituto está ausente; quizá no está y hay otro tipo de

organizaciones. O quizá estamos asistiendo a cambios en estas funciones, que pueden ser ejercidas por uno, por el otro o por el tercero.

Yo lo que estoy viendo, no lo veo por el lado de la falla en la función paterna o en el padre, ya te digo, siempre hubo fallas. El tema, para mí, es como el desmantelamiento del sostén a nivel de la crianza de la nueva generación. O sea, los adultos estamos, nuestra función es criar, sostener, contener a las generaciones nuevas y muchos adultos no lo están pudiendo hacer porque hay un desmantelamiento psíquico, porque a nivel socio-económico-familiar están pasando cosas, por ejemplo, estamos teniendo familias con mamás que no se pueden hacer cargo de sus hijos, pero no se pueden hacer cargo en serio, o sea, no los pueden alimentar, pero no porque no tengan dinero sino porque no pueden hacerle la comida, darles de comer, asumir la función de criar a la generación siguiente, que es para lo que tenemos hijos o... bueno, quizá, tampoco, si ese hijo no es tuyo, nosotros tenemos que proteger y criar a la generación siguiente, así como nos criaron y nos protegieron a nosotros. Más bien, es de la humanidad, capaz que estoy demasiado mística en este momento. Y no se están pudiendo cumplir (Entrevista 7, del 11/09/2014).

Así vemos que otros elementos también aparecieron como posible explicación. Una interesante hipótesis apunta a tener en cuenta lo que refiere al deseo materno, en tanto este puede aparecer como ausente o depreciado, tal como se expresa en el siguiente aporte:

Vos sabés que yo me he encontrado con otra cosa, hay algo, a ver, mi posición sobre el desfallecimiento de la función paterna, uno la puede rastrear clínicamente, en la actualidad existe, pero históricamente me parece que hace al surgimiento del psicoanálisis mismo. O sea, desde allá, cuando Freud empieza con sus primeros trabajos, lo que queda claro en los primeros casos clínicos que él presenta y quizás diríamos desde nuestra perspectiva de vida, ingenuamente, por ejemplo, Ana O. en Breuer, Dora en Freud, lo que despeja Freud, según mi lectura, como la posición histórica propiamente tal, es un intento de reparación, a mi entender, del desfallecimiento de la función paterna. Primero, por el amor al padre, por el intento de ocupar el lugar del padre, por el intento de reparar la falla del padre, que bueno, por ejemplo, en Dora es clarísimo en el punto donde llega a tomar como rasgo identificador lo que es amar oralmente como ama el padre. O sea, lee esa impotencia sexual en un padre amado y ella, justamente, con sus recursos intenta, (y ahí hay un *acting* también, cuando empieza análisis), intenta poner en juego esa reparación del padre. O sea, si uno se despeja la definición que plantea de histeria el psicoanálisis es muy distinta a las definiciones que había antes de la histeria y apuntan, justamente, a tratar de hacer algo con ese desfallecimiento paterno.

Si bien eso existe, está presente, me parece que hay otra cosa, que no soy original en eso, hay varios que lo testimonian, que tiene que ver con una suerte de desfallecimiento del deseo materno. Ahí es como que me parece que hay algo que golpear fuerte en la clínica contemporánea, donde la falla, a veces, está a nivel de lo que es la dimensión de la demanda de existencia; la demanda donde la existencia que se le supone, debe dar la función del deseo materno. O sea, que estoy mezclando dos cosas ahí, que no es un deseo materno solo, sino función paterna (Entrevista 3, del 19/05/2014).

Esta hipótesis parece corresponderse con el planteo de Silvia Amigo (1999) de entender

la operatividad de la represión como mecanismo constitutivo del aparato psíquico a partir del establecimiento de dos tiempos: un primer tiempo de prohibición, un segundo momento de prescripción o de habilitación.

En el planteo de Silvia Amigo era este segundo momento, el de la promoción o instauración de lo deseable, el que sufría por su debilidad o ausencia.

Esta idea del desfallecimiento del deseo materno y su consecuente impacto tanto en la formación del Yo ideal como del ideal del Yo apareció en otras respuestas. Por ejemplo, algunos entrevistados reconocían un aumento de los mecanismos de clivaje y disociación, como ya vimos, otros planteaban ataques al dispositivo de trabajo como forma de cuestionar su validez y legalidad, por último, algunos apuntaban a nuevas formas de organización familiar.

Podemos afirmar que la totalidad de los entrevistados reconoce que las formas de organización familiar están permanentemente rediseñándose y en la actualidad diversos factores a nivel socio-cultural están incidiendo en dicha organización. Si bien la vulnerabilidad socio-económica es un factor a no descuidar en cualquier investigación con seres humanos, todos los entrevistados coinciden en señalar que el fenómeno de las actuaciones en la transferencia atraviesa todos los estratos sociales, por más que en los servicios universitarios de atención psicológica los niveles de mayor poder adquisitivo están débilmente presentes.

Ahora bien, el hecho de que muchos de los profesionales que trabajan en estos servicios también lo hacen en otros ámbitos de atención psicológica permite reconocer que dichos sectores son afectados de manera similar. Un hecho que algunos de los entrevistados destacan es la promoción de algunos valores o ideales. Es así que cierta promoción del actuar en detrimento de la reflexión o el pensar ha tomado un lugar central en el imaginario social, de esta manera cierta idea de debilidad o pusilanimidad se asocia con aquel que no actúa, en el sentido de «hacerse dueño de su propio destino». Claramente esta idea va acompañada de cierta sensación de exitismo para quien es capaz de pasar a la acción, sea cual sea el costo y el resultado; así aparecía en un testimonio:

Aparece creo que muy vinculado también porque estamos inmersos en una cultura, es una cultura que promueve el actuar, promueve, digo, porque lo promociona, lo promueve, por una cuestión también de exitismo, de esta cultura de la imagen del actuar, mostrar que las cuestiones, que tu vida vale y que estás presente mediante la actuación (Entrevista 5, del 19/08/2014).

La noción de éxito asociada al actuar inmediatamente nos remite al tipo de gratificación que un sujeto puede percibir como consecuencia de sus actos, y muchas veces esta excede el campo de lo consciente, en tanto reconocen padecer sus efectos sin poder adjudicarles

una explicación. Este hecho puede pensarse entonces a partir de lo adelantado en el capítulo sobre el goce.

5.2.4 Goce, dolor, escena

Como decíamos anteriormente, las actuaciones atraviesan los diferentes campos que pueden abordarse en la consulta psicológica, pero resulta evidente que para los entrevistados existe cierta modificación en lo referente al principio del placer, dado que las gratificaciones buscadas parecen ser menos mediatizadas por la palabra y afectar a los cuerpos, en lo que algunos no dudaron en llamar *escenas de goce*. La idea de escena, central para el psicoanálisis aparece entonces como categoría a desarrollar.

El psicoanálisis tempranamente tomó la referencia del teatro, y específicamente de la tragedia, como campo donde nutrirse; si dudamos de ello, solo debemos dirigirnos a la idea de *kátharsis* tal como la plantean Breuer y Freud en sus *Estudios sobre la histeria*. Pero dejemos por un momento la *kátharsis* y vayamos hasta «La interpretación de los sueños». En ese texto Freud, tomando los planteos de G. T. Fechner, proponía «la conjetura de que el escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia» (Freud, 1900a, p. 529), es desde allí que este autor comenzará a plantearse la noción de una vida anímica organizada en diferentes localidades, y a su vez comenzará a plantearse hipótesis sobre la organización y tránsito, *comercio* dirá él, entre estos diferentes lugares.

Freud propone un aparato que estará regulado por diversas leyes o principios, dicha legalidad deberá ser respetada y mantenida, lo que evidentemente tendrá un costo. O, si se prefiere, un gasto, en tanto este aparato requiere de energía que lo alimente. Ahora bien, si los principios o leyes de dicho aparato eran excedidos o violentados, el precio a pagar era el malestar, el sufrimiento, el dolor.

El dolor fue y es, sin dudas, una de las preocupaciones del psicoanálisis desde sus orígenes y esto continúa hasta el presente. En su trabajo con las histéricas (aquellas histéricas que Lacan en su seminario evocaba, parafraseando a François Villon) Freud tuvo como horizonte terapéutico el tratamiento que esas mujeres requerían para sus dolencias.

Propongamos, desde aquí, cuál es la noción de dolor con la que trabajaremos en el presente escrito y digamos, siguiendo la clásica conceptualización psicoanalítica, que entenderemos como dolor todos aquellos aflujos que por su intensidad perturban el principio del placer (Novas, 2014).

Como se recordará, dicho principio era uno de los dos que dirigían la actividad del psiquismo (el otro era el principio de realidad) y ambos tenían, con diferentes recursos, la tarea de evitarle al aparato psíquico cualquier situación generadora de displacer o malestar.

Dolor, displacer, malestar parecen ser diferentes formas que esta disciplina a lo largo de su historia ha encontrado para nombrar el sufrimiento, tanto a nivel psíquico como corporal.

No será excesivo convocar el concepto de pulsión tal como el psicoanálisis lo propone, en tanto esa idea es la que le permitió al creador del psicoanálisis dar cuenta de qué forma lo somático solicitaba un monto de trabajo a lo psíquico, y la pulsión era un concepto fronterizo entre lo anímico y lo corporal (Freud, 1915c, p. 117).

Es cierto que la palabra *trieb* comienza a aparecer con regularidad recién a partir de los «Tres ensayos de teoría sexual», pero la noción de montos energéticos excesivos, excitaciones endógenas ingobernables ya tenía larga data. Por ejemplo en «Proyecto de psicología», texto de 1895, nos dice: «Las ocasiones del dolor son, por una parte, un acrecentamiento cuantitativo; toda excitación sensible, aún de los órganos sensoriales superiores, se inclina al dolor con el aumento del estímulo. Esto se comprende, sin más, como fracaso [del dispositivo]» (Freud, 1950a, p. 351).

Este modelo, el de una cantidad de energía que debe ser tramitada, se mantendrá en las dos teorías sobre la angustia que el psicoanálisis propondrá, aunque es cierto que a esas dos teorías psicoanalíticas le antecede una concepción puramente energética y por ello no analítica sobre la angustia. Pero a partir del hecho que Freud encuentra situaciones donde el ejercicio del erotismo no es la causa de la angustia, comienza a utilizar su hipótesis de la represión como explicación para el fenómeno de angustia. Dicha represión consistía en enviar el componente representacional de la pulsión al inconsciente, separándolo del monto de energía o *quantum* de afecto al que estaba asociado, de esa forma la representación inconciliable con lo que la conciencia admite era reprimida y el afecto podía tener a su vez tres destinos: era sofocado por completo (aquí Freud no explicaba como una cantidad de energía desaparecía sin dejar rastro lo que contradecía lo que él mismo sabía sobre física), o salía a luz como un afecto «coloreado cualitativamente de algún modo», lo que entendemos como que ese afecto se asociaría a otra representación menos molesta para la conciencia, o tercer destino, mudaba en angustia (Freud, 1915d, p. 148).

Estas ideas, vertidas en un texto de 1915, hacía tiempo que acompañaban a Freud. Por ejemplo, en *Estudios sobre la histeria* ya Freud había utilizado la noción de *kátharsis* para hablar de la abreacción de los afectos. *Abreagieren* (abreacción) es un concepto que implica que la reacción frente al estímulo sea adecuada y cuyo fin era poseer un efecto catártico.

Cuando el psicoanálisis estaba comenzando a formularse como método de investigación y como método terapéutico la *kátharsis* ya tenía una larga historia como concepto. *Κάθαρσις* (*kátharsis*) es un término esquivo que en Aristóteles encontramos en su definición de tragedia dada en su texto *El arte poética* (Aristóteles, 1948, p. 37) o en la *Política*, al hablar de las diversas utilidades de la música (Sánchez Palencia, 1996, p. 142). Podemos decir que se encuentran tres líneas de sentido en torno a este término: fisiológico, religioso y psíquico. El sentido religioso apuntaba a la expiación o purificación, el sentido fisiológico remitía al purgamiento o purgación, siendo el sentido psíquico análogo al sentido fisiológico

y si se quiere médico de la *kátharsis*, es decir, purgar las pasiones del alma. Quizá lo mejor aquí sea recordar la definición de tragedia que Aristóteles brinda al inicio de su tercera parte de *El arte poética*:

Es, pues, la tragedia imitación de una acción esforzada y completa, de cierta amplitud, en lenguaje sazonado, separada cada una de las especies en las distintas partes, actuando los personajes y no mediante relato, y que mediante compasión y temor lleva a cabo la *kátharsis* de tales afecciones (citado en Sánchez Palencia, 1996, p. 129).

Ese trabajo con las pasiones, que el teatro realiza, el psicoanálisis lo hará a través de la palabra. Pensando entonces en la relación entre psicoanálisis y teatro Christian Dunker propone en su libro *Estrutura e constituição da clínica psicanalítica*:

No hay ningún campo del arte que no haya contribuido a la reflexión psicoanalítica, pero en el caso del teatro, el enlace parece implicar la propia estructura del tratamiento. El analizante trae su narrativa: no solo la relata, la escenifica en la transferencia, muchas veces sin saber de eso. Para el analista, el problema es establecer el lugar en que es situado por esa narrativa, pero también desplazarse de ese lugar, transformando el sentido de la narrativa y, eventualmente, alterando el discurso en el cual se desarrolla. Además, *theatron* quiere decir «lugar de donde se ve», que replica un problema clínico central del tratamiento: *el lugar de donde se escucha*. Así, analista y analizante se involucran en una trama organizada en varios niveles por las posiciones de narrador-narratario, actor-personaje, y autor-destinatario. Son las diversas figuras del Otro de las cuales se sirve el analista. Así como Sófocles, Eurípides y Esquilo tuvieron que comprimir las extensas narrativas míticas, el analizante debe condensar el inagotable repertorio de remembranzas, recuerdos, acontecimientos, ilusiones y promesas que componen su vida. Él lo hace, cada vez, de acuerdo con el conflicto (*agon*) que lo domina, estableciendo sus *contracenantes*⁷ en lugares distintos, siempre sujeto a la reacción inesperada del coro, de la orquesta y del propio auditorio. El analizante también necesita luchar con problemas formales, del tipo «qué colocar en el *proscênio* (primer plano)», «o qué dejar para la *skênê* (escena)», y finalmente, con las apariciones de la otra escena (*andere shauplatz*) y los elementos que provienen de lo obscuro (literalmente lo que está fuera de escena). Así como los dramaturgos del siglo IV a. C., el tratamiento analítico divide el habla en segmentos discontinuos en el tiempo los actos, o sesiones, cuya estructura es también dialogal, pero comprendiendo cuatro lugares, y no tres personajes. Así como los actores y el auditorio griego, el analizante también espera un efecto que es el de la cura y el del redimensionamiento de su destino. (Dunker, 2011, p. 119).

El texto de Dunker claramente explicita el lugar de la escena dentro del trabajo analítico, escena que podemos relacionar con la noción de *fantasma*. Y fantasma es la forma en que

⁷ Mantuvimos el término en portugués. *Contracenante* refiere a quien en el escenario teatral sostiene la contraescena.

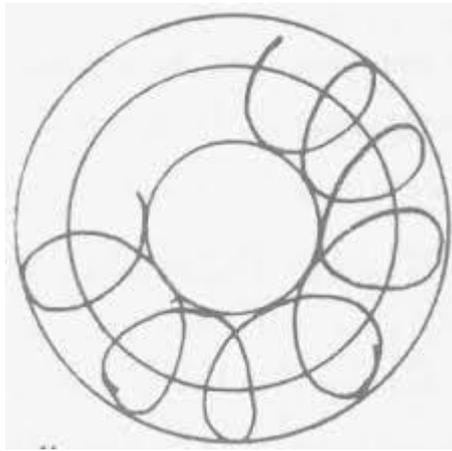
Jacques Lacan propone entender la fantasía inconsciente tal como Sigmund Freud la propone. En su décimo seminario, Lacan (2006, p. 85) dice que la estructura de la angustia no está lejos de la del fantasma, puesto que la estructura de la angustia está enmarcada, y quien está enmarcando es el fantasma. Propone la metáfora de un cuadro que se sitúa en el marco de una ventana, como en la obra de René Magritte. Precisamente ese cuadro, el fantasma en este caso, trata de velar lo que ocurre más allá de él. Cuando esa función no se cumple, aparece la angustia, como desborde de lo real no enmarcado por lo simbólico y lo imaginario. También en ese seminario establece un cuadro para pensar a la angustia como afecto que surge frente al encuentro con lo real, y en dicho cuadro propone dos vectores, uno asociado al movimiento, el otro a la dificultad. Justamente en ese cuadro es que encontramos ubicados, próximos a la angustia, el *acting out* y el pasaje al acto como posibles respuestas al desborde pulsional que desde lo real puede irrumpir (Novas, 2014).

Los psicoterapeutas entrevistados reconocen en estas respuestas asociadas al desborde pulsional lo que algunos llaman *variaciones en la subjetividad*, o *estallidos de subjetividad* como lo nombraron en este testimonio:

Y que ahí, las operaciones son más de clivaje, de disociación, de aspectos estallados de la subjetividad. Y yo creo que el acto tiene que ser leído desde ese ángulo (Entrevista 10 del 13/10/2014).

Aquí no podemos olvidar el recaudo que proponía Erik Porge (2009) sobre el hecho que el analista trabaja en una frontera, si bien la subjetividad de su época es el lienzo sobre el que se despliega el padecer de cada sujeto, no podemos subsumir cada caso en la generalidad de esta, a riesgo de ocultar lo que cada singularidad tiene para aportar.

Pero volviendo a lo brindado por los psicoterapeutas entrevistados, ellos reconocían un aumento del compromiso de lo corporal en las consultas como forma de vehiculizar esta tensión dolorosa. Entonces podemos detenernos en la manera que el objeto se va recortando desde su original indiferenciación con la Cosa, como un recorrido que surge a partir del recorte que la demanda produce sobre la satisfacción de la necesidad. Lacan, para graficar este movimiento apela a la figura topológica de dos dimensiones conocida como *toro*, la que *traducida* a un espacio tridimensional puede ser representada como la cámara que va dentro de un neumático, es decir, que es una figura que marca claramente dos espacios diferenciados, un espacio interno y un agujero central.



El vector espiralado que recorre el espacio interno y que se ve en la figura sería el recorrido pulsional que la demanda va realizando cada vez que se dirige al otro para ser satisfecha. De esa manera el objeto pulsional va recortándose y a su vez separándose del agujero central, lugar de la Cosa, perdida desde el origen.

Esta imagen debería permitirnos pensar de qué manera ese recorte pulsional del objeto está ocurriendo en la actualidad, a partir de la información surgida en las entrevistas sobre el aumento del compromiso corporal en las consultas.

Es así que los diferentes campos de la consulta psicológica se ven permeados por esta problemática: a nivel educativo, con el aumento de las consultas por trastornos asociados al déficit atencional o hiperactividad; a nivel de las consultas familiares y de pareja, por el aumento de la violencia doméstica, donde hay un claro predominio masculino, pero no una exclusividad de dicha violencia; a nivel laboral e incluso sanitario, por el consumo problemático de sustancias.

Lo que las consultas parecen estar mostrando es un recorrido pulsional más corto, menos mediatizado, con cierta urgencia por la obtención de la gratificación, lo que en las entrevistas con los psicoterapeutas apareció nombrado como *dificultades en la simbolización y la mentalización*, como manifestaba un entrevistado:

[...] descenso de los recursos psicosimbólicos y la tendencia a la inmediatez (Entrevista 7, del 11/09/2014).

O como lo que otro ilustraba hablando de

[...] representaciones-cosa que no llegan a la representación-palabra (Entrevista 10, del 13/10/2014).

Esta idea parece confirmar la hipótesis manejada en el proyecto de investigación sobre la peligrosidad de estas conductas de impulsividad, más aún cuando cierto imaginario las sanciona como deseables.

Varios de los entrevistados reconocían una primacía de lo imaginario sobre lo simbólico en este tipo de consultantes, lo que generaba vínculos de tipo dual, en donde el lugar de la terceridad o de lo simbólico parecía estar débilmente estatuido. Debemos volver aquí a la hipótesis que permitiría entender la causa de este fenómeno. Si bien algunos manejaban la idea de un cambio en las presentaciones de los consultantes, donde los estados límite o sujetos en los bordes habrían venido a ocupar el lugar de las presentaciones clásicas, es decir las psiconeurosis (histeria, neurosis obsesiva y fobias), otros hablaban de una predominancia de mecanismos de clivaje y disociación; la amplia mayoría, incluso entre los anteriormente aludidos, apuntaba a la manera en que el trabajo de metaforización del deseo del Otro ocurre.

La hipótesis del desfallecimiento de la función paterna es ampliamente conocida y manejada por los psicoterapeutas entrevistados, pero cierto es que con ciertos bemoles. De esa forma se reconocía que dicha función, necesaria para el trabajo de inscripción de una función tercera en el psiquismo del sujeto, siempre estuvo sometida a los avatares de cada época histórica y que debía pensarse conjugada con la función materna, función no menos necesaria a la hora de inscribir el deseo como una posibilidad diferente a la satisfacción de la mera necesidad, incluso de la demanda.

Las características de la vida cotidiana en la actualidad parecen ser el terreno propicio para estas dificultades en la inscripción del deseo como una posibilidad de diferenciación con el Otro. Aquí se aludía a la alta exigencia en el campo laboral, lo que lleva al hecho de las largas jornadas de trabajo, cuyo resultado es una presencia más difuminada de uno o ambos miembros de la pareja parental, fenómeno que repercute quizá con más vigor en aquellos hogares monoparentales; los llamados *niños-agenda* parecen ser un claro ejemplo de ello.

Esto parece ser un dato interesante en lo que refiere al pensar el lugar de la temporalidad en un análisis. Muchos de los entrevistados señalaron la necesidad de pensar el lugar del tiempo en el análisis, incluso a revisar el dispositivo en miras de tomar en cuenta esta dimensión del tratamiento. Tiempo y dinero, como objeto de intercambio y por ende de metaforización, aparecieron como vectores a repensar en estos dispositivos donde el tiempo puede aparecer acotado de antemano y donde la dimensión del pago, en tanto está diferida a un tercero, puede actuar como un obstáculo:

A ver, el tema es así, por ejemplo, lo voy a tratar de hacer un poquito sencillo en este sentido, como te dije, cosa que es cierta, que en las policlínicas se daba, no porque no se den en la clínica a nivel particular sino porque creo, y en eso se ve, quizás un poco a la vieja usanza, pero creo que la dimensión del pago, establece una otra dimensión que juega. Entonces, por eso te digo, no es que no aparezcan, pero como que hay algunas otras cositas por ahí. Entonces, me voy a referir, quizás, a la que tengo más al alcance de la mano y que a su vez

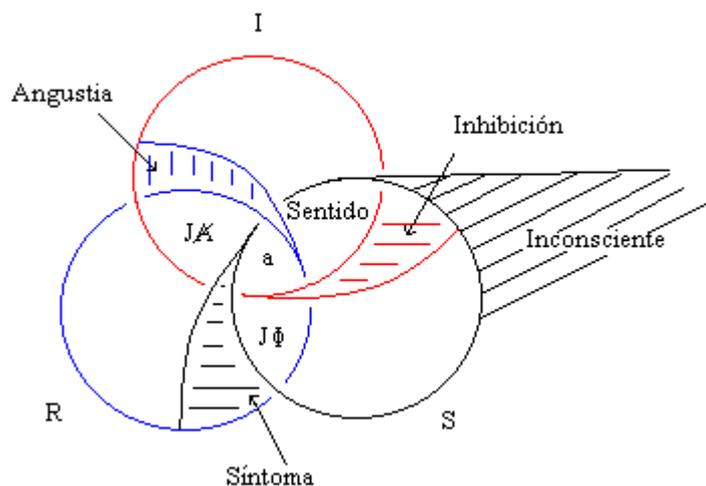
por lo que es la propia estructura, los propios dispositivos institucionales, tampoco ayudan a generar esas mediaciones. Y las monedas corrientes son las interrupciones. O sea, es más frecuente que se interrumpan los trabajos, es decir, el espacio, no sé cómo llamarle, porque claro, no está propuesto como un espacio psicoanalítico, no es que allí haya un psicoanálisis, pero bueno, sí es mi operador conceptual, mi marco de referencia, porque, en definitiva, por más que haya un tema de términos de trabajo, no es lo que para mí prima a la hora de escuchar (Entrevista 9, del 03/10/2014).

Esto escuchábamos en una de las entrevistas en relación a este punto.

La pregunta por el sentido apareció muchas veces en las entrevistas con los psicoterapeutas de los servicios elegidos para esta investigación, a veces a la manera de la aparición del sinsentido, como se ve en la siguiente cita:

Hay una cara, que podría ser una cosa y después, otra. No sé, yo cuando veía esto, por ejemplo, si el paciente realiza algo que tiene que ver quizá con, de alguna forma, un estilo más lacaniano decir una mostración, algo que es para mostrar a alguien, quizá para que se produzca un efecto o pasarlo a la palabra para que lo reconozcamos allí en el trabajo analítico en transferencia, o esto queda por fuera de eso, como que no, hay algo como quizá, capaz que es un disparate lo que estoy diciendo, pero es como algo, como un sinsentido, donde el sujeto queda como perdido, ya no lo dirige a nadie... y quedamos por fuera (Entrevista 7, del 11/09/2014).

Si recordamos la propuesta de Lacan de ubicar el sentido en la intersección de los campos de lo imaginario y lo simbólico, no es de extrañar que en la medida que el campo de lo simbólico pierda terreno frente al campo de lo imaginario, esto afecte a la dimensión de la producción de dicho sentido.



5.2.5 Las actuaciones en el encuentro clínico

Los *acting out* y los pasajes al acto permanentemente estuvieron presentes en las

respuestas de los entrevistados, y ya allí se veía como instalan una escena, tanto para establecer una mostración, como en el *acting out*, o como para hacer abandono de la misma, como en el pasaje al acto.

Primero debería decir que la diferencia entre *acting out* y pasaje al acto era de uso común entre todos los entrevistados, diferencia que para una amplia mayoría implicaba un valioso recurso teórico y técnico para afrontar la tarea clínica. En lo referente al *acting out*, las formas en que los entrevistados evocaron su presentación es tributaria del orden de la escena que un poco antes desarrollábamos. Espectáculo, mostración, escenificación fueron algunos de los términos elegidos. Otros fueron corte, emoción, evitación, incluso, donde el acento no parece estar puesto en la estructura montada para el mensaje dirigido al Otro, sino en el monto afectivo a tramitar en este tipo de conducta. Evidentemente este es un recorte de un fenómeno complejo, pero donde algunos parecen destacar más el aspecto representacional y otros el *quantum* de afecto, para retomar el planteo freudiano. Uno de los testimonios que quiero destacar es aquel donde se planteaba la posibilidad de pensar lo que hoy día se nombra *ataques de pánico* como una de las formas de presentación del *acting out* en tanto demanda de sentido dirigida a Otro:

Yo estoy tratando, rápidamente, de hilvanar en qué estoy pensando. Estaba pensando si los ataques de pánico eran actuaciones. Sí, porque creo que hay algo, pasa que está mucho más referido a la escena en el cuerpo, sin palabra, es decir, a mí, cuando vos me decís *actuaciones*, pienso inmediatamente muchas veces en impulsiones. Y como, por ejemplo, en la clínica actual, no solamente, a mí me llegan intentos y muchos pacientes, muchas mujeres y niños con los llamados ataques de pánico, se me ocurría que hay algo de cierta actuación, también, que podría pensarse (Entrevista 9, del 03/10/2014).

También es interesante el planteo que pensaba el *acting out* como una conducta al filo de la legalidad establecida, sobre todo la legalidad del dispositivo, la que se veía permanentemente cuestionada por los *ataques* a dicho dispositivo y que se entendía como una pregunta en torno a la validez del dispositivo, si no como un intento de establecer una nueva legalidad del mismo. Espectáculo, mostración, escenificación a su vez parecen corresponderse bien con lo que antes se nombraba como *predominio de lo imaginario* y donde los valores en juego estarían privilegiando un tratamiento de las imágenes donde los ideales en juego se conjugan entre la inmediatez y la búsqueda de los límites. A su vez, lo referente al componente afectivo aparece a la manera del desborde y del padecimiento. Esto último aparece en una de las entrevistas, cuando al hablar de aquellos fenómenos de agresividad que se veían en nuestra sociedad, aparece la distinción entre los que reciben un tratamiento y los que no:

Viste que, ahí está, lo que tenemos que distinguir es que quizá esta gente no está en un tratamiento tipo analítico, psicoterapéutico psicoanalítico y hay sujetos que se manejan con menos recursos de palabra y con más acciones, con el cuerpo y las agresiones, ese movimiento que tiene que ver con la emoción, pero que se pone en acto a través de la agresión (Entrevista 7, del 11/09/2014).

Dato que rápidamente muestra que el fenómeno ocurre más allá del espacio psicoterapéutico.

Esto llevó a que muchos de los entrevistados se preguntasen sobre la necesidad de pensar el campo psicopatológico. Algunos hablaron de formaciones mixtas, otros de un aumento del compromiso orgánico, otros más de un aumento de los trastornos de personalidad, como vemos en la siguiente cita:

Sí, lo primero que me aparece es, viste que uno enseguida empieza a pensar en la clínica, en los adolescentes me aparece algo, primero aparece la consulta en los padres, la preocupación por los padres, por ejemplo, cortes, apareció cortes. También, que me hace pensar en pacientes más *border*, con diagnósticos más *border*, y luego ellos a partir de preguntas, los pacientes, muchas veces me lo traen directamente en el discurso, relacionado a una posibilidad de no control, directamente, es algo inmanejable. Realmente, lo hacen sin poder mediar un pensamiento, una reflexión a partir de no hacerlo. Eso es lo que te digo que me aparece como inmediato.

Después, estoy pensando en la parte de, yo tengo muchos pacientes con trastornos orgánicos, eso, porque directamente es la parte que más me estoy dedicando ahora: pacientes oncológicos, pacientes con enfermedades autoinmunes y también se dan ciertas conductas de riesgo. Un paciente que, por ejemplo, tiene determinada patología orgánica que le genera que tiene que evitar ciertas situaciones de desprotección, se desprotegen a partir de una terapéutica donde hay toda una indicación médica de cuidado, de tratamiento, el paciente dice no toma la medicación, no va a la quimio, no hace, bueno, es como... Y entonces, vos empezás a investigar y aparecen no como una concientización de esta situación, sino que de algo que uno lo podría pensar de diferentes maneras, pero como que no va a pasar nada porque me arriesgue a esta situación, o sea, de no tomar o no estar en...

Y también, yo lo uno, te digo desde mi trabajo, generalmente son pacientes con algún trastorno a nivel de personalidad, o sea, yo lo que sí he observado en la clínica en relación al *acting*, que no cualquier paciente; es un paciente que ya vos lo pensás por dentro de una estructura, dentro de un armado más, donde hay una personalidad previa que lleva al... (Entrevista 6, del 08/09/2014).

No podemos olvidar aquí la recomendación de Ian Hacking sobre el tipo de clases interactivas, en tanto construyen categorizaciones que afectarán a los individuos comprendidos por ellas, y por ende el cuidado con que debemos manejarnos en la tarea de conceptualización, en tanto la dimensión del goce está también comprendida en esta tarea.

Si ahora pasamos a lo referente al pasaje al acto la manera de presentación referida por

los entrevistados mayoritariamente apuntó a los intentos de autoeliminación, fallidos y logrados, y a la dimensión del sinsentido, en tanto manifestación de un borramiento o desaparición del sujeto de la escena. Un testimonio planteaba:

[...] yo como que pasaje al acto lo veo más en el intento, en accidentes, no es lo más frecuente (Entrevista 8, del 25/09/2014).

Entendemos que en este punto la afirmación de Lacan, de que el único pasaje al acto logrado es el suicidio, jugó un papel determinante en tanto operó como paradigma de este fenómeno, así como el paradigma del *acting out* sería el duelo. Encontramos ciertos matices de la tajante afirmación de Lacan ya que algunos de los entrevistados entendían que los abandonos de los tratamientos tenían que ver con una puesta en juego del pasaje al acto en tanto salida de la escena establecida por el análisis, como grafica el siguiente recorte clínico:

Y esto me pasó, por ejemplo..., uno queda como sacudido con las cosas, este consultante, que todavía no estaba en un trabajo analítico porque ¿qué llevaba?, un mes, siete sesiones, desaparece. O sea, de un martes a un lunes, desaparece, pero me llama, por ejemplo, un familiar y me dice: quiero saber cuánto hace que fulano no va. Y yo, bueno, esto capaz que no me corresponde... y yo digo: bueno, en realidad, yo no le puedo responder esto porque el que está consultando es fulano.

¿Sabe lo que pasa, doctora?, (no saben la diferencia entre doctora y no doctora), es que yo soy la madre y él desapareció, desde el jueves que no sabemos nada de él y esto es una situación muy grave; muy respetuosa la persona, y ahí yo le dije: bueno, no, en realidad, vino, nunca faltó. Pero desapareció. Después, apareció, ahora, no apareció todavía en el consultorio a su tratamiento porque, está internado porque se lo encontró con un arma, porque claro, jugó de vuelta y se la jugó fuerte. Eso. Todavía no está en una transferencia analítica, ¿es un *acting out*? El tipo, a mí me llamó la atención este término, que desapareció y yo dije: me desapareció un paciente, no es que se haya ido e interrumpido sino que desapareció. Entonces, yo dije: esto es un pasaje al acto, es más fuerte, porque esto de desaparecer es la desaparición del sujeto, o sea, no... (Entrevista 7, del 11/09/2014).

Un dato interesante es el hecho que la noción de *enactment* solamente apareció en un par de oportunidades, siendo una noción poco conocida o quizá muy reciente, lo que podría estar explicando el hecho de su ausencia a la hora de pensar algunas de las situaciones clínicas planteadas. En la primera oportunidad su referencia aludía al conocimiento de la noción, en el segundo caso ya venía acompañada de una reflexión apoyada en los planteos de André Green:

Recuerdo mucho el tema del *enactment*, porque si bien no volví a encontrar el concepto así, lo que yo pienso, hay un libro muy bueno de Nasio, el último que cayó en mis manos, que es *Por qué repetimos siempre los mismos errores*. Entonces, él habla de una fantasía inconsciente

que se pone en acto en lugar de, justamente, tomar una, como la representación de cosa que no llega a representación palabra. Entonces, yo creo que el *enactment* tiene que ver con eso, por eso, yo creo que el acto lo tenemos que integrar más a la metapsicología, me parece que es bien lo que dice Green, que hay dos vías del psiquismo, una, va hacia la representación y la otra, va hacia la cosa, pero que las dos son sistemas isomórficos y que tenemos que pensar las dos por igual. Así que el acto es más que el acto, hay que recontextuarlo en una metapsicología, que es lo que yo creo que hace Green (Entrevista 10, del 13/10/2014).

Llegados a este punto debemos decir que los entrevistados reconocían en su práctica diversas oportunidades donde los tratamientos se interrumpieron, reconociendo que en ocasiones las características del fenómeno apuntaban a una salida de la escena, lo que permitiría pensar en un pasaje al acto, y en otras ocasiones a una mostración sobre el objeto de deseo en juego, es decir un *acting out*.

También es cierto que en diversas oportunidades los tratamientos pudieron continuar, o bien retomarse a pesar de estas actuaciones. Para que tal extremo efectivamente ocurriese la posición del analista, y los movimientos por él realizados, fue sin duda el lugar de la mayoría de los aportes sobre este punto. Claramente el goce puesto en juego en cada oportunidad fue material para la evocación y la reflexión.

Impulsividad, transgresión, sometimiento, toxicidad por sustancias, tanto en el consumo propio como de las figuras parentales, fueron algunas de las figuras evocadas para pensar los *acting out* y los pasajes al acto que comprometieron la posibilidad de continuar los tratamientos.

También, las figuras de los castigadores y del estrago, por exceso o por omisión, parecían graficar esta galería de la desproporción cuyo resultado era un retorno al padecimiento y al dolor.

5.2.6 De la posición del analista

Los psicoterapeutas entrevistados referían en este punto diferentes respuestas desde su lugar de analistas. El cuidado transferencial y especialmente la contratransferencia en juego aparecieron muchas veces en sus respuestas, incluso, en una ocasión a la manera de una somatización.

Sin lugar a dudas, la resistencia jugada desde la posición del analista fue motivo de reflexión a la hora de pensar estas expresiones, como vemos a continuación:

Pa... actuaciones. Lo que pasa que, a ver..., es difícil eso porque que yo, o sea, que tenga un registro en eso que vos decís una vez producido esto lo actué yo... a este momento, se me vienen más a la cabeza como una cuestión de cierto trabajo, de un análisis en curso de un paciente y haberme planteado estratégicamente, en la dirección de la cura, un acto. Y ahí sí, pero ahí es como estar más advertida, una movida fuerte. Ta, una movida fuerte a sabiendas

de qué, porque después uno no sabe si, o sea, de mi lado es un acto, pero no sé si del lado de quien lo va a interpretar, va a ser efectivamente un acto. Y es una movida fuerte. Y bueno, y sí. Y he tenido, a veces, consecuencias que se han inscripto como tal y otras veces, no. Y bueno, otras veces, me he pescado, supervisión mediante, ciertas cuestiones, pero del orden de la resistencia del analista, en el sentido, en ese orden, ¿decís vos? (Entrevista 9, del 03/10/2014).

Enfrentados a ello los psicoterapeutas reconocían su papel en dicho evento, con la dificultad clara de estar frente a un fenómeno de tipo inconsciente, razón por la cual sus propias actuaciones fueron motivo de poder ponderar y razonar qué estrategias estuvieron puestas en juego a la hora de sostener el trabajo, como se ve en el siguiente testimonio:

Claro. Ah, ¿vos decís durante sesión, en alguna intervención?, puede ser que me haya pasado, pero yo lo he notado, alguna vez, he notado alguna cosa, que he dicho: ay, esto me recuerda lo que pasó en la sesión y yo estoy haciendo esto ahora. Y, cuando me di cuenta, pude elaborarlo yo y después estar atenta en el tratamiento a la transferencia, hay temas en los que no me di cuenta, eso es inconsciente, evidente que uno no se da cuenta, quién sabe las veces que pasó y, porque es como que hacés un *insight*, estás actuando y decís, pero esto me evoca lo que hizo fulano o lo que comentó fulano que había hecho (Entrevista 2, del 22/04/2014).

Las actuaciones conmueven el espacio transferencial, y de esta forma fue que apareció el humor como posible respuesta frente a lo invasivo de un goce que debía ser acotado, como se ve en el siguiente testimonio:

En el tratamiento, curiosamente, este sujeto cambia y empieza a hacer un *acting* donde yo... un *acting* raro, porque llega todo transpirado, en invierno y le pregunto: fulano, ¿qué pasó, viniste corriendo? Tipo chiste, como chiste, y él me dice «no, no, yo, lo que pasa que me autoimpuse, para purificarme, caminar» (Entrevista 3, del 19/05/2014).

Precisamente, Freud (1927d, p. 161) dice que «el humor sería la contribución a lo cómico por la mediación del superyó». Caracteriza el humor y plantea que este tiene algo de liberador, pero no solo eso, también algo de grandioso y patético; lo grandioso lo deriva al componente narcisista en juego, lo patético referirá a ese componente pasional, ya que el humor no es resignado, es opositor, frente a la realidad adversa el humor intenta que tanto el yo como el principio del placer se impongan, aproximándose a veces a procesos regresivos o reaccionarios que encontramos en el padecer cotidiano. La lista que aporta Freud nos es conocida: neurosis, delirio, embriaguez, el abandono de sí, el éxtasis.

Volvemos así a la profunda imbricación que enlaza humor y malestar. Pero también hubo otras respuestas de forma de reenlazar la transferencia una vez que esta se vio conmovida por las actuaciones.

Varios de los entrevistados entendían que las actuaciones en tanto conmoción del

espacio de análisis precisaban un redimensionamiento del mismo, de sus condiciones de existencia, y en el cual, precisamente, la existencia del lugar del analista era puesta en cuestión.

Pensando en cómo posicionarse frente a esto, la necesidad de repensar el lugar del pago y de la frecuencia de atención se mostraron como una necesidad bastante acuciante. Tiempo y dinero aparecían como lugares cuyo valor necesariamente debería poder dimensionarse en cada caso de forma tal que su circulación responda a las condiciones de cada análisis, como ya vimos.

Por último, la necesidad del trabajo coordinado interdisciplinariamente con este tipo de consultantes se presentó como condición imprescindible, tal como aparece en la siguiente cita:

Entonces, es mucho más factible que estos pacientes sean pacientes, yo te diría así, mi apertura a trabajar con estos pacientes, si estos pacientes tienen cobertura psiquiátrica y trabajarlo interdisciplinariamente porque no creo que solamente cuando vos... no son pacientes. ¿Qué pasa?, si vos, un paciente no lográs llevarlo a un estado de estabilidad básica, no estás construyendo nada, estás trabajando en urgencia (Entrevista 6, del 08/09/2014).

Todos estos elementos nuevamente relanzan la reflexión sobre la transferencia y las dimensiones de la intervención en un análisis.

Un testimonio pareció particularmente pertinente para pensar cómo el espacio transferencial se conmueve:

Es que ahí es, ese es el punto crucial, porque me parece que estamos trabajando con lo real más duro del sujeto. Me parece que tornarlo figurable, de alguna manera, es un desafío y si no lo tornás figurable, bueno, se va, el paciente se va para otro lado (Entrevista 10, del 13/10/2014).

Esta idea de figurabilidad apareció como especialmente oportuna y para elaborarla trataremos de encontrar insumos en otras disciplinas. De la misma manera que el teatro aportó la dimensión de escena, ahora nos apoyaremos en la pintura y la fotografía.



La imagen de la litografía *Reptiles* de M. C. Escher podría ser vista como parte de la cotidianidad que vivió este artista, pero no exclusivamente, incluso podría ser la cotidianidad de cualquiera que disponga de un espacio de trabajo para desarrollar sus ideas: ahí vemos un tiesto pequeño con lo que parecen ser algunas cactáceas, a su lado un paquete de hojillas para liar tabaco, quizá; más a la derecha un vaso junto a un porrón, de ginebra seguramente. Inmediatamente hacia arriba vemos un manual de zoología, sobre el que se apoya una escuadra y que lleva a un dodecaedro de base pentagonal. A la izquierda de este aparece un recipiente que contiene un estuche de cigarrillos y una caja de fósforos. Por fuera de este *círculo* que rodea un cuaderno de trabajo aparece un libro abierto, de apariencia antigua, cuyas hojas tienen todo el aspecto de haber sido largamente recorridas. Como decía, todo bastante familiar, habitual, reconocible. Lo que es absolutamente sorprendente es que el diseño que muestra el cuaderno de trabajo, un mosaico formado por la iteración de un reptil en tres matices de oscuridad creciente, comienza a dejar la llaneza de las dos dimensiones de la hoja, para pasar a obtener volumen y comenzar un corto periplo por los elementos antes descritos, para retornar poco más tarde a su lugar en el plano.

Viendo esta imagen no pude dejar de pensar en la manera en que las intervenciones

durante un análisis pueden hacernos tomar una perspectiva diferente de un fenómeno; cómo el trabajo con la palabra, dimensión preponderante pero no excluyente en el psicoanálisis, puede en ocasiones operar en la forma que esta obra de Escher muestra de manera magistral.

Sin lugar a dudas, el espacio del que se trata es el espacio transferencial. Ha ocurrido a lo largo de la experiencia de trabajo que el tratamiento de determinado aspecto de la transferencia, el cual pudo haber aparecido en la palabra del analizante, pero también en su silencio, en su mirada, en definitiva, en los diferentes actos, operó como punto de inflexión de ese tratamiento, modificando absolutamente la manera en que el trabajo venía siendo experimentado y percibido. Por eso *Reptiles* aparece como la producción artística adecuada para graficar este punto, dado que es una producción donde el espacio cotidiano aparece conmovido por la aparición de una nueva dimensión que no era esperada: el plano de la hoja toma volumen. Pero no solo el espacio es conmovido, también algo de la temporalidad aparece en tanto la idea de recorrido, incluso de ciclo, es lo que la litografía muestra.

Apelar a los artistas es una postura clásica en el campo del psicoanálisis, casi una consigna, y ya Freud proponía que interrogásemos a los poetas, pero por ser clásica, no pierde actualidad.

Aquí se plantea la dificultad del estatuto sobre la científicidad del psicoanálisis, en el entendido que el arte como disciplina difiere de la ciencia en cuanto a sus condiciones de producción y a la forma de transmisión de sus resultados, pero como veremos más adelante, apelando a los aportes de Susan Sontag, quizá esa distancia no sea tan grande en la actualidad.

En un texto reciente, José Attal propone entender el psicoanálisis como un ejercicio próximo al arte. Sitúa al arte como el lugar privilegiado de producción de subjetividad (Attal, 2012, p. 101) tomando la propuesta de Pierre Félix Guattari como guía.

Para Guattari el psicoanálisis debería abreviar del arte como una metamodelización en tanto ningún modelo es dado de antemano (Attal, 2012, p. 102); leamos a Guattari:

Cada cura desarrolla una constelación de universos singulares, construye una escena, un teatro completamente particular, y la metamodelización consiste en forjar los instrumentos para aprehender esta diversidad, esta singularidad, esta heterogeneidad (Guattari, citado en Attal, 2012, p. 103).

Attal (2012, p. 87) entiende a la metamodelización como el lugar mismo de la experiencia. Para Guattari esta forma de trabajo, que implica la producción de alteridad, lo que será central, radica en desarrollar la tarea no como un programa, sino como un diagrama, en tanto el primero sí apunta a un modelo que dirigiría hacia un fin predeterminado, y el diagrama apunta a desarrollar la heterogeneidad de las posiciones. Así

Guattari entiende que se produce un nuevo paradigma estético que no apelará a nuestras coordenadas cotidianas de espacio y tiempo, propuesta que comparte con Lacan su interés en apelar a otras formas de conocimiento, sobre todo si recordamos su trabajo con la topología y sus frecuentes alusiones a la física cuántica.

Este nuevo paradigma estético produce un tipo de objeto que ya no importará mensurar o clasificar, objeto que Guattari llama «objeto parcial de la subjetividad individual» (Attal, 2012, p. 104).

El texto de Guattari que toma Attal para fundamentar su postura, que del arte deberemos inspirarnos para la tarea analítica, es una entrevista del año 1992 que le realizan al primero, pero la idea del arte como productor de subjetividad ya la encontramos en un escrito de Susan Sontag de 1965 llamado *Una cultura y la nueva sensibilidad*.

En ese trabajo Sontag plantea el debate abierto sobre la aparente distancia entre *dos culturas*, la artístico-literaria y la científica, planteando que esa discusión supone que la cultura artístico-literaria es una cultura general, aquella que Ortega y Gasset definió como «lo que un hombre conserva una vez ha olvidado cuanto leyera» (Ortega y Gasset en Sontag, 1996, p. 377) siendo la cultura científica una cultura de especialistas.

Sontag entiende que la dicotomía no está bien planteada y que la respuesta que por ese entonces se daba al problema proponía dos opciones: una imprecisa defensa de la función de las artes en los términos de un *humanismo*, aún más vago, o entender las artes como una especie de ayuda o apoyo para el desarrollo de la ciencia. Para Sontag (1996, p. 379) el error en el planteo radicaba en entender que la ciencia y la tecnología cambiaban en función de los adelantos y descubrimientos de la época, a diferencia de las artes, las que permanecerían estáticas satisfaciendo alguna función humana perenne y genérica. Pero para Sontag este estatismo de las artes no es tal e, incluso, ve varios puntos de encuentro entre el arte y la ciencia en la actualidad; uno de ellos es la mentalidad histórica de ambos campos.

Esta autora reconoce un punto de encuentro entre el aspecto acumulativo de la ciencia y la necesidad de la referencia a la historia, por lo menos la reciente, para las producciones artísticas: «El arte de hoy, con su insistencia en la frialdad, su rechazo de lo que considera sentimentalismo, su afán de exactitud, su sentido de la “búsqueda” y de los “problemas”, está más próximo al espíritu de la ciencia que al del arte en su sentido anticuado» (Sontag, 1996, p. 382). Por eso, para ella, tanto uno como la otra son, cada vez más, terreno de especialistas, en tanto exigen un trabajo y un entrenamiento de alta dedicación. Claramente podemos decir que para poder apropiarnos y utilizar el arte o la ciencia y la tecnología, cada uno de nosotros deberá practicar un trabajo de fuerte implicancia, lo que generará, según Sontag, la creación de un nuevo tipo de sensibilidad, sensibilidad nueva que parte de nuestras experiencias:

Esta nueva sensibilidad está arraigada, como es lógico, en *nuestra* experiencia, en experiencias que son nuevas en la historia de la humanidad; en la extrema movilidad social y física; en la exuberancia de la escena humana (individuos y comodidades materiales se multiplican a un ritmo vertiginoso); en el acceso a nuevas sensaciones, como la velocidad (velocidad física, como en el viaje por avión; velocidad de imágenes, como en el cine), y en la perspectiva pancultural de las artes, posible gracias a la reproducción en masa de objetos de arte (Sontag, 1996, p. 380).

De esta manera, el arte pasa a cumplir una función específica, dice Sontag, que es ser un instrumento para modificar nuestra conciencia y organizar nuevos modos de sensibilidad. Esta nueva sensibilidad ya puede apreciarse en el borramiento que se establece en los límites entre la *alta* y *baja* cultura, siendo la primera la que apela a objetos únicos y la *baja* aquella que produce objetos en forma masificada. Esa frontera ya no se sostiene para esta autora y si bien reconoce que la obra de arte reafirma su existencia como *objeto* (Sontag, 1996, p. 382), sea este único o múltiple, lo que sí caracteriza a la producción artística contemporánea es un rechazo de un contenido moral o informativo; esto no es una negación del papel de la evaluación moral, solo un cambio en el balance de lo que la producción artística aporta. Para Sontag entonces:

[...] las artes modelo de nuestra época son en realidad las que tienen mucho menos contenido, y un modo de enjuiciamiento moral mucho más frío —como la música, el cine, la danza, la arquitectura, la pintura, la escultura—. La práctica de estas artes —todas las cuales se dejan influir profusa, naturalmente y sin pudor por la ciencia y la tecnología— es el lugar geométrico de la nueva sensibilidad. (Sontag, 1996, p. 384).

Sostiene la autora: «Y esta nueva sensibilidad entiende el arte como extensión de la vida y, por ello, entiende la representación de (nuevos) modos de la alegría» (Sontag, 1996, p. 385). Ahora bien, no solo es alegría el arte, dado que Sontag entiende que el arte contemporáneo, con la dificultad que reconoce para su acceso y disfrute, también produce angustia, lo que la lleva a preguntarse cómo es la relación del nuevo arte y la nueva sensibilidad que produce con el placer que provoca.

Así plantea que el placer queda excluido en el sentido familiar del término, dado que es un placer trabajoso, complicado, que a veces incluso duele. Lo paradójico del punto es que Sontag reconoce y afirma que:

El propósito del arte es siempre, en último término, dar placer —aunque puede llevar tiempo a nuestras sensibilidades dar con las formas de placer que el arte ofrezca en un período determinado—. Y también podemos afirmar, para compensar el ostensible antihedonismo del arte serio contemporáneo, que la sensibilidad moderna está más comprometida con el placer en su sentido familiar que nunca. Porque la nueva sensibilidad exige menos *contenido* en el

arte y está más abierta a los placeres de la *forma* y el estilo, es también menos esnob, menos moralista (Sontag, 1996, p. 389).

Como vemos, estos planteos no eluden la dificultad de una problematización en torno a la noción de placer, puesto que reconoce que si bien la búsqueda puede ser en el sentido familiar de lo placentero, aquel que podríamos asimilar al freudiano principio del placer (Freud, 1981, p. 587), también hay experiencias que lindan con lo doloroso, o lo extremo quizá, y también son el resultado de las producciones artísticas. Quizá apelar a la noción de *plus de goce*, tal como lo propone Lacan pueda ser una forma de conceptualizar sobre este punto, pero esta problemática la dejaremos para desarrollar en otra oportunidad, dado que el *plus de goce* lacaniano remite a una de las funciones del *objeto pequeño a*, el que se relaciona con el *objeto parcial de la subjetividad individual* propuesto por Guattari (1976, 1995 y 2000), pero que no se identifica con él punto por punto, por lo que discriminar las propuestas será una futura tarea.

Volviendo al dualismo entre *alta* y *baja* cultura, la propuesta de Sontag, al reconocer el acceso masivo tanto del disfrute como de la producción artística, evita pensar las posibilidades de lo que el arte provoca como un ejercicio elitista, lo que también se aplicaría al psicoanálisis, de lo contrario este último solo sería un ejercicio aplicable a aquellos individuos que se caracterizasen por poseer una alta o evidente capacidad artística.

Sontag habla de estilo en lo que refiere a la manera en que la producción artística puede lograrse, y esto nos lleva directamente a lo que plantea Gerardo Arenas sobre el estilo como pregunta y como concepto en la obra de Jacques Lacan.

Arenas nos recuerda que el texto que abre los *escritos*, «Obertura de esta recopilación», comienza con la frase de Buffon : «el estilo es el hombre mismo» (Buffon citado en Lacan, 1988, p. 3), pero este texto que es de 1966, no es el primero que ocupa a Lacan sobre este tópico, ya en 1933 había publicado «El problema del estilo y la concepción psiquiátrica de las formas paranoicas de la experiencia», donde Lacan sitúa el problema del estilo en el centro de la teoría de la creación artística (Arenas, 2010, p. 40). Sostiene este autor que Lacan propone que el estilo puede ser el fruto de una elección o de una necesidad experimentada por el artista, pero el aporte original de este texto es la equiparación de ciertos aspectos del delirio con el proceso de la creación poética (Arenas, 2010, p. 40).

Lacan propone en ese trabajo la noción de *identificación iterativa del objeto*, que había definido en su tesis de psiquiatría, como explicación para el origen de las series de perseguidores, en tanto repetición cíclica, periódica; pero lo que nos interesa en este punto es que esa repetición juega el papel de una sintaxis típica de un solo sujeto (Arenas, 2010, p. 41). Arenas ubica aquí los primeros intentos de Lacan de forjar una ciencia de lo singular: esta sintaxis es original de cada sujeto y es el producto del encuentro con lo contingente y

con lo singular. ¿Por qué?, la analogía que utiliza Lacan para explicar la forma iterativa de organización del delirio, ese delirio al que le encontraba puntos en común con la creación literaria, es el modo en que un cristal salino, al ser sumergido en una solución sobresaturada, organiza la mezcla imponiéndole su impronta singular, es el encuentro contingente entre la solución y el cristal lo que decantará como un producto singular (Arenas, 2010, p. 59), producto singular que en lo que refiere a la creación poética o el delirio, Lacan denominará *estilo*, en ese momento. Y aún más, no olvidemos que el estilo era el instrumento con el que se imprimía un texto sobre una superficie preparada a tales efectos, era lo que intervenía y cambiaba dicha superficie. El estilo será la dimensión singular de la producción.

Nuevamente nos encontramos frente a la tensión que se establece entre el campo de lo universal y de lo singular para el psicoanálisis, y la dificultad que esto conlleva en tanto este exhibe una pretensión de cientificidad.

Pero volvamos a la imagen de M. C. Escher para ir desplegando las cuestiones que se intentan desarrollar en este escrito. La litografía *Reptiles* evoca diferentes momentos de la tarea analítica donde determinado aspecto del trabajo cobra una dimensión diferente a la que exhibía hasta entonces, a pesar que los elementos en juego eran los que estaban planteados. Aquí nos apoyaremos en el trabajo de Roland Barthes sobre la fotografía que tituló *La cámara lúcida*, en ese texto, que Barthes propone para la fotografía y no para la pintura como disciplina, el autor propone un par conceptual para abordar la imagen: el *studium* y el *punctum*. El primero sería cierto establecimiento general sin una agudeza particular, a lo que se contrapone el segundo, el cual punza, escande, divide al primero (Barthes, 2009, p. 58). También debemos decir que para Barthes el *studium* está siempre codificado a diferencia del *punctum* que nunca lo está: «Lo que puedo nombrar no puede realmente punzarme. La incapacidad de nombrar es un buen síntoma de trastorno» (Barthes, 2009, p. 90).

El *punctum* entonces podría pensarse quizá como corte, como herida, como cicatriz y aquí pregunto, ¿cómo estilo? En este lugar es necesario apelar al planteo de Gilles Deleuze sobre Joë Bousquet en su *Lógica del sentido*, en donde «la herida que lleva profundamente en su cuerpo, la aprende sin embargo, y precisamente por ello, en su verdad eterna como acontecimiento puro» (Deleuze, 1994, p. 157); la herida es del orden del acontecimiento, entiende Deleuze. Y el acontecimiento para este autor tiene una estructura doble, un momento de efectuación, asociado con el instante presente, y una contra-efectuación, donde se despliega el futuro y el pasado del acontecimiento (Deleuze, 1994, p. 160). Cuando más adelante veamos el planteo de Jean-Luc Marion ahondaremos en este punto.

Pero Barthes propone una paradoja y es su planteo de que el *punctum* es un suplemento, es lo que se añade a la imagen y que sin embargo ya está en ella (Barthes,

2009, p. 94). Al hablar de paradoja no puedo dejar de traer lo que propone Jean-Luc Marion en su estudio sobre la pintura llamado *El cruce de lo visible*. En ese trabajo el autor propone que la perspectiva ejerce una paradoja.

Definamos primero *perspectiva*, para hacerlo apelemos a Erwin Panofsky (1999, p. 11): «*Item perspectiva* es una palabra latina; significa mirar a través», entonces, volviendo a los planteos de J. L. Marion decíamos que este postula que la perspectiva ejerce una paradoja. Marion entiende que perspectiva y paradoja se pueden definir por caracteres semejantes: «una y otra indican lo visible separándose de él, discreta pero radicalmente» (Marion, 2006, p. 19), pero lo que es a destacar es que:

[...] en ambos dispositivos, la vista consigue ver lo que no debería poder ver, aunque de maneras diferentes: la paradoja propone una contra-apariencia, mientras que la perspectiva sugiere una penetración de la mirada. La paradoja propone algo visible que contradice lo visible, la perspectiva, una mirada que atraviesa lo visible (Marion, 2006, p. 20).

Retomemos aquí los planteos de Deleuze sobre el acontecimiento para poder ubicar la profundidad en lo que refiere a la perspectiva y la paradoja. Deleuze propone una doble estructura para el acontecimiento, ubicada en la efectuación y contra-efectuación del mismo y propone como ejemplos la herida y la muerte.

Que esta ambigüedad sea esencialmente la de la herida y de la muerte, la de la herida mortal, nadie lo ha mostrado como Maurice Blanchot: la muerte es a la vez lo que está en una relación extrema o definitiva conmigo y con mi cuerpo, lo que está fundado en mí, pero también lo que no tiene relación conmigo, lo incorpóral y lo infinitivo, lo impersonal, lo que no está fundado sino en sí mismo. A un lado, la parte del acontecimiento que se realiza y se cumple; del otro, la parte del acontecimiento cuyo cumplimiento no puede realizarse (Deleuze, 1994, p. 160).

Entonces, esta ambigüedad del acontecimiento cuestiona la trivialidad de lo cotidiano, en cuanto estos dos espacios, el de la efectuación y el de la contra-efectuación son las condiciones de posibilidad del mismo. Por esta razón para Deleuze «todo es singular, y por ello colectivo y privado a la vez, particular y general, ni individual ni universal» (Deleuze, 1994, p. 160), lo que parece darle una impronta borgeana a la cuestión específicamente como si estuviésemos frente a un *aleph*, «el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos» (Borges, 1997, p. 623).

La posibilidad de acoger todas estas dimensiones no es tarea sencilla, sobre todo si en nuestro horizonte existe la pretensión de poder transmitir lo que en nuestra tarea se produce. Para ello no podemos renunciar al esfuerzo de delimitar lo que pertenece al campo de lo universal y al de lo singular. Sin dudas la posición del analista es recibir a cada analizante como si de una singularidad se tratase, pero dicho estatuto podría mutar más

adelante en una particularidad de un conjunto universal. Aquí el problema entonces radica en la lógica del caso que se proponga. Si nos apoyamos en el modelo falsacionista de Karl Popper cualquier caso que sea una excepción en tanto cuestione la regla general, condena la teoría a la inoperancia (Hounie, 2012, p. 21), pero si en lugar de ello apelamos a la lógica del caso como excepción, a partir de la diferencia que se establece entre el uso de la particular máxima o de la particular mínima de un silogismo, las posibilidades son otras.⁸ La particular mínima es la que establece la particularidad desde el *alguno porque todos*, la particular máxima es la que dice *alguno porque no todos*, este segundo tipo de particular es la que mantiene con el conjunto universal una relación de disparidad, pero no de exclusión o refutación (Hounie, 2012, p. 23), sino de oposición, dado que la oposición precisa de eso a lo que se opone.

En cambio, pensar el caso en relación a su universal como en oposición a ésta, nos permite mantener el valor tanto de la teoría como del caso por sí mismos; esto genera una dinámica en la que el saber del psicoanálisis orienta al analista en su intervención, mas nunca le permite colocarse como poseedor de verdad universal alguna, pues estará siempre ahí para impedirlo el caso particular como excepción, surgido éste sí de la experiencia singular que representa la palabra de quién se dirige a un analista en transferencia. No es importante entonces comprobar si un caso se apega o no estrictamente a la realidad, pues no se rescata de él su valor de prueba, sino de cuestionamiento a la universalidad del saber que el mismo análisis produce (Rangel, citado en Hounie, 2012, p. 24).

En el modo en que cada analista acoja lo que cada analizante aporte en el encuentro analítico es que podrá producirse, y por qué no inventarse, ese objeto del trabajo analítico, ese objeto que se encuentra en la palabra y el lenguaje de aquel que nos dirige una demanda.

Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta. Para hacerme reconocer del otro, no profiero lo que fue sino con vistas a lo que será. Para encontrarlo, lo llamo con un nombre que él debe asumir o rechazar para responderme. Me identifico en el lenguaje, pero sólo perdiéndome en él como un objeto. Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser (Lacan, 1988, p. 288).

⁸ Sobre este punto cf. Le Gaufey, 2012, p. 95.

6. REFLEXIONES FINALES

El objetivo de esta tesis fue aproximarnos al lugar de las actuaciones en la transferencia psicoanalítica, motivado por el hecho de notar un aumento en las publicaciones académicas que abordaban a consultantes que se caracterizaban por presentar este tipo de manifestaciones transferenciales.

Por ese entonces, en los medios de comunicación abundaban los informes y noticias sobre ciertos eventos de violencia y agresividad en diferentes ámbitos, sobre todo violencia entre adultos en centros de educación primaria, que llevaron a pensar cómo articular el ámbito de la consulta psicológica con lo que sucedía más allá de los límites físicos de ese espacio. De esa manera se buscó comprender cómo ocurrían dichas actuaciones, a la vez que se intentó pensar el lugar del analista en relación a ellas, para lo cual se planteó describir y comprender las actuaciones que realizaban los consultantes, así como el lugar del analista en relación a dicho fenómenos y también las respuestas del analista frente a tales acontecimientos.

Para llevar a cabo esta tarea nos planteamos realizar una serie de entrevistas semidirigidas o semiestructuradas a un grupo de psicoterapeutas que trabajasen en dos servicios de atención psicológica de la Facultad de Psicología de la UdelaR. Si bien en un primer momento pensamos en trabajar con un conjunto de usuarios de dichos servicios, rápidamente desestimamos esta idea. La razón de ello fue que la variable del deseo del investigador necesariamente incidiría sobre el desarrollo de los mismos. No era posible plantearse la hipótesis de la asepsia o no incidencia del vector deseo del investigador, deseo que también implicaría una dimensión de goce; evaluarlos sería mejor no conmocionar desde un lugar externo los tratamientos, en tanto dimensión directamente implicada en las actuaciones en la transferencia psicoanalítica.

Por ese motivo consideramos mantener una serie de entrevistas con psicoterapeutas del SAPPA y de la Clínica Psicoanalítica de la Unión ya que ello nos aportaría una serie de valiosos insumos clínicos, teóricos y prácticos desde su posición de expertos o informantes calificados (Hernández, Fernández y Batista, 2010); el criterio de inclusión fue la pertenencia a uno de los servicios de atención psicológica mencionados, y el criterio de exclusión fue la no utilización del método psicoanalítico para la atención de dichos consultantes.

La metodología utilizada para el análisis de las entrevistas fue el análisis del discurso porque entendemos al discurso como el conjunto de enunciados para los que se pueden definir sus condiciones de producción (Foucault, 2010), y dicho análisis se realizó siguiendo

la propuesta del método psicoanalítico.

Podemos decir con certeza que la amplia mayoría de los entrevistados reconocía un aumento en las actuaciones dentro de las consultas que debían atender, lo que afirmaba positivamente una de las preguntas que daba origen a esta investigación. Esto permite aseverar que desde las entrevistas dicho supuesto se confirma, dado que allí lo plantean como una constante, tanto a nivel de los servicios universitarios como desde la clínica privada, como se ve en los testimonios de las entrevistas uno, cinco y ocho.⁹

Dichas actuaciones podían llegar, como motivo de consulta, ocultas tras otros síntomas e incluso desplegarse durante el tratamiento, se vieron desarrolladas en diversos campos de la consulta psicológica, y esto se vio ratificado en las entrevistas dos, cuatro, cinco y diez,¹⁰ donde los campos familiar, laboral, educativo y sanitario fueron referidos como afectados en este tipo de consultas. Es así que dificultades en el ámbito laboral, en el ámbito educativo y en el sanitario, así como en consultas de pareja o familiares, reflejaron esta problemática en donde las actuaciones eran la manifestación del conflicto planteado. Incluso en lo referente al uso problemático de sustancias.

Esta situación no debe sorprendernos: apelando a la propuesta de entender la fantasía inconsciente como todas las relaciones posibles entre un sujeto y su objeto de deseo, todas estas situaciones están dando cuenta de la dificultad de procesar esa relación que es producto de la manera en que el Otro nos posiciona en el campo del lenguaje. Aquí la noción de goce como dimensión más allá del principio del placer freudiano apareció como insumo ineludible para el tratamiento de dicha problemática,¹¹ en tanto proponíamos entenderlo como aquellos flujos pulsionales aún no domeñados por dicho principio regulador u homeostático. Es el principio del placer el que provoca el rechazo del goce que aparece a la manera de la compulsión a la repetición, compulsión a la repetición que es el fundamento de una memoria inconsciente; la cual debemos abordar a partir del lugar de lo no recordado en los tratamientos y que proponíamos entender a partir del lugar del olvido en psicoanálisis como un espacio de creación en tanto dimensión erótica y no una mera pérdida, tal como se proponía en el capítulo cuatro.¹² Pero como respuesta a esa dimensión de goce, el *acting out* y el pasaje al acto fueron referidos como modalidades transferenciales que daban cuenta de este malestar en relación a la manera que el Otro no reconoce el objeto de deseo del sujeto.

El *acting out*, en tanto mostración del objeto de deseo, apareció como espectáculo y escenificación de una escena dirigida a ese gran Otro, tal como vemos en las entrevistas seis, siete, y nueve, en donde los dos campos pulsionales, el representacional y el afectivo,

⁹ Ver punto 5.2.1 «Del aumento de las actuaciones en las consultas de los usuarios».

¹⁰ Ver punto 5.2.2 «De los ámbitos de atención psicológica abordados».

¹¹ Ver punto 5.2.4 «Goce, dolor, escena».

¹² Específicamente en el punto 4.2 «Lugar de la rememoración y el olvido en psicoanálisis».

enseñaban las presentaciones de este tipo de respuesta. El pasaje al acto entendido como el abandono de la escena donde el Otro ya no sostiene su lugar aparecía en los testimonios de las entrevistas siete y ocho,¹³ señalando esa salida como única opción sostenida en ese momento por el sujeto. Evidentemente, estas modalidades de manifestación transferencial eran correlato de un aumento reconocido por todos los entrevistados.

Pudimos constatar claramente que esta posición del gran Otro refiere a la posición del analista en la cura: nuevamente la transferencia en el centro de la escena. Esa escena es la que se despliega en cada uno de los tratamientos y entender los lugares y los espacios en que se despliega es fundamental en la tarea del analista. Las nociones de *acting out* y *acting in* fueron referidas en las entrevistas, pero el *adentro* y el *afuera* al que aludían apuntaba más a la dimensión transferencial que al espacio físico de la consulta, como se ve en las entrevistas dos y diez, por lo que siempre su conceptualización estuvo referida al tratamiento y no al hecho de si dicha actuación ocurría durante la sesión o fuera de ella. Esto indica una correcta conceptualización de los *acting out* y de los pasajes al acto en tanto se los ubica como eventos que están estrechamente vinculados a la relación transferencial y, por ende, a la posición del analista, lo que corrobora la hipótesis de la importancia del lugar del analista en la dirección de la cura tal como aparece en los testimonios de las entrevistas dos, tres, seis, nueve y diez.¹⁴

Todos los entrevistados reconocían oportunidades donde las actuaciones interrumpieron los tratamientos. Estas actuaciones, que en algunas oportunidades podían pensarse como *acting out* y en otros casos como pasajes al acto, marcaron un punto de quiebre en dichos tratamientos, pero con diferentes resultados. En algunas ocasiones los tratamientos se vieron interrumpidos por estas actuaciones, pero en otras ocasiones los mismos pudieron continuar. Para esta segunda posibilidad los analistas entrevistados reconocían la importancia de la maniobra transferencial para lograr la forma «cómo la transferencia salvaje se puede domesticar, cómo se hace entrar el elefante salvaje en el cercado, cómo poner el caballo a dar vueltas en el picadero» (Lacan, 1981).

Fue en ese punto donde las reflexiones de los entrevistados aportaron sustanciales insumos para abordar el problema. La primera de dichas reflexiones apunta a la necesidad permanente de evaluar el dispositivo en que el tratamiento se desarrolla. Para ello las dimensiones de la frecuencia y del pago aparecieron en su doble carácter, tanto de posibilitadores así como de obstáculo, lo vemos en la entrevista nueve, o en la entrevista dos donde se postula: «El problema que a mí me genera desde el punto de vista teórico y que ya lo vengo pensando hace años, es si cuando se dan estas circunstancias es porque

¹³ Ver punto 5.2.5 «Las actuaciones en el encuentro clínico».

¹⁴ Ver punto 5.2.6 « De la posición del analista».

se necesitaría otra frecuencia de atención». No es de extrañar esta caracterización, en tanto frecuencia y pago son parte de la transferencia, y por tanto lo que especifica a la transferencia no sería ajeno a estos dos elementos.

La necesidad de evaluar permanentemente los tratamientos apareció como condición de posibilidad para los mismos, lo que se entiende debe hacerse en un dispositivo con la suficiente flexibilidad que permita establecer dichas condiciones sin amarrarse a exigencias que muchas veces obedecen más a elementos administrativos que al trabajo clínico que se está realizando.

Varios analistas reconocían en estas actuaciones el trabajo de disolución de lazos de la pulsión de muerte, razón por la cual entendían como tarea primordial *sobrevivir* como analistas a dichos eventos. Las estrategias planteadas para tal extremo no se limitaban a la flexibilidad del dispositivo de trabajo, también apuntaban a un trabajo en red con otros profesionales que oficiase como sostén y posibilitador del trabajo del psicoanálisis, tal como vemos en la entrevista seis. Este punto no es menor, ni a desatender, dado que si la interconsulta deviene en un abordaje puramente farmacológico, la posibilidad del trabajo con la palabra tal como el psicoanálisis lo entiende y propone se tornaría impracticable.

Para este trabajo con la palabra el humor apareció en las entrevistas como un insumo fundamental, así lo muestra la entrevista tres. Claramente la angustia, como manifestación de lo real y, de alguna manera, lo más primario del sujeto estuvo presente en cada una de las entrevistas, siendo quizá la número nueve la que aludía con más fuerza a esta idea, en tanto planteaba la interesante propuesta de pensar algunos de los actualmente conocidos *ataques de pánico* como *acting out*.

Esta manifestación a la manera del afecto de la pulsión, se vio contrarrestada por la utilización del humor como recurso. Cuando Freud caracteriza el humor, dice que este tiene algo de «grandioso y patético», rápidamente podemos pensar lo grandioso en relación a los ideales que porta un sujeto, el Yo ideal y el ideal del Yo, como momentos privilegiados de la constitución psíquica y que conservarán la impronta de la narcisización en juego. Lo patético refiere a lo que ese sujeto padece en ese tránsito donde la palabra proferida desde el lugar del Otro lo introduce a un campo con ciertas legalidades establecidas.

Sin lugar a dudas, para la mayoría de los entrevistados el humor como posibilidad de gestión de la palabra es central. Recordemos que para Lacan la relación entre palabras engendra sentidos, y como un sujeto es acogido a través del lenguaje no será sin consecuencias. Por ese motivo en su quinto seminario público (Lacan, 1999) dedica su trabajo a considerar la propuesta freudiana en relación a la técnica del chiste como una técnica de lenguaje, donde la función de lo placentero no puede soslayarse, dado que ese placer tendrá que ver con la posibilidad de tramitar ese malestar que aparecía unido a lo humorístico, claro que para Lacan no será igual tramitarlo a la manera de lo cómico, en una

vertiente más dual, imaginaria si se quiere, que de la forma en que el chiste lo procesa, donde la tercera persona es imprescindible, y por ello lo simbólico se pone a jugar de otra forma (Lacan, 1999).

Esta referencia al lugar de lo simbólico en los tratamientos nos lleva a la consideración de las hipótesis manejadas por los terapeutas de los servicios universitarios de atención psicológica referidos. La hipótesis del desfallecimiento de la función paterna era ampliamente conocida y utilizada, pero con interesantes matices, lo que coincide con el supuesto que manejamos como eje conversacional y que se refleja en las respuestas de las entrevistas tres, cinco, siete y nueve.¹⁵ Si bien se reconocía la existencia de una basculación de la posición paterna, dicho movimiento no afectaba solamente a esa función, sino que incidía en los diferentes actores de la trama que permite la producción de subjetividad. Así, la función del deseo materno fue reconocida como un elemento que increíblemente había sido desatendido a partir de la fuerza explicativa de la hipótesis del desfallecimiento de la función paterna. A partir de la demostración de la incorrección de la propuesta durkhemiana, hecha por los estudios de sociología de la escuela de Cambridge (Zafiropoulos, 2002), es evidente que los supuestos sociológicos sobre los que se apoya el psicoanálisis deben atenderse teniendo en cuenta las particularidades de nuestros ordenamientos sociales actuales.

Llegado a este punto se entiende como necesario proponer una serie de líneas de trabajo que permitan continuar y profundizar la investigación realizada hasta el momento. Sin duda sería muy importante poder realizar una investigación que permita comprender nuestra realidad social, más allá de algunos ideales que hayan actuado a la manera de mitos organizadores, como ocurrió con la hipótesis de la contracción familiar formulada por Durkheim, investigación que debería articular el campo de lo social con el de la clínica, en tanto esta última necesariamente se alimenta de la primera. Asimismo, aludimos al campo de lo social como el espacio en donde una serie de legalidades se despliegan, investigar y profundizar en los aportes que la noción de *enactment*, en tanto puesta en escena y promulgación, podría proponer, aparece como una posibilidad cuya riqueza está aún por desplegarse.

También sería pertinente una línea que se dedique a desbrozar similitudes y diferencias entre el *objeto pequeño a* como Lacan lo propone y el *objeto parcial de la subjetividad individual* que debemos a Guattari, dado que no se solapan punto por punto uno sobre el otro, y que se nutren de manera diversa de los saberes constituidos. Cómo este objeto se recorta y produce en relación al Otro, lleva la cuestión nuevamente al terreno del goce y cómo este afecta a los sujetos, investigación que sin duda aportaría en todos y cada uno de

¹⁵ Ver 5.2.3 «De las hipótesis utilizadas por los analistas».

los campos clínicos aludidos: laboral, educativo, familiar y sanitario.

Podemos concluir afirmando que la presente investigación nos permitió describir y profundizar conceptualmente en la relación entre la transferencia psicoanalítica y las actuaciones que en ella se despliegan, tanto a nivel de los consultantes así como de los psicoterapeutas encargados de conducir dichos tratamientos. Nos permitió reconocer una serie de dificultades y obstáculos en la tarea clínica, los cuales fueron abordados por los entrevistados, realizando una serie de aportes y sugerencias con el fin de poder superar dichos escollos, lo que sin duda redundará en el beneficio directo de los usuarios, así como en una mejor utilización de los recursos dispuestos a tales fines.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALDAYA, S. (1974). Sobre el concepto de borderline. En: *Revista Uruguaya de Psiquiatría*, Vol.49, N.º 293, pp. 340-356, Montevideo.
- ALLOUCH, J. (1993). *Letra por letra*. Buenos Aires: Edelp.
- (1995). *Marguerite. Lacan la llamaba Aimée*. México: Epeeel.
- (1999). *El sexo de la verdad*. Córdoba: Edelp.
- AMIGO, S. (1995). El análisis en los bordes. Apuntes estructurales y clínicos. En: AMIGO, S. et al. *Bordes... un límite en la formalización*. Rosario: Homo Sapiens.
- (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens.
- ARENAS, G. (1998). *Estructura lógica de la interpretación*. Buenos Aires: Atuel-Anáfora.
- (2010). *En busca de lo singular*. Buenos Aires: Grama.
- ARISTÓTELES (1948). *Arte poética*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ASSOUN, P. L. y ZAFIROPOULOS, M. (2006). *Lógicas del síntoma, lógica pluridisciplinaria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ATTAL, J. (2012). *El pase, ¿a título de qué?* Buenos Aires: Grapas+de. *Me Cayó el Veinte*.
- BARTHES, R. (2009). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Buenos Aires: Paidós.
- BERNARDI, R.; FRANCO, G.; GERARD, G.; LAGOMARSINO, J.; PAÑELA, N.; VALASSI, S. (1987). *Personalidades fronterizas*. Montevideo: Eppal.
- BRAUNSTEIN, N. (2006). *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BREUER, J., y FREUD, S. (1895). Estudios sobre la histeria. En: J. STRACHEY (comp.). (1996). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- BURGHY, N.; RODRIGUEZ, M.; ZYTNER, R. (2011). *Voces de la clínica*. Montevideo: Psicolibros Universitario.

COLLI, G. (2000). *Introducción a Nietzsche*. Valencia: Pre-textos.

COPJEC, J. (1994). Introduction: Structures don't march in the streets. En: *Read my desire. Lacan against historicists*. Cambridge, Mass.: MIT Press. pp. 1-14.

DELEUZE, G. (1994). *Lógica del sentido*. Barcelona Planeta-Agostini.

— (2008). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.

DÍAZ GENIS, A. (2008). *El eterno retorno de lo mismo o el terror a la historia*. Montevideo: Ediciones Ideas.

DUNKER, Ch. (2011). *Estrutura e constituição da clínica psicanalítica*. São Paulo: Annablume.

Não há campo algum da arte que não tenha contribuído para a reflexão psicanalítica, mas, no caso do teatro, a ligação parece envolver a própria estrutura do tratamento. O analisante traz sua narrativa: ele não apenas a relata, mas a encena na transferencia, muitas vezes sem saber disso. Para o analista, o problema é estabelecer o lugar em que é colocado por essa narrativa, mas também deslocar-se desse lugar, transformando o sentido da narrativa e, eventualmente, alterando o discurso na qual ela se desenvolve. Alias, *theatron* quer dizer «lugar de onde se vê», que replica um problema clínico central do tratamento: o *lugar de onde se escuta*. Sendo assim, analista e analisante se envolvem numa trama organizada em vários níveis pelas posições de narrador-narratório, ator-personagem e autor-destinatário. São as várias figuras do Outro das quais se serve o analista. Assim como Sófocles, Eurípides e Ésquilo tiveram que comprimir as extensas narrativas míticas, o analisante deve condensar o inesgotável repertório de lembranças, recordações, acontecimentos, ilusões e promesas que compõe sua vida. Ele o faz, a cada vez, de acordo com o conflito (*agon*) que o domina, estabelecendo seus contracenantes em lugares distintos, sempre sujeito à reação inesperada do coro, da orquestra e do próprio auditório. O analisante também precisa lidar com problemas formais, do tipo «o que colocar no *proscenio* (primeiro plano)», «o que deixar para a *skênê* (cena)» e, finalmente, com as aparições da outra cena (*andere shauplatz*) e os elementos que provêm do obscuro (literalmente, o que está fora da cena). Assim como os dramaturgos do século IV a.C. o tratamento analítico divide a fala em segmentos descontínuos no tempo- os atos, ou sessões, cuja estrutura é também dialogal, mas comportando quatro lugares, e não três personagens. Assim como os atores e o auditório grego, o analisante também espera um efeito que é o de cura e de redimensionamento de seu destino». Traducción mía, agradezco al Dr. José Guillermo Milán Ramos la revisión de la misma.

DVOSKIN, H. (2009). *El trabajo del analista*. Buenos Aires: Letra Viva.

ECO, U. y SEBEOK, T. (eds.) (1989). *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona: Lumen.

- ECO, U. (1989). Cuernos, cascos, zapatos: Algunas hipótesis sobre tres tipos de abducción. En: ECO, U. y SEBEOK, T. (eds.) (1989). *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*, 1989. Barcelona: Lumen.
- (1994). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Crítica.
- EPICURO (1995). *Obras*. Barcelona: Altaya.
- FERENCZI, S. (1984). Análisis de niños con los adultos. En: FERENCZI, S. (1984). *Psicoanálisis*. Madrid: Espasa-Calpe.
- FERNÁNDEZ, E.; LARRE, M. C.; RODRÍGUEZ, A.J. (1996). Sobre el abandono del tratamiento en tres centros de salud mental, en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. XVI, n.º 58, 1996, 213-234.
- FIGUEIREDO, L. (2003). *Psicanalise. Elementos para a clínica contemporânea*. São Paulo: Escuta.
- FOUCAULT, M. (1988). *Arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- (2008). *La verdad y las formas jurídicas*. Buenos Aires: Gedisa.
- (2010). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- FREUD, S. (1893a). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar. En: J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo II Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1894a). Las neuropsicosis de defensa. En J. STRACHEY (comp.). (1981). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1895b). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de «neurosis de angustia». En J. STRACHEY (comp.). (1981). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1895c). Obsesiones y fobias. En J. STRACHEY (comp.). (1981). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1900a). La interpretación de los sueños. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomos IV y V. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1901b). Psicopatología de la vida cotidiana. En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund*

Freud. Obras completas. Tomo VI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- (1905a). Sobre psicoterapia. En J. STRACHEY (comp.). (1978). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1905c). El chiste y su relación con lo inconsciente. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo VIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1905d). Tres ensayos de teoría sexual En J. STRACHEY (comp.). (1978). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1905e). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En J. STRACHEY (comp.). (1978). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1909b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1911c). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) descrito autobiográficamente En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1912-1913). Tótem y tabú. En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1912b). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1914c). Introducción del narcisismo. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1914d). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1914g). Recordar, repetir y reelaborar En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas.* Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1915c). Pulsiones y destino de pulsión. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas.* Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1915e). Lo inconsciente. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras*

- completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1916-1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. STRACHEY (comp.). (1978). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomos XV y XVI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1918b). De la historia de una neurosis infantil. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1919h). Lo ominoso. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1920a). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1920g). Más allá del principio de placer. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1923b). El yo y el ello. En J. STRACHEY (comp.).(1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1924d). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1925d). Presentación autobiográfica. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1927d). El humor. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1933a). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. STRACHEY (comp.). (1979). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1937d). Construcciones en el análisis. En J. STRACHEY (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XXII. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
 - (1950a). Proyecto de psicología. En J. STRACHEY (comp.). (1981). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
 - (1994). *Cartas a Wilhelm Fließ*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- GINZBURG, C. (1980). Morelli, Freud y Sherlock Holmes: Indicios y método científico. En ECO, U. y SEBEOK, T. (eds.). (1989). *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona: Lumen.
- GLASER, B., STRAUSS, A. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago: Aldine.
- GONZÁLEZ REGADAS, E. (1979). *El caso Claudina, estudio psicodiagnóstico*. Montevideo: Editorial Imago.
- GREEN, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GUATTARI, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1995). *Cartografías del deseo*. Buenos Aires: La marca.
- (2000). *Cartografías Esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Manantial.
- HABERMAS, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Buenos Aires: Taurus.
- HACKING, I. (2001). *¿La construcción social de qué?* Barcelona: Paidós.
- HEIDEGGER, M. (2005). *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza.
- HERNÁNDEZ, R., FERNÁNDEZ, C., BATISTA, M. (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw Hill.
- HOUNIE, A. (2012). *Construcción de saber en clínica psicoanalítica: la escritura de caso como modo de transmisión*. Montevideo: Facultad de Psicología.
- JO, T. y ALMAO, S. (2006) Abandono del tratamiento en una consulta externa de psiquiatría y psicología clínica. Recuperado en www.portalesmedicos.com/monografias/abandono-tratamientos/index.htm
- KANT, I. (1781). *Crítica de la razón pura*. México: Editorial Porrúa, 1973.
- KERNBERG, O. (1979). *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Paidós.
- KLEIN, M. (1927). Tendencias criminales en niños normales. En *Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- (1933). El desarrollo temprano de la conciencia en el niño. En *Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Paidós, 2003.

- (1934). Sobre la criminalidad. En *Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- (1935). Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos. En *Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- KLOSSOWSKI, P. (2005). *Nietzsche y el círculo vicioso*. Buenos Aires: Caronte Filosofía.
- KOHUT, H. (1971). *Análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- KRESS-ROSEN, N. (1981). Dificultades de las teorías de la angustia en Freud. En *Littoral 2/3*, Buenos Aires: La Torre Abolida, 1987.
- LACAN, J. (1932). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo XXI, 2000.
- (1948). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1989.
- (1950). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1989.
- (1956). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I*, México: Siglo XXI, 1989.
- (1958). La significación del falo. En *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1989.
- (1960). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1989.
- (1961-1962). *La identificación*. Inédito. Buenos Aires: Editorial interna de la EFBA.
- (1966). De nuestros antecedentes. En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1989.
- (1967). *Intervención en el servicio del Dr. Daumezon, en el hospital Sainte-Anne*. Inédito.
- (1967). *El acto psicoanalítico*. Buenos Aires: Editorial interna de la EFBA.
- (1970). *Apport de la psychanalyse à la sémiologie psychiatrique*. Obtenido en www.ecole-lacanienne.net/pastoutlacan
- (1981). *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Seix Barral.
- (1987). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.
- (1988). *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- (1992). *El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1992). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Buenos Aires: Manantial.
- (1993). *Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1999). *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- (2003). *El Seminario. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- (2006). *El Seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- LE GAUFEY, G. (1998). *El lazo especular*. Córdoba: Edelp.
- (2001). *Anatomía de la tercera persona*. Buenos Aires : Edelp.
- LILIENFELD, S. (2007). Psychological treatments that cause harm. En *Perspectives on Psychological Science*, Vol. 2, pp. 53-70. (Material en .pdf).
- MARION, J. (2006). *El cruce de lo visible*. Barcelona: Ellago Ediciones.
- MILNER, J.C. (1999). *La obra clara*. Buenos Aires: Manantial.
- MUÑOZ, P. (2009). *La invención lacaniana del pasaje al acto*. Buenos Aires: Manantial.
- NASIO, J. D. (1987). Lo inconsciente, la transferencia y la interpretación del psicoanalista: una visión lacaniana. En: J. D. NASIO (comp.). (1987). *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2001). ¿Qué es un caso? En J. D. NASIO (dir.). (2001). *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- NIETZSCHE, F. (1984). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Ediciones Buma.
- (1997). *Genealogía de la moral*. México: Editorial Porrúa.
- (2004). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- (2004). *La gaya ciencia*. Buenos Aires: Andrómeda.
- NOVAS, M. (2013). Es hielo abrasador, es fuego helado. En: M. MARCHESE (org.). *De eros y philia*. Montevideo: Ediciones de la Fuga.

- (2014). Dolor, escena, acto. En *Políticas del dolor*. Montevideo, CSIC, en prensa.
- Poder Legislativo Uruguay. Ley N.º 18.331. Protección de datos personales y acción de «Habeas Data» 11/08/2008.
- Poder Ejecutivo Uruguay, Decreto de reglamentación Proyecto de regulación de investigación con seres humanos CM/515/08 Referencia N° 001-4573/2007-04/08/2008
- PORGE, É. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2009). Um sujeito sem subjetividade. *Literal, Campinas (12)*, pp. 145-156.
- PULICE, G.; MANSON, F.; ZELIS, O. (2000). *Investigación y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- (2007). *Investigar la subjetividad*. Buenos Aires: Letra Viva.
- RASSIAL, J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- REDER, P. y TYSON, R. (1980). Patient dropout from individual psychotherapy: a review and discussion. En *Bulletin of the Menninger Clinic*, vol. 44 (3), May 1980, 229-252, Database: PsycINFO
- RITCHIE, J., LEWIS, J. (2003). *Qualitative research*. London: Sage.
- RODRÍGUEZ, D., VALLDEORIOLA, J. (2009). *Metodología de la investigación*. Barcelona: FUOC.
- ROUDINESCO, E. (1994). *Lacan*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RUIZ OLABUÉNAGA, J. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- SÁNCHEZ PALENCIA, A. (1996). Catarsis en la *Poética* de Aristóteles. En *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, n.º 13, 127-147. Servicio de Publicaciones UCM: Madrid, 1996. Recuperado en revistas.ucm.es/index.php/ashf/article/download/.../4994.
- SINGER, F. (1999). El duelo: ¿qué modelización? En *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*. Vol. II, n.º 1. San Pablo.
- (2000). La paradoja y lo negativo. Aportes epistemológicos para la Psicopatología Fundamental. En *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*. Vol. III,

n.º 1, San Pablo.

- (2000). Psicopatología fundamental: de una cierta transmisión. En *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*. Vol. III. n.º 4, San Pablo.
 - (2002). La teoría y su objeto. En FREIRE DE QUEIROZ, E. y RODRIGUEZ DA SILVA, A. (orgs.), *Pesquisa em psicopatología fundamental*. San Pablo: Escuta, 2002.
 - (2005) La borderización del sujeto. En *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, Vol. VIII, n.º 4, San Pablo.
 - (2011). Depresión y depresividad, en *Voces de la Clínica*. Montevideo: Psicolibros.
- SONTAG, S. (1996). *Contra la interpretación*. Buenos Aires: Alfaguara.
- VARELA, G. (2010). *Nietzsche, una introducción*. Buenos Aires: Editorial Quadrata.
- VIÑAR, M. (1970). *La estrategia interpretativa en un psicótico fronterizo*. Montevideo: Eppal.
- VEGH, I. (1980) La clínica freudiana: una apuesta perdida. En *Cuadernos de Psicoanálisis Freudiano*, n.º 1, Montevideo: J.F. Limitada, 1981.
- VILLON, F. (1985). *Poesía*. Madrid: Cátedra.
- VIRGILIO (XIX a. C.). *Eneida*. Barcelona: Bruguera, 1972.
- ZAFIROPOULOS, M. (2002). *Lacan y las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2006). Para una clínica freudiana de la violencia. La ignorancia de lo sociológico como sin salida psicoanalítico. En ASSOUN, P. y ZAFIROPOULOS, M. (dir). *Lógicas del síntoma. Lógica pluridisciplinaria*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.